

1 ENE. 1959



AMERIKA

PUBLICACION DEL GRUPO AMERICA


CONTENIDO:

Por la paz de América, Pág. 153.— AUGUSTO ARIAS: José Martí, Pág. 157.— OSCAR EFREN REYES: Hechos Económicos Coloniales en la Presidencia de Quito, Pág. 169.— JULIO E. MORENO: Nuestra Economía, Pág. 192.— GONZALO ESCUDERO: Poemas, Pág. 213.— IGNACIO LASSO: Poemas, Pág. 217.— AUGUSTO SACOTTO ARIAS: 7 Poemas Infantiles, Pág. 219.— JORGE CARRERA ANDRADE: Poetas Franceses de hoy, Pág. 223.— ANTONIO MONTALVO: El Nnuevo Hispanoamericanismo, Pág. 228.— EULALIA PEREZ DE ZALDUMBIDE: Acerca del Odio, Pág. 234.— MARIA LUISA CALLE: Leyenda de Amor, Pág. 237.— LUIS BOSSANO: Popayán, la Ciudad de Enaueño, Pág. 240.— V. H. ESCALA: Filosofía de los Viajes, Pág. 244.— FERNANDO DIEZ DE MEDINA: Preludio del Fauno a la Tarde, Pág. 248.— ANTONIO MONTALVO: Bibliografía, Pág. 252.— Notas Editoriales, Pág. 261.

Vol. XII

Año XIII

Nos. 66-67



IMP. MTRIO. GBRNO.

AMERICA

PUBLICACION DEL GRUPO AMERICA

Encargados de la Dirección:

Alfredo Martínez

Antonio Montalvo

Augusto Arias

La correspondencia y el canje dirijase a

GRUPO AMERICA

Casilla 75

Quito, Ecuador, S. A.



GRUPO AMERICA

FUNDADO EN ABRIL DE 1931

SOCIOS ECUATORIANOS

Arias Augusto, Secretario General

Aguilera Malta Demetrio

Albornoz Miguel Angel, en Ambato

Barrera Isaac J.

Bossano Luis

Bustamante Guillermo

Barrera Jaime

Cárdenas de Bustamante Hipatia

Carrera Andrade Jorge, en Yokohama

Cuadra José de la, en Guayaquil

Carrera Andrade César

Castillo Abel Romeo, en Guayaquil

Escala Víctor Hugo

Escudero Gonzalo, en Buenos Aires

Escudero Jorge

Gallegos Lara Joaquín, en Guayaquil

Guarderas Francisco, en Buenos Aires

Jaramillo Alvarado Pío, en Guayaquil

Jiménez Nicolás, en Guayaquil

Lasso Ignacio
Moreno Julio E.
Martínez Alfredo
Moncayo Hugo, en La Paz
Montalvo Antonio
Muñoz Sanz Juan Pablo
Pallares Z. Hernán, en Londres
Pareja Diez Canseco Alfredo, en Guayaquil
Pérez Concha Jorge
Reyes Oscar Efrén
Romero y Cordero Remigio
Rojas Angel F., en Guayaquil
Sacotto Arias Augusto
Uscátegui Emilio
Vaca del Pozo Telmo, en Guayaquil
Veiasco Ibarra J. M., en Buenos Aires
Zaldumbide Gonzalo, en Lima

SOCIOS CORRESPONDIENTES

Arciniega Rosa, en el Perú
Arias Larreta A., en Lima
Candioti Alberto M., en Bogotá
Curt Lange Francisco, en Montevideo
Diez de Medina Fernando, en La Paz
García Antonio, en Bogotá
Préndez Saldías Carlos, en Chile
Scarone Arturo, en Montevideo

SOCIOS FALLECIDOS:

Manuel María Sánchez, ecuatoriano
César E. Arroyo, ecuatoriano
Alberto Guillén, peruano

AMERICA

Año XIII—Vol. XII
Números 66 y 67
4º trimestre de 1938
Quito, Ecuador

AMERICA

POR LA PAZ DE AMERICA

Consecuentes con nuestros postulados auspiciadores de la paz, de la concordia y de la grandeza del Continente Americano, hemos venido laborando, dentro de nuestra órbita de acción, por el fomento de las relaciones intelectuales internacionales, creyendo contribuir así al mejor estrechamiento de nexos entre nuestro país y las demás naciones americanas.

Nuestra voz se ha alzado siempre para enarbolar en lo más alto el pregón de los nobles ideales, que por igual convienen al destino común de América.

Por eso que, en esta hora de dolor y angustia para la humanidad, en que en nombre de principios negativos, filosóficos, políticos, raciales, se extirpa a los semitas, se desata una tormenta de autos de fe para las expresiones más culminantes de la cultura: la ciencia, el arte, la literatura; se despoja, prevalidos de la fuerza, de la propiedad territorial a naciones indefensas; se anula los más fundamentales principios del derecho del hombre a la vida, y a la vida de la civilización; y el poder coaligado del fascismo —hecho y verdad funestos del momento histórico actual— en avalancha satánica conculca los derechos humanos, pretendiendo una dominación ecuménica, el ahorcamiento de la libertad y el imperio de la esclavitud en el mundo, por eso, decimos, que también ha-

blemos para defender desde nuestra trinchera ecuatorial, la paz de nuestro continente.

Viejo y nuevo problema este de la paz. América ha sabido siempre, a plazo largo o corto, resolverlo; pero, y lo mismo que el Viejo Mundo, nunca definitivamente. Y no porque realmente no haya mediado el patriotismo sincero de los pueblos, ni, a veces, la buena voluntad de sus gobiernos; sino porque al morbo que altera y destruye la paz, no se lo aniquiló verdaderamente. Se buscó curar solo transitoriamente la enfermedad que producía aquel; mas no se pretendió extirparlo de raíz. Y el morbo destructor de la paz, de alma de fénix, renace cada vez, a períodos casi precisos, fomentado por el germen nutricional que surten las condiciones específicas de la estructuración de la sociedad actual, generadora de estos fenómenos que tanto desconciertan a la parte más grande de la sociedad, quizás a la que entiende en su exacto sentido la significación de la paz.

No se ha estudiado nunca los motivos fundamentales originadores de las contiendas en nuestros pueblos. O, comprendiéndolos no se ha querido atacarlos en forma radical. No se ha querido ver qué manos son las que desatan las tempestades internas e internacionales, posible de eludirlas, si se comprendiera la función social del hombre en la vida, y se comprendiera a la vida en función social. Si el hombre no actuara en razón de los intereses individuales de clase. Y si la vida de clase o casta no constituyera la fuente cardinalicia de la beligerancia humana.

Analizad cualquiera acontecimiento nacional o internacional y encontraréis en el fondo, claro y preciso, el motivo de aquel: un anhelo de perpetuidad en el poder, un atentado contra las libertades democráticas, una traición de patria, una claudicación política. Todo en nombre de las conveniencias

de una clase, en la que, el interés propio se destaca visiblemente. Lo mismo ocurre con los problemas internacionales. Toda la historia de los conflictos entre las naciones americanas, no reconoce otra matriz de origen que la ininteligencia de las demarcaciones territoriales. Y, en verdad, esta ininteligencia o malentendimiento para dirimir fronteras, no ha existido. Ha existido lo lógico por la conformación histórica de la sociedad: el anhelo de expansión del más fuerte. Que ha provocado la guerra. A veces con resultados contradictorios para quien la provocó.

Y, no queremos insinuar, claro está, que solo el cambio de la estructuración de la sociedad ha de traer la paz verdadera a los pueblos. Ni tampoco, queremos decir que tal cambio ocurra, sorpresivamente, porque así son los deseos de la mayoría de la humanidad.

Mas, si creemos que mucho podrán, para evitar la desaparición de la paz en América, la inteligencia y la buena voluntad positivas del pueblo y gobierno de las naciones americanas, en comprender y atacar los problemas que la rompen o intentan romperla.

Tres problemas, —no por ya sabidos, resueltos— son los que en momento dado pudieran generar la guerra en América: el de la delimitación de fronteras; el del imperialismo económico; el de la intromisión fascista.

Vinculadas entre sí las naciones de Sud América por los irrompibles nexos de la sangre y del idioma, y más también por el común destino histórico que les ha tocado vivir, a ellas incumbe levantar su voz unánime para intervenir en el arreglo honrado y racional de las diferencias limítrofes. La eficacia de su concurso se dejaría traslucir en forma evidente, por el poder de opinión que representaría, por la fuerza de voluntad colectiva que entrañaría también.

Debe, asimismo, luchar por desterrar en primer término las fuentes succionadoras del imperialismo económico, liquidando la cuenta nociva de las concesiones, devolviendo a la economía nacional —a la economía de América, por consiguiente— el torrente de ingresos que, deliberadamente se deja escapar para la vitalización de naciones extrañas. Y, oponer resistencia tenaz y decidida para evitar que los núcleos oficiales interesados —a los cuales hay que batirlos en retirada radical— sigan pignorando las fuentes de riqueza nacional, con el perjuicio irremediable del pueblo verdadero, cristo y mártir de las ambiciones de los judas de todos los tiempos y de todas las latitudes geográficas.

Deber congénito, de propia conservación, de conservación de la vida de la libertad y de la democracia, es el de luchar y sacrificarse, si las circunstancias lo exigen—para combatir la subterránea y sistemática intromisión fascista en América. Nada, lo creemos firmemente, —y el ejemplo de Europa no puede ser más patético— más funesto para América, que la sombra del fascismo oscureciendo los límpidos cielos en los que sólo ha señoreado el vuelo simbólico del cóndor, anunciador de la libertad. El fascismo como fuerza negativa, destructora de los principios esenciales de la vida del hombre, amenaza todo: el derecho a la vida, a la cultura, al pensamiento. Y, los pueblos de América no son pueblos para la reconquista. Para la servidumbre y esclavitud, menos. Todo lo contrario: ellos son la fragua viva en la que se forja la sociedad del futuro, con las excelencias de una organización política en la que han de caber ampliamente todos los derechos y todas las garantías para la vida del hombre. Porque América, por su realidad histórica y presente, por su juventud y sus posibilidades económicas y raciales está llamada a ser el Nuevo Mundo verdadero que cree, oriente y guíe la etapa de una nueva civilización.

JOSE MARTI

AUGUSTO ARIAS

José Martí, muerto el 19 de mayo de 1895 en Boca de los Ríos, es el que no se ha ido, el que siempre vuelve. Tal como en la parábola de su existencia urgida, el Apóstol, como lo llamara Mañach en su biografía definitiva, ha podido asistir a los ciclos de revisión y consagración en los cuales, tras de la jornada primeriza de loa y enfervorizamiento, han llegado los días de penetrar en su obra para examinarla al detalle y las horas de cima para señalar su ejemplo puro como ninguno, marcado por el alto sino del sacrificio y tendido en una rara vastedad amorosa y patriótica, en la que brillan por igual el encendimiento de su palabra y el ardor de su pecho y se relacionan, en un concierto difícil de hallar, la endeblez de su figura media de hombre americano, enmagrecido por el estudio y la vigilia fecunda, y la resistencia poderosa de su brazo flacucho que levantó el fusil cuando al desembarcar con cinco cubanos en la isla revolucionada, que él quería salvar, aun cuando se le alcanzase, en presentimiento, la muerte de plomo, el sueño de bronce que la metáfora hispánica pidiera para sus héroes, al vislumbrar, premonitivo, la liberación de la Gran Antilla, al plazo de su holocausto, dijo en breve giro, mientras sus ojos de avellana oscura se refugiaban, por la postrera vez, en el lento abanicarse de la palmera: "Veo claro el camino".

Tres años después de que la bala hispánica impusiera un silencio físico a quien siguió hablando, con su voz calien-

te de inflexiones removedoras, ya se pudo escribir, sobre los vientos del Caribe, la palabra vibrante: Cuba libre, mientras en la Península, como lo apuntaba Gómez de Baquero, la pérdida geográfica de los últimos reductos antillanos, sacudida y desmoronamiento, originaba un ansia de interpretación y de reforma, surgía un espíritu cívico y el problema histórico de la decadencia española, adquiría un nuevo interés dramático, del cual derivó el sentido general de los ensayistas del 98.

Aquel que había dicho: "los que tienen Patria que la honren, los que no que la conquisten" y que viene, como la mayor parte de los hombres americanos, de raíces españolas, siente, en la pronta iluminación del predestino, el afán filudo, por lo que punza y acicatea, de salvar a su Patria, de conquistarla mejor, de ennoblecerla. Acaso también, como el surco de Rodríguez en el alma tempestuosa y lírica del Libertador caraqueño, impresionáronse en el Martí niño las enseñanzas de su maestro Rafael María Mendive, cuya prisión, por las ideas revolucionarias que aleteaban en su espíritu, deja un rezago de tristeza en el pensamiento del catecúmeno que sabe regresar de la escuela en busca de la caricia de la madre y en cuya cabeza demasiado grande para su vida de siete años, alienta no se que gravedad anticipada, esa quizá de la idea precoz que suele confundirse con la timidez y que en Martí se fija en una silenciosa actitud, casi revestida de dulzura. Escribe entonces en la pizarra cuadrangular sus primeros garabatos. Más tarde, tal vez con alguna evocación de su niñez, compondrá los versos infantiles del **Ismaelillo** y ha de fundar, sobre todo, *La Edad de Oro*, revista para los niños, resucitada después por ese gran martirilátrata que es García Monge. Las almas de seda han de afirmarse en el amor a los niños. Así el cubano cuyo poemario a Pepito tiembla en el enternecimiento varonil de la raíz sobre la cual se mece el retoño y sabe frutecer en un sentimiento de advertencia y caricia, distante del adivinado temblor que surtió de la carta montalvina de un padre joven. El que dijo, acendrado de pureza, "como un niño me voy limpio a la tumba", no encontró, en la novela precursora de Manuel de Jesús Galván, el **Enriquillo**, figura más atractiva que la del cacique Huarocuya en sus años de infancia,

y de aquel relato dominicano, fuerte en la presencia de los personajes indígenas y en la historia de la conquista, que fuera elogiado por Martí en una de sus cartas inolvidables, aprovecha para la Edad de Oro, de un episodio que magnifica con su imaginación y anima con el patetismo de su entraña: el del Padre de las Casas que viajando entre los indios, sin arcabuz que truene y abra rosas sangrientas en la carne prieta, va solo con los brazos abiertos y en viendo a Huarocuya infante, le besa en la carita bronceada. Símbolo, además, del Enriquillo, el cacique que va de niño a hombre, como para que no se perdiese la transparencia bondadosa de aquel, con un beso del Padre de las Casas.

Pero la vida de Martí, acrisolada en un perenne encendimiento de amor, no será fija y estable. No ha de reposar el discípulo de Mendive, por más que en rumbo vario, como en la repetida conseja del regreso, se perfila, en imagen de nostalgia, la techumbre de la casa paterna. Y en unas veces le deportan y en otras quiere extrañarse volutariamente para, desde lejos, trabajar con mayores impetus, por la liberación de su isla. Así se define el primer viaje de Martí, cuando, a los diez y siete años, se le destierra a España por acusársele de intervención en un complot revolucionario. Vuelve al solar de su padre, el Capitán de Artillería Mariano Martí, pero la sangre materna, glóbulo de las Canarias, le aguarda en la posición nativa, esclavizada para entonces. En España se consagra al estudio de las ciencias jurídicas y cuando regrese a Cuba, aparentemente para ejercer su profesión, dará salida a su confesión en fáciles octosilavos: "Yo soy un hombre sincero —en donde crece la palma—. Y antes de morirme quiero —echar mis versos del alma—. Callo, y entiendo y me quito —la pompa del rimador—. Cuelgo de un árbol marchito —mi muceta de doctor".... Después, como si volviese a uno de los señuelos americanistas más premiosos, su erranza por tierras de nuestro Continente, es la que prepara una nueva Anficionia para la isla de Cuba. Recorre México, Nueva York, Venezuela, Argentina, Costa Rica. Y en todos estos países trabaja. Busca a los refugiados cubanos y mientras dispone, con penuria, los recursos para el material bélico que ha de revolucionar la isla, se entrega también, con la fervorosidad de su temperamento, a

la devoción de la letra. En pocos como en él habráse visto, tan enteramente unidos, el pensamiento y la acción. Rayo es el de su idea que se prende en zig-zags lumínicos y fustiga. Pero como en la física de la tormenta, al término de la tarde convulsa, la paz de la naturaleza, en generosa prevención, aquíetase en la sonrisa del verso sencillo. Y como en la sucesiva marcha de los géneros, Martí es dramático cuando trae a sus prosas el accionante vaivén de la tragedia, épico cuando repule, en su párrafo de personal sintáxis, la figura difícil del héroe ciudadano, y lírico cuando, refugándose en el subjetivismo de su enternecimiento, se confía a la paterna cantinela de su Ismaelillo o deposita, en el verso dúctil, el recuerdo amoroso que ha refrescado la frente del caminante empedernido. Y en todas partes escribe sin el plan modoso del literato que aspira a la gloria, y si más bien como en desahogo natural que es, al propio tiempo, su destino de decir la palabra. Y que bella y nueva y vivaz, profunda y admonitoria, subyugante y revestida de gracia, surge aquella de esos labios proféticos. Martí deja sus artículos en el vuelo diario, no se cuida de recogerlos y vivos de la primera impresión, tienen una raigambre de perennidad que reflora hoy ante los devotos martianos que los han leído y ordenado. Así de la fragua cotidiana en la cual se quema para purificarse, se alza también, acrisolada, la figura del escritor.

Cuando regresa a Cuba en el 78, Martí es encarcelado y enviado otra vez a España. El libérrimo dejará en una de sus páginas la más conmovida impresión de esos días: "Dante no estuvo en presidio" ha de escribir temblando, como para ofrecer al florentino la tristeza de angustia que acaso echó de menos en sus tercetos infernales o en los del purgatorio. Y el que viajaba, no por olvidadizo ni desamoroso, sino porque buscaba toda la libertad para llevársela consigo y dársela a su pueblo, estuvo, por muchos años, ejerciendo cargos consulares en países de América y en otras veces ganándose la vida a golpes de pluma y hasta penetrando en el trabajo del traductor, para llevar a su lengua que tanto conoció y amó, los poemas de Hugo, las novelas de Conway y de Jackson y la lógica de Stanley Jevons.

Martí no descansa. En la Florida se reúne con los

refugiados cubanos y en el año de 1892 constituye, ya con las fuerzas de la definición, el Partido Revolucionario.

En los campos del vivac su palabra atrae y conquista. Llega a Santo Domingo en donde le aguardan los generales Antonio Maceo y Máximo Gómez y para 1895 ha estallado la proclama de la revolución. En abril desembarca en Cuba. En mayo viaja para más lejos. Pero su anhelo se queda prendido con tenacidad irremisible. Y florece, después, triunfante.

La gesta revolucionaria de Martí, alta y limpia, arranca, después de su muerte, la voz que asciende en el elogio de la zozobra mártir. Y se habla del hombre que gustaba de consumirse en la angustia de los demás. Del que hubo de rechazar la posible Presidencia de la República, con esa expresión consecuente y ejemplar: "La Patria necesita sacrificios. Es ara y no pedestal". Y como en el estudio que se hace de las vidas fecundas, más tarde interesan, con fuerza apasionante, los papeles numerosos y desperdigados del escritor. Su amigo Gonzalo de Quesada, emprende en la tarea de ordenar sus obras completas. Y le siguen Américo Lugo y Alberto Ghirardo. Unamuno, encontrándose tal vez en algo de la fortaleza martiana, le consagra sus páginas nerviosas, hechas como del azogue espejeante para recibir la figura menuda del gran desasosegado. García Calderón se alista entre los enamorados de la obra de Martí. Y están a su lado Santiago Argüello y los Henríquez Ureña, Torres Rioseco y Díez Canedo. Y ya contemplado el hombre total, en libros sintéticos o en ensayos de conjunto, revisto el campo prodigioso de su siembra, los aspectos parciales que corresponden desde luego al brillo del conjunto, como en la suerte diamantina de las facetas, conquistan morosamente a los monografistas. Y se escriben la Iconografía de Martí por Arturo de Carricarte, Martí periodista por Gonzalo de Quesada y Miranda, hijo del primer compilador de la obra martiana; los periódicos de Martí por Joaquín Llaverías... Casi bajo la advocación del Apóstol, aparece en La Habana, el Grupo Minorista, en el cual se reúnen, con desinteresados signos, los valores más jóvenes y proficuos de la Antilla Mayor. Y de ellos no sólo que brota el estudio martiano, sino que apunta, en algunos, la misma fe reverdecida y constante del hombre culto y libertador. Y así, por afinidades o aficiones, los

minoristas, analizan y completan el trabajo de revalorización de Martí, como ha sido calificado por Manuel Pedro González, en su gran trabajo de bibliografía. Y si Juan Marinello nos habla de la poesía de Martí, Félix Lizaso reúne sus cartas que arrancaron de Unamuno un elogio tal como para considerar al cubano como al "máximo epistológrafo de nuestra lengua". Y si E. Roig de Leuchsenring, siguiéndole a través de La Edad de Oro trata del Martí niño, Jorge Mañach escribe para las **Vidas Españolas e Hispanoamericanas del Siglo XIX** que publicó las Espasa Calpe, una biografía perfecta de Martí, arquitecturada así con el epicismo de Ludwig, como con la técnica de Strachey y el interés dramático de Zweig. Y a la completación de la exégesis martiana, contribuyen Núñez y Domínguez con su Martí en México. Y Carlos Jinesta con su ensayo documentado y nervioso, patético en el episodio, vivo como una vida y gozoso como un himnario, "José Martí en Costa Rica"...

Oswaldo Bazil en sus "Vidas Iluminadas" se afana en las "huellas de Martí en Rubén Darío" y si la tesis ha valido para más de un interrogante, no es por eso menos seductora. Bazil considera a Martí como a uno de los precursores del modernismo, calidad ya reconocida y afirmada en lúcidos estudios y en libros como el de Arturo Torres Ríoseco. El Martí de los versos libres, siempre ha de aparecérsenos como un anunciador, al lado de Casal, Gutiérrez Nájera y Silva, no sólo de la música que Darío tesitura en compases inauditos, si no también de las imágenes novedosas que iban exprimiéndose, como de un origen, de la misma voluntad inquieta del romanticismo finisecular. Pero Bazil cree más insistentemente en la influencia que hubo de ejercer la prosa de Martí en la de Rubén. Aquel enviaba sus crónicas para "La Nación" de Buenos Aires en cuyas columnas escribiría también el chorotega de los ojos cuajados de paisajes extraños y de los labios músicos y libadores.

Y aquí otra virtud precursora que se afianza en Martí. El fue uno de los que patentizaron la gracia de la crónica lírica, descriptiva pero subjetiva, vivaz e interpretadora, impresionista como un cuadro esbozado y de un sentimiento que se acendra o se expande, como en un poema. Rubén, urgido por su fama y su pobreza, escribió sus crónicas para el diario de Buenos Aires. El poeta, como Martí, desem-

bocaba en el río ancho de la prosa, pero sin perder su aptitud, de música y metáfora. Y él sería, desde las columnas de "La Nación", cronológicamente, el primer heraldo de la gloria de Martí a quien le tocó presentar a Rubén en Nueva York, cuando en el año 93 su paso de premura le acerca. Ya ya a la caída final en Boca de dos Ríos.

En Gabriela Mistral, elogiante férvida de Martí, también se ha creído encontrar algo de la prosa del cubano y si no influencias terminantes, acaso hay razón para indicar afinidades, aun cuando no sean profundas, entre las páginas de Martí y Gabriela. Ardida está la Mistral en noble fuego y es un escritor de másculo estilo en cuyo fondo acrece, sin embargo, corriente de ternura femenina, mecida en piedad. Ella canta a los hijos que no llegaron, como si estuviesen dormidos en la entraña, inmunes, con una voluntad de caricia franca, en alguna expresión semejante a la del autor de Ismaelillo. Gabriela ama a los niños y suele convocarlos para el nuevo sermón de la montaña, desde sus días de maestra rural, como en la Edad de Oro de Martí...

El Martí escritor es tan grande como el héroe cívico. Ya quedan apuntadas, como lo permite este vuelo de elogio, sus cualidades de poeta y de prosista. Y ha de advertirse como se compenetran y se relacionan, su vida, su prédica y sus escritos. Por la libertad de Cuba se levantó la mayor parte de sus páginas y Ghirardo ha dado a uno de sus libros, justicieramente, el nombre de Patria. Trabajó por delatar la expansión imperialista, acaso uno de los primeros en este continente. Fuese, sin intención magistral, por el campo del maduro afeccionamiento de que ha menester el ciudadano de América. Compuso cantos y anécdotas para los niños. Se rindió al amor, buscando para el corazón de la enemiga perseguida, las flechas áureas del verso. Trazó un ensayo de novela. Bordó crónicas de viajes con ágil tacto de descripción. Sostuvo, como precursor, la lealtad de hallar motivos propios para nuestra literatura. Amó y cultivó la lengua castellana. Defendió a los pobres y a los humildes y su fibra más delicada hubo de latir por la tristeza de los negros... "Cuba ñañigo y bachata-Haití, vodú y calabaza-Puerto Rico, burundanga... —Por la encendida calle antillana— Va Tembambumba de la Quimbamba-Rumba, macumba, candombe, bambula", comenzarían a cantar los negritos en el

tono nasal al que acompaña el gesto de su faz de chocolate. Martí se dolía de la esclavitud de los negros, sombra para la sombra. ¿Bajo esa piel de betún no se esconde acaso un cráneo martileño? Su nariz achatada suele dilatarse ante las flores más niveas y en la sinfonía en blanco de sus córneas y de su dentadura, hay esa nota que suele irrumpir a veces, fina, en la noche cerrada. "Martí y el negro representan lo más profundo de la inspiración cubana. Los dos son la protesta ardida. Hernández Catá escribe una mitología de Martí y poemas negros", apunta Luis Alberto Sánchez. Martí se dolía, en uno de sus artículos de Madrid, del negrito Tomás, sentenciado político a los once años, y encarcelado. Y gritaba su voz contra los opresores de la cubanidad de color: ¡Miserables! En la Edad de Oro, trazaba para los niños un cuento que abrasa: La Muñeca Negra. Entre los colaboradores de su gesta, Máximo y Juan Gualberto Gómez, hay uno de la más extraordinaria decisión, valiente y sagaz. Ese es Antonio Maceo, el general negro, un "Ajax tallado en ébano y de terciopelo el ademán y la palabra". (1)

La prosa de Martí, nervuda y suscitadora, conmueve. Corre sin dificultad por el cauce castellano, pero suele, a veces, esmaltarse con los colores de los campos aborígenes. Lleva grito y sonrisa. Constrúyese en flexibilidad nueva y su giro, sin destruir la arquitectura purista, asalta en ocasiones con un agraciado antiacademismo que se marca en la libertad del léxico. Es personalísima. No se le parecen ni las de Montalvo o Varona y cuando se ha querido compararla con la de Rodó, hemos pensado en el plasma en cierto modo romántico de Martí, contagiador de entusiasmo y en el arielismo sereno, casi marmóreo a ratos, aun cuando también supiese encender, pero con tranquila llama, del prosista de los Motivos de Proteo.

Con fibras humanas, de libertad y amor, se han tejido sus artículos. "El poder no es más que el respeto a todas las manifestaciones de la justicia" escribirá rotundamente. "Antes que cejar en el empeño de hacer libre y próspera a la Patria, se unirá el mar del sur al mar del norte y nacerá una serpiente de un huevo de águila", trazaba con su canutero nó-

(1) Jorge Mañach: "Martí el Apóstol".— Espasa Calpe, Madrid, 1933.

made en Nueva York. "El mundo tiene dos campos —estampaba sobre la cuartilla—. Todos los que aborrecen la libertad, por que solo la quieren para sí, están en uno; los que aman la libertad y la quieren para todos, están en otro. "Cuba, futura universidad americana", era su exclamación de augurio y de confianza.

"Que se marque al que no ame, para que la pena lo convierta, afirmaba el amoroso. Por española no hemos de querer mal a Santa Teresa que fue quien dijo que el diablo era el que no sabía amar". Y dejando quizá que se cuajara la lágrima, corazón adentro, reconstruía esa anéctoda del héroe modesto, del gallego Pablo Insúa, comenzando por su retrato, más animico que fisico: "De cuerpo era pequeño, combo y cargado de canas. En su hablar había pena, como quien lleva en si la de los demás. Su muerte fué muy bella..." Insúa, en la guerra cubana y como supiese que había un hogar sin jefe, solo con mujeres y niños desvalidos, sin advertencia de nadie, ansioso y fatigado, corrió para llevarle alimento. Había mucha nieve. Cruzó por la calle helada con la mano en el corazón. Subió muy de prisa. Dejó el auxilio y luego, como huyendo de los agradecimientos regresó, para subir, veloz, la grada del ferrocarril. El corazón del gallego combo y cargado de canas, había fallado. Y cayó Pablo Insúa sobre la nieve, muriéndose por el dolor de los que han hambre de pan y justicia.

Esteta también, el Martí escritor, polifacético. "La poesía no es canto débil de la Naturaleza plástica— dice relacionando su lirismo con el cuerpo de su propia lucha—; esta es la poesía de los pueblos esclavos y cobardes". Y cuando en México escucha al músico White, se eleva en esta proposición de caleología: "El color tiene limites; la palabra, labios; la música, cielo. Lo verdadero es lo que no termina y la música está perpetuamente palpitando en el espacio. La música es el hombre escapado de si mismo; es el ansia de lo ilimitado, surgida de lo limitado y de lo estrecho, es la armonía necesaria, anuncio de la armonía contante y venidera". Y siempre del lado de la enseñanza y de lo niños, sus libros están cuajados de reflexiones parecidas a las siguientes: "Los niños son la esperanza del mundo. La educación empieza con la vida y no acaba sino con la muerte. Debe ser obligatorio el servicio del maestro, como el del soldado".



Mañach ha retratado a Martí y de la fisonomía espiritual y corpórea del Apóstol hay, entre otras, una lograda semblanza en el José Martí de Carlos Jinesta. Grave y lírico a la vez era ese libertador, y no amenguaba su raíz niña, aún en las madureces de su mediodía. De la frente despejada huía la melena riza, según la imagen de Mañach. En el semblante pálido, hundíanse los ojos, casi oscuros de lejos y de cerca del color de la avellana. Ojos algo distantes hacia las sienes. Bajo la nariz recta un negro bigotillo de mosquetero. La estatura pequeña y el busto brevemente agobiado. Síntomas de alguna dolencia sin declararse en sus ademanes nerviosos, sucesivamente violentos o fatigados. La voz débil, sin promesa de herir, pero creciente a medida que hablaba, subyugando.

“La fascinación arcangélica de Martí —evocaba Concha Meléndez— actúa en cuantos se le acercan, nubla los límites precisos, mientras quedan sin definir los valores más firmes de su producción literaria”. Y asegura Tejera que el que “no oyó a Martí en la intimidad, no puede darse cuenta de todo el poder de fascinación que cabe en la palabra humana”. Se ha dicho que las mujeres le admiraban “por su verba fluida, rica en todos los matices de la insinuación, por su galantería y su risa de cristal”. Y acaso también por la aureola de su fama y la tenacidad de sus ojos magnéticos. Pero en los avatares amorosos de Martí, no hay el día, de sorprenderse sin buscarlo, del encuentro perfecto. Puede que anduviera el proscrito, eligiendo y dudando, detrás de la mujer que fuese imagen y semejanza de su sueño. Y ella no fué ni Blanca de Montalvo, rubia y de color nevado, ni Concha Padilla, que hubo de conmoverle con los encantos del arte, ni María García, la quinceañera guatemalteca. Ni halló tampoco el parecer afín o el dulce equilibrio en Rosario de la Peña, aquella que arrancó del mexicano Acuña, la elegía erótica tan conocida, antes de que emprendiera para nunca en el viaje romántico de la desesperación: “Pues bien yo necesito— decirte que te quiero...” Martí, el amoroso, lo han dicho sus biógrafistas, escogió la esposa con una suerte equivocada. Y así, su vida en predestinación para el vaivén de los comba-

tes, hizose más sin fijeza, pues que el poeta del Ismaelillo, cargado de ternura, no había de conseguir de cierto el regazo que la fatiga reclama y anhela el corazón sin tregua del agostista.



Sus últimos días fueron los de Costa Rica. Cuando preparaba el empuje final para caer en la isla con Guzmán Blanco y Antonio Maceo, a la cabeza de los emigrados que merecieron la hospitalidad de la hermosa tierra costarricense y merecieron la tristeza de su patria distante con el afecto de "los hermaníticos" como los cubanos llamaban a los josefinos. La decisión de Martí había llegado a la hipérbole: "Si me dan diez mil pesos para la revolución, —decía— salgo desnudo en mulo". Entre una nubada de presentimiento cerníase, para él, la luz que tanto había perseguido. Podía abandonar allí su pertinaz empeño y ya quedaba hecho lo bastante con la organización de las fuerzas y, sobre todo, con la directiva conquistadora del pensamiento. Pero quería llegar él mismo, y combatir, como en los tiempos heroicos, aún cuando le asaltase la idea de que moriría. Con Máximo Gómez y cuatro compañeros, saltó en la isla. Los demás, pocos y mal armados, llegaron con distancia. Nos caemos riendo, dice en su postrer epistolario, cuando marcha a salto de breña. Y esos eran los últimos episodios de su angustia, nunca restañada. De su angustia fértil, en creciente, cónsona ya y que de habérsela quitado, frustraría la gloria y hasta la paradójica alegría de su camino. No se le aparece la muerte con terror desconocido de la sombra, ni como el latigazo de la tragedia. A lo largo de sus páginas hay para ella si no las vehemencias de un llamamiento, la fuerza masculina, carne de la naturaleza, de una tranquila y a veces gozosa aceptación. De tal modo Martí va hacia la muerte, sonriendo y casi cantando. Ha de recibirla, además, de pie, y en el mismo campo que quiere libre para los suyos. Llega, al lado de los vencidos, en traje de campaña, con vestido azul, oscuro sombrero y alpargatas. Jinesta ha reconstruido el diálogo imaginario, vital y simbólico, de sus postrimerías: "Marchemos a la victoria compatriotas— Y los soldados: tú a la gloria Martí— Y placenteros: vamos a morir— El maestro, prod-

gioso de visión: para **vivir**". Martí arengó a los voluntarios. Ellos iban fervidos. Y en Boca de dos Ríos cayó el Libertador con el fusil en la diestra. "Quiero que conste que por la causa de Cuba me dejó clavar en la cruz", dijo para cerrar sus labios enfervorizadores.



Emeterio Santovenia, otro de los martióltras de América, en su "Bolívar y Martí" ha establecido, con afectuoso conocimiento, el paralelo del héroe cuya vida ocupa en estos días a Emil Ludwig y el apóstol cubano. De la misma fortaleza de las afinidades, ha resaltado sin embargo el aprecio de las diferencias. Pero la pura misión de su obra les identifica y hasta les une. Martí se declaraba, como Bolívar, profundamente americano.

"De América soy hijo, a ella me debo" era su frase reticente. Bolívar afirmaría una férrea voluntad de dominio, aun cuando ya se limpiase de aquella, para la purificación, en su atardecer de Santa Marta. Martí no. La empresa de Bolívar, de vastedad extraordinaria, sería continuada, en palabra y en acción por José Martí, por más que el mismo hombre admirable, cuyo elogio ha querido trazarse en estas líneas descoloridas, hubiese expresado una vez, con la desolación de los grandes, algo que puede cobrar actualidad en las mismas horas a las cuales asistimos: "El Libertador hace falta en América, por que lo que él no realizó, todavía está por hacerse".

HECHOS ECONOMICOS COLONIALES EN LA PRESIDENCIA DE QUITO

OSCAR EFREN REYES

La conquista se realizó con las propias bases económicas americanas—agrícolas o metalíferas.

La producción agrícola indígena, en efecto, aportó las primeras bases de subsistencia, desde el maíz y la patata hasta las frutas más variadas y exquisitas, y desde la cucurbitácea y el camote hasta la mandioca para el "pan cazabe"—que los españoles hacían durar hasta un año, como artículo alimenticio, en sus largas incursiones,— y desde el algodón y el henequén para los vestidos o los objetos útiles, hasta los vegetales para la tintorería; y desde las especias y condimentos más diversos —como la canela, el ixzhpingo o flor de la canela y el aji—, hasta la coca y la quina y la zarzaparrilla para los fines de la terapéutica.

La producción metalífera, ya hecha o beneficiada por los mismos indios, fue estímulo y medio de intercambio, a la vez, para exploradores y pacificadores. De este modo, lo que no hubo en América se consiguió con el oro o la plata de América.

Pero lo que fue suficiente o único para la conquista, resultó deficiente o incompleto para la vida definitiva del europeo en el nuevo continente.

Había, pues, que emprender en una constante y fuerte labor creativa, y ésta corrió de cuenta de la **colonización**.

Colonización, implicó o significó, por tanto, además de la utilización plena de todo lo existente en América, organización y trasplante de todo lo que no había en ella. De no hacerse estas cosas fundamentalísimas, los simples metales preciosos que se obtenían de las aventuras, habrían acabado con todos los inmigrantes —tal como, en efecto, acabaron con algunos que, muy equivocadamente, creyeron que sólo las montañas de oro y plata alimentaban y vestían a la especie humana.

EL REPARTO DE LA TIERRA

Por lo pronto se advirtió que la riqueza y variedad de producción agrícola indígena no implicaba, a la vez, ni el aprovechamiento de toda la tierra laborable, en vastísimas extensiones; ni el conocimiento y uso de instrumentos eficientes para la realización de un sistema agrícola intensivo; ni el conocimiento y uso de cereales que para el hombre del mundo antiguo eran básicos e ineludibles; ni la existencia de un ramo pecuario que no solamente diese carne y lana sino también grasa y leche y que sirviese para la tracción, la carga y el transporte. Y todo esto tenía que hacerse inmediatamente, siquiera como complemento o adición a lo que existía.

Se ha hablado mucho acerca de la ociosidad y de la suma deficiencia creativa que en cierta época caracterizaron al pueblo español. Pero tal haraganería y deficiencia no debieron de ser generales y de todas las regiones de España; pues debemos advertir, por lo menos en los conquistadores y primeros colonizadores del siglo XVI —generalmente de origen campesino—, una notable excepción.

El conquistador de Quito, Sebastián de Belalcázar, fue admirable por su impetuosa dinámica y febril energía para organizar, según hemos visto. Pero no le fueron inferiores sus compañeros, los que se quedaron en las ciudades, villas y asentos fundados por él para poner las primeras bases de la nueva vida ecuatoriana.

Sorprende y maravilla, en efecto, al leer los primeros libros de Cabildos de Quito, cómo estos hombres —al final

de sus campañas agobiadoras, frescas aún las cicatrices, y poniendo en paréntesis las nostalgias de la patria—, se consagran, con fino tacto, espíritu práctico y previsión, a legislar, a ordenar e imponerse disciplina.

Sin perjuicio de las obligaciones militares o de "rescatar el oro" de los indios, procedieron, como cuestión fundamental, a la asignación de tierras. Pero el reparto agrario no se hizo con arbitrariedad; y el Cabildo limitó o cercenó codicias, con el rigor de sus ordenanzas.

El Cabildo determinó los solares para los vecinos, de modo que cada uno no tenga más de "ciento e cincuenta pies en cuadra", dentro del perímetro urbano. Y determinó, sobre todo, las extensiones destinadas al trabajo agrícola y al incremento pecuario; pues los guerreros venían acompañados de ovejas, yeguas y puercos y semillas extranjeras.

Tales extensiones se llamaron estancias y tierras para sembradura.

En acta de 25 de Enero de 1535, fijó el Cabildo el máximo de estas concesiones territoriales, para fines agrícolas.

Las estancias "para puercos, ovejas e otros ganados" debían tener "en torno e cuadra fasta un cuarto de legua a cada parte", o sea un poco más 156 hectáreas.

Las tierras para sembradura, debían darse de modo que sean suficientes, para sembrar hasta 8 fanegas. De ahí para abajo, "segund la calydad de la persona a quien se dyere". La calidad del solicitante se determinaba, naturalmente, según el buen juicio de los señores Justicia y Regidores.

No había, pues, en verdad, "latifundios". Estos advinieron mucho después, ya del siglo XVII para adelante, de un modo principal, cuando ciertas órdenes religiosas y ricos encomenderos, acaparadores de metálico, iniciaron también los grandes acaparamientos agrarios, mediante proceso de aglutinación o unificación, por compras paulatinas, por donativos o por anexión fraudulenta de tierras inmediatas, inclusive comunales.

Pero todo esto era completamente extraño al espíritu de la reglamentación inicial y de la ley, y extraño también al pensamiento de los primeros colonizadores del siglo XVI, en quienes es justo advertir que aspiraron más bien a sentar los principios de una equitativa administración agraria, fomentando, sobre todo, la riqueza campesina.

Así, no solamente distribuyeron extensiones limitadas y con finalidades concretas, sino que exigieron su práctica ocupación.

Cuando un vecino no usaba la tierra en los fines para los cuales había pedido, entonces el Cabildo procedía a declararla vacante o adjudicarla inmediatamente a otro.

Al principio, los conquistadores echaron sus animales sobre la circunscripción urbana y sus cercanías, sin orden ni cuidado. En 9 de Abril del mismo año, el Cabildo estableció penas severas para los dueños desaprensivos de modo que "todos los criadores de ganado porcuno traya uno su pastor con el dicho ganado fuera desta villa e que denoche los tenga encerrados por manera que no anden desmandados, con apercibymyento e so pena que sy andando fuera de la orden suso dicha que sy les mataren alguno o algunos de los dichos ganados, sea a culpa e cargo del dueño dellos y no de la persona que lo hisyere"... (1)

Lo que prueba la existencia de verdaderos elementos de colonización y de trabajadores del campo.

El primer "estanciero" del Ecuador fue, por extraña coincidencia, precisamente uno de los más febriles buscadores de oro: Juan de Ampudia, quien solicitó la adjudicación del terreno donde ya tenía sus ovejas. Después pidieron los otros, inclusive Belalcázar y los Regidores, para sus yeguas o puercos. A veces se pedía el terreno para siembra, cuando éste ya estaba precisamente sembrado, como en el caso de Diego de Tapia, que no perdió tiempo... (2)

EL INCREMENTO AGRICOLA

Luego se impuso la revolución en la técnica de la labranza, con la introducción de nuevos elementos: la barra de hierro, la pala y el hacha y el machete para el desmonte y el desbrozo, y, sobre todo, el arado de tracción animal —pues que, el invento máximo para la roturación de la tierra no había llegado, aún entre los progresistas incas, más que hasta

(1) Ver: Libro Primero de Cabildos de Quito; vol. I; págs. 70, 70, 84, 93-97; 108 y siguientes.

(2) Id. Id., 94.

la *chaquitaklla*, o rejón de pie, de madera muy dura o con punta de cobre, "a manera de zancos", según primitivo cronista, y cuyo práctico resultado era más bien "mucha fuerza con los pies y muy poca en la tierra"... (1)

Las áreas territoriales no aprovechadas por el agricultor indígena, fueron, así, convertidas en ricos campos de experimentación y de cultivo.

Muy pocas semanas después de la pacificación, llegaron a Quito los frailes franciscanos. Entre éstos, un pariente de Carlos V, llamado Fr. Jodoco Ricke. Este entusiasta religioso trajo a Quito las primeras semillas de trigo, y su cultivo comenzó a ensayar en un cántaro, poniendo todo afán y cuidado.

El ensayo dió admirables resultados dentro del propio año de 1535 y, probablemente, a esta experiencia de Fray Jodoco no tardaron en sumarse varias otras de diversas afluencias españolas, que se sucedían intermitentemente. Poco tiempo después, en efecto, se propagaba maravillosamente el trigo por las faldas de los altos montes y la serenidad de los valles serranos, dorando la tierra en extensiones inmensas. Y como la producción era tan abundante, llegó una vez, por 1543, en que el pan se vendía a **ocho de una libra cada uno por un real...** (2) Es que, como muy bien ha observado el historiador Altamira, por aquí "el trigo rendía del 25 al 100 por 1, en vez del 5 que se lograba en la Península".

En acta de 20 de Mayo de 1549, el Cabildo de Quito señalaba entre los precios alimenticios que podían expendirse en los caminos, el siguiente para el pan: "por veynte e cinco libras de pan amasado, un peso de oro"... (3)

Se propagó también intensamente la cebada; y la harina de este cereal vino a constituir uno de los principales artículos alimenticios del indígena. Ella —que los indios denominaron *mashca*—, ofrecía, aparte de su bondad nutritiva, una ventaja para el trabajador del campo; y era que se podía transportar fácilmente y conservar, como el maíz tostado, para ser

(1) Ver: Jiménez de la Espada: Ob. cit., III, 95, nota b.

(2) Carlos Pereira: "La obra de España en América"; ed. de Madrid, 1930; pág. 91.

(3) Libro Segundo de Cabildos de Quito; vol. II, pág. 218.

usado en cualquier momento, sin necesidad de nuevos esfuerzos en la preparación.

La caña de azúcar, de procedencia africana, traída por los primeros colonizadores españoles a las Antillas y a la América Central, se introdujo muy pronto en el Perú y en la costa y en los valles calientes de las altiplanicies del Ecuador.

Los mismos artículos americanos, no propagados en todas las zonas propicias del continente hasta el siglo XVI, fueron intensamente distribuidos y sometidos a experimentación en diversos campos y latitudes por los españoles. Entre esos artículos indígenas, caben anotarse principalmente el cacao y el tabaco, y hasta ciertas especies del banano, como el plátano hartón o **zapalote**, que decían los aztecas, y el dominico, según lo observado por Humboldt.

Para los siglos XVII y XVIII, ya vastas porciones territoriales de la costa ecuatoriana se habían llenado de sembríos de cacao, de tabaco y de variedades, así americanas como asiáticas y oceánicas, del banano; artículos que llegarán a constituir una de las mayores fuentes de riqueza agrícola del Ecuador, a partir de la colonia.

No todos estos cultivos fueron, desde luego, fáciles o prontos en consecuencias provechosas; y la serie de fracasos que precedió casi siempre a los éxitos ponía a prueba la constancia de los primeros colonizadores.

LA RIQUEZA PECUARIA

También constituyó un aporte novísimo y de trascendentales consecuencias para la economía americana, el incremento de los nuevos animales domésticos; pues, en este orden, ya hemos visto que el indígena no poseyó sino muy poco: la llama y el guanaco, de procedencia austral, que daban, ante todo, lana; el **cui** o conejillo de Indias, que daba carne para el **charqui** en las altiplanicies, y el **ashco** o perrillo para compañía del hogar. Los indios costeños habían domesticado algunas aves de la región y una especie de pato que ellos llamaban **juta**, según testimonio de Cieza de León, que pasó por estos territorios muy poco tiempo después de la conquista.

Largo tiempo, por cierto, pasaron los indios sin com-

prender toda esa porción de animales mansos que venían con los nuevos hombres.

Durante horas se agolpaban a los corrales, para ver y oír cantar al gallo, que les parecía echar a los aires, en arco-melodioso, el nombre de **Atahualpa**...

A la llegada de Sebastián de Belalcázar, no solamente les alarmó el caballo, sino también el cerdo —animal feo y de voces guturales, espinoso y colmilludo—, que los extranjeros cuidaban, sin embargo, con interés solícito. Le sacaron copias, en dibujos o pinturas, y la noticia de animal tan raro circuló, con increíble rapidez, de tribu en tribu. Precisamente, los indios chibchas, de Colombia, para convencerle al conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada de que otros españoles habían llegado a Quito y que avanzaban para el norte, le presentaron, a guisa de argumento decisivo, el dibujo de un puerco, compañero inseparable de las huestes de Belalcázar.

Todo, hasta no perder el miedo y probar la carne. En seguida, a peso de oro, adquirieron para sus concentraciones comunales ovejas, gallinas y cerdos. De este modo, las indias en general se tornaron pastoras. Dentro del propio siglo XVI, ya los indios de la Puná eran los mayores propietarios y vendedores de cerdos en el litoral, y los indios de Latacunga y Ambato, gracias al incremento de sus ovejas, establecían obrajes por cuenta propia, cuyo rendimiento les permitía cierto enriquecimiento y lujo.

Solamente el caballo escapó a su dominio; pues que, el terror que inspiró, en un principio, a los indígenas luchadores del incario, subsistió, en forma de recelo, de menosprecio y quizás de sordo rencor, hasta muchos siglos más tarde, en los indios vencidos de la colonia.

Pero lo que no quiso adoptar el indio, como ganadero, se echó sobre sus hombros el propio español o el criollo mestizo, a estímulos del pingüe negocio que significaban, en los primeros años de la colonia, la cría y venta de caballos, para las largas movilizaciones al Perú, la dominación en las encomiendas o para el transporte.

Cuéntase que una vez cierto español Diego de Agüero, viniendo del Cuzco para Quito, sintió urgente necesidad de cambiar su caballo cansado por otro nuevo; pero no lo consiguió sino medianta una adevhala de 1.000 pesos. Por enton-

ces, un caballo costaba en pueblos de Quito, de 3 a 4.000 pesos de oro...

La baratura, sin embargo, que se advirtió en el ramo pecuario, varios años después, no fue resultado sino de estos ferrosos impulsos y estímulos iniciales, que exageraron el incremento, sin relación ya a la demanda... (1)

En efecto, de los precios fabulosos de la iniciación —que en gran parte se debió también al exceso de metálico—, se pasó a los más deprimidos y bajos, sin que, por otra parte, se notase todavía ausencia de ese metálico.

Como lo observaba el P. Bernabé Cobo a fines del propio siglo XVI, ya en varios lugares de América, como en México, Argentina, Paraguay y Chile, caballos, toros y jumentos se habían hecho monteses y corrían libres por pampas y valles en hatos numerosos. El precio de estos animales correspondía, pues, más bien al trabajo de tomarlos, domarlos y prepararlos. En Lima, por ejemplo, un buen rocín de carga apenas llegó a valer de 200 a 300 pesos. Advértase la diferencia entre estos precios y los que tuvo que pagar el español Diego de Agüero!...

Pero en el Ecuador no fueron menos baratos. Un caballo costaba en Guayaquil 20 pesos de nueve reales, y un toro de los criaderos de Palenque, 2 pesos.

En las haciendas de la altiplanicie, los hatos hormigueaban. Y haciendas y hatos no valían precisamente fortunas.

Los frailes mercedarios, por ejemplo, llegaron a formar uno de los mayores latifundios de la Presidencia, **Pesillo**, con muy poco capital. En 2 de Febrero del año de 1620, los vecinos Diego Pinales y Francisco Vergara les vendían a dichos frailes sus haciendas. "Vergara vendió la suya en cincuenta patacones; las ovejas a seis reales, chicas y grandes; las vacas, a cinco patacones; las yeguas a cuatro reales"... (2)

Por este mismo tiempo, y a través de todo el siglo XVII, el precio del caballo apenas osciló entre los 5 y 8 patacones o pesos de nueve reales; y mulas y machos mansos valían al rededor de 22 patacones.

(1) Carlos Pereira: Ob. cit. págs. 99-104.

(2) Fr. Joel L. Monroy: "El Convento de la Merced de Quito" (1616-1700): Quito, 1932, págs. 101 y siguientes.

La carne, como lógico resultado del incremento de toros, vacas y ovejas, era alimento abundantísimo, a pesar de las quejumbres del vecindario en algunas ocasiones en que casi no había de balde.

La arroba de **charqui** —carne salada y perfectamente seca, según aprendieran de los incas los españoles—, valía en Guayaquil **tres reales**, y la carne fresca, **dos reales y medio**... (1)

Y ya muy antes, en Marzo de 1598, el Cabildo de Quito señalaba: "que la arroba de vaca se venda por agora a dos reales y la de ternera a cuatro reales y el quintal de sebo a cuatro patacones"... (2)

Los precios de animales y aves de corral llegaron hasta lo increíble; pues como casi todo el mundo los criaba, muy pocos eran los compradores. Una gran olla de manteca de cerdo valía seis reales; por diez gallinas se pagaba un peso, y por doce conejos un real...

Se descartaban, naturalmente, las épocas de adversidad en que factores imprevistos de destrucción acababan con los principios de la abundancia.

INDUSTRIA, COMERCIO, TRANSPORTE

Pocos años después de la conquista, ya había elementos para la industrialización y el comercio.

Los molinos —establecidos a lo largo de la cordillera, gracias a las numerosas caídas de agua—, comenzaron a producir harina en gran escala.

Esta harina se quedaba, en parte, dentro de la Presidencia, para la fabricación del pan más barato del mundo; o salía para pueblos del litoral y del norte.

El incremento de ovejas, sobre todo, condujo al establecimiento de **obrajes**, casi en todo el territorio. Los artículos de estos obrajes —paños, bayetas, jergas, lienzos y variedad de tejidos de algodón y hasta de henequén o **cabuya**—, iban a lugares distantes, al Perú y a Chile.

(1) Modesto Chávez Franco: "Crónicas..." pág. 138.

(2) Libro de Cabildos de Quito, 1597-1603; vol. I, pág. 120.

En este último país se pagaban con paños de Quito los salarios de los araucanos sirvientes en la ciudad... (1)

No solamente los españoles tenían obrajes, según ya se ha dicho, sino también caciques indios, muchos de los cuales llegaron a enriquecerse y a usar, en vez de las manufacturas de sus propios telares, más bien la brillante seda importada, o "ropa de la China", para sus vestidos de gala...

Aún en los siglos XVII y XVIII, en los intervalos intermitentes de la decadencia, no cesó cierto incremento de industrias, juntamente con un comercio más o menos importante. Así, a la harina y a los tejidos, se añadieron, como productos de gran industria, los cueros preparados o zuelas, sebo, carnes y otros. En las grandes haciendas del litoral y en los valles calientes de la sierra se establecieron trapiches e ingenios azucareros. Y los frailes jesuitas —propietarios de muchas de aquellas haciendas— intensificaron la producción industrial y de víveres, para abasto de mercados internos y para la ventajosa negociación externa, por más que tales actividades —que incluían, inevitablemente, explotación esclavista y del trabajador campesino, y la absorción y acaparamiento de riquezas—, no correspondieran propiamente a su ministerio.

Muchísimos pueblos costeños preparaban mazos de tabaco, que, en su mayor parte, partían para otras provincias de Indias, de norte y sur.

Y los astilleros de Guayaquil construían —con las maderas famosas de sus montañas, que se consideraban como de las mejores del mundo—, las embarcaciones para la navegación en el Pacífico, de Chile a México. Se hacían buques para el comercio y transporte, y hasta buques para la guerra.

Desde el siglo XVII había naves de guerra, como *La Capitana Real*, de 1.150 toneladas y con capacidad para 60 piezas de artillería. Varias de esas naves sirvieron para dar caza a piratas y pechelíngues enemigos de España y de sus provincias de Indias, y algunas, "sin costa de su Majestad"... Así, para el primer navío de combate, bastó —según informaba el Virrey del Perú, Conde de Castellar, en 1681—, que se ofreciese al Corregidor de Guayaquil D. Gaspar de Argandoña el

(1) Domingo Anumategui Solar: "Historia Social de Chile" Santiago, 1932; pág. 72.

Corregimiento de indios de Otavalo por tres años, para que este funcionario apresurase la construcción sin más gastos.... (1)

El barco de transporte, pues, y su defensa artillada, se hacia, casi en su totalidad, con elemento primo ecuatoriano, desde el magnífico maderamen, hasta la dirección y el trabajo.

De este modo, el comercio externo de la Presidencia de Quito se hacia con naves propias. De este país se llevaban artículos industrializados y materias primas: los tejidos de lana y algodón, los cueros, el tabaco, el azúcar y sombreros de Guayaquil o "jipijapas"; cacao, grandes cantidades de madera, cera, pita, sebo, canela de Quixos, cochinilla, cascarilla, y pieles de tigres y venados.

También llegaron a constituir un notable renglón de exportación las obras de arte de Quito, principalmente cristos y trabajos de escultura en general.... (2)

Y se importaba lo que estrictamente faltaba o no se producía en el país, de tal modo que el saldo a favor de la Presidencia siempre fue notable. Entre los artículos que se compraban afuera constaban: vinos, no en mucha cantidad, aceite y aceitunas, aceite de ballena para el alumbrado, brea, alquitrán, ropa de España, instrumentos de hierro, intermitentemente libros; negros....

(1) Alfredo Flores Caamaño: "Antigüedades Históricas de la Colonia". Relación inédita de la ciudad y provincia de Guayaquil, 1765. Ed. de Quito, 1925; pág. XXXVII, nota 2.

(2) Para dar una idea de conjunto sobre la importancia de estas exportaciones, se ha conservado el dato de que solamente entre 1779 y 1787, o sea dentro de un período escaso de 8 años, la Audiencia de Quito remitió, a diversos países de América española y Europa, por el puerto de Guayaquil, la cantidad de 264 cajones de pinturas y esculturas.

Las obras de *Caspicara* y de *Pampite* y de autores anónimos de cristos y grupos escultóricos de madera, se solicitaban, por entonces, y hasta muy avanzada la República, en todo el orbe católico o simplemente coleccionista de preciosidades mundiales.

J. G. Navarero: *la escultura en el Ecuador*, Madrid, 1929, pág. 1, y nota.

Los barcos comerciales de Guayaquil iban a puertos peruanos y chilenos o a los de Chocó y de Tierra Firme o Panamá, de Guatemala y México....

Este comercio intercolonial —limitado a dos movimientos anuales por celos administrativos—, sufrió en el siglo XVII varias otras limitaciones y cortapisas más, de parte de incon-sultas disposiciones virreinales (como la de no poder tocar en puertos menores o intermedios); pero no llegó a anularse, y continuó, con relativa prosperidad, durante todo el siglo XVIII y parte del siglo XIX, o sea hasta la emancipación, en que se impusieron otras formas administrativas.

Uno de los privilegios de Guayaquil, como ciudad leal, consistía precisamente en la libertad para comerciar con sus productos, y si el Virrey Esquilache restringió la exportación del cacao no fue sino para determinados puertos del norte.

En el siglo XVIII Guayaquil exportaba su cacao al Perú, al Chocó y a Panamá y a Sonora y Soconusco, y con licencia especial, hasta el puerto de Acapulco —lugar hacia el cual se había dirigido principalmente la prohibición de Esquilache, por conceptuar, sin duda, que el comercio con este puerto, si aumentaba los ingresos de los grandes poseedores agrarios productores de cacao en gran escala, ningún beneficio se obtenía, en cambio, para la generalidad ni para el equilibrio comercial; pues, de Acapulco lo que principalmente se traía no era sino una importación suntuaria ("ropa de la China" o sederías; especierías y perfumes de Filipinas).

Por aquellos tiempos, los precios de artículos de exportación eran tan baratos, que evidenciaban su abundancia. Así, por ejemplo, una "carga" de cacao de Baba costaba 3 pesos (una del de Machala, solamente 2), y un grueso mazo del famoso tabaco de Daule, del peso de varias libras, apenas un real... (1)

Esto era lo que podriase llamar el comercio externo. El interno era más activo aún; ya que para éste no se necesitaban los permisos semestrales o anuales que las salidas de los barcos requerían.

Todos los artículos de la costa ecuatoriana y de los de-

(1) A. Flores Caamaño: Ob. Cit., págs. 3 y siguiente.

más pueblos del Pacífico y de España se reconcentraban en Guayaquil, y de aquí partían al interior, o por el **Real Camino de las Bodegas** —según se llamaba por aquellos tiempos a lo que en la República ha llegado o ser la **carretera de Babahoyo**—, o por el camino de las Reales Bodegas de Yaguachi, rumbo a Chimbo y Riobamba, o por la vía de Naranjal para Cuenca y Loja.

Por las mismas vías bajaban de las altiplanicies los cereales, harinas y patatas para el consumo del litoral, y los artículos manufacturados para la exportación.

Los medios de transporte para esta actividad comercial interna fueron, al principio, las espaldas de los indios.

Multitud de aborígenes se dedicaron a este trabajo; y el Cabildo de Quito fijó, a partir de 1549, los precios de carga, desde el desembarcadero de Bodegas hasta Chimbo, primero, y desde este lugar para adelante, por estaciones, después: **un peso de oro** por la primera jornada; **medio peso o cuatro tomines** de Chimbo a Riobamba; etc., etc... (1)

Pero cuando sobrevino el incremento de caballos, asnos y mulas, apareció coincidentemente el arriero mestizo. Los **reales caminos**, entonces, ya no transitáronse solamente por por las taciturnas caravanas indígenas, sino también, y sobre todo, por las recuas conductoras en grande de las mercaderías lejanas, de los viveres, de la sal y el aguardiente, que provocaron el surgimiento de aquel tipo social particular, de neta extracción plebeya y campensina, pero medio aventurero y trajinante, medio mundano, pícaro y jovial, a la vez, que fue dicho arriero —factor de economía, noticiero y puntito de contacto popular también entre las diferentes y dispersas y mutuamente ignorantes poblaciones de la época. El arriero, como pequeño empresario de transportes, y sin perder todas sus peculiaridades, se prolongó hasta muy avanzada la República, en que los trenes del siglo XIX lo extinguieron definitivamente.

Tanto para el indio cargador como para la acémila, el camino de época indígena no varió, desde luego. Más que camino, era el senderillo de montaña, por entre marañas, con

(1) Libro Segundo de Cabildos de Quito (1548-1551): vol. II, pág. 220.

cuestas resbaladizas, ciénegas, pasos fragosos y bordes escarpados. Donde no había un descenso vertiginoso o una empinada y larga travesía, se presentaban por lo menos kilómetros de **camellones**, o huecos de agua, cuyo paso por las mulas constituía un verdadero prodigio.

En todos estos pasos, los indios ayudaban decisivamente a mulas y hombres, ya haciéndoles graderías con instrumentos especiales para el efecto, ya sosteniéndolos, ya empujándolos —tal como ocurría en la célebre **Cuesta de San Antonio** (al oeste de la actual Provincia de Bolívar, entre Caracol y Guaranda), que duraba dos días completos—...

Los ríos se salvaban, generalmente, mediante **tarabitas**, o gracias a endebles puentes de madera de una vara de ancho.

A este respecto, nada más revelador que un dibujo de la primera mitad del siglo XVIII, ilustrando una minuciosa descripción del viaje que realizaron, en 1736, don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa, de Guayaquil a la capital de la Audiencia... (1)

Y a pesar de todo ello, el intercambio comercial y la inmigración, el movimiento de correos y las entradas o los éxodos de elemento político y administrativo, no dejaban de realizarse con relativa frecuencia.

(1) Estos viajeros salieron de Guayaquil el 3 de Mayo de 1736, y llegaron a Quito solamente el 29 del mismo mes, a las cinco de la tarde.

Sólo en la subida del río Caracol, tardaron 8 días, entre toda clase de peripecias.

El ascenso de la Cordillera occidental y la entrada, por fin, en las mesetas, requirieron varios días.

Por entonces, se acampaba en chozas o en cuevas naturales para pasar la frígida e inclemente noche y luego reanudar, muy de mañana, de 5 a 6 a. m., la constante marcha.

En tan dura travesía, los viajeros siempre encontraban, sin embargo, siquiera esta satisfacción compensadora: la hospitalidad generosa, la atención y exquisita urbanidad de los pueblos del tránsito...

Ver: Jorge Juan y Antonio de Ulloa: "Relación Histórica del Viaje a la América Meridional..."; Madrid, 1748; texto, págs. 279-301; ilustraciones, págs. 279; 378-379.

LA MONEDA

Los precios durante la conquista y la colonia se calcularon, en todas las provincias de América española, a base de circulante de oro y plata, o de plata mezclada con cobre, o de cobre solamente.

Las piezas monetarias llegaron a ser variadísimas y numerosas, hasta la confusión; pues que, aún siendo de la misma denominación y apariencia no siempre tenían valores representativos permanentes o iguales, como se verá en seguida.

En la Presidencia de Quito preponderaron, sin embargo, con caracteres de alguna uniformidad, los siguientes valores monetarios:

En los principios de la colonización:

el **peso de oro**, en que se cotizaban casi todos los artículos de mediana a grande importancia —desde los borceguíes, las mantas de lana y las gallinas, hasta las armas y caballos—;

el **peso sencillo**, de a ocho; y,

el **tomín**, u octavo de peso, que servía para pagos inferiores.

Ya en plena vida colonial y hasta la emancipación:

el **escudo** y el **doblón**, monedas de oro— la primera del valor de 2 pesos, y la segunda, del valor de ocho escudos, o sea de 16 pesos: ambas de empleo excepcional;

el **patacón**, o peso de plata de nueve reales—valor monetario más persistentemente usado en la Presidencia de Quito, a través de casi toda la colonia;

el **peso sencillo** de a ocho; y,

el **real**, de importancia fundamentalísima para las transacciones diarias, en tiendas y mercados.

Hubo también, entre las monedas de plata, una de uso excepcional (de igual manera que los doblones y escudos de oro), y que servía para muy raros cálculos, y ella fue el **ducado**, del valor de un poco más de 11 reales.

En cuanto al circulante de metal mezclado con cobre, o de cobre solamente, se llamaba **moneda de vellón**, y ésta se empleó, generalmente, sólo en precios irrisorios. Correspondían a esa clase los **reales de vellón**, los **maravedises**, etc.

Al principio de la colonización, desde luego, predominó el circulante de oro. Había también un mínimum de pla-

tes, para transacciones baratas. Pero tal circulante no fue propiamente, como puede suponerse, moneda acuñada y uniforme, con características legales.

Se trataba más bien de pedazos de oro —calculados “al peso”, según hicieron los conquistadores con el rescate de Atahualpa y el producto del gran saqueo del Cuzco, en el año de 1533—; o de laminillas o de **tejuelos**, tal como se decía entonces. La acuñación verdadera, de piezas con cordoncillo, efigie y leyenda reales y peso legal, solamente se hizo mucho después.

Lo que sí se estableció, paralelamente a la captación de metales preciosos, fue la fundición y marcada. Esto era indispensable, tanto para establecer cierta unificación en la presentación de los valores monetarios, como para el cobro del **quinto del Rey**. Los metales que habían pagado este porcentaje, circulaban con un sello especial.

Para la fundición y cobro de dicho **quinto**, se fundaron Casas de Moneda. En Quito estableció el Cabildo la **Real Casa de la Fundición**, en 31 de Mayo de 1535; y ella debía funcionar en casa particular de unos vecinos, que seguramente se conceptuó la mejor y más segura casa o choza de la flamante ciudad: la de Alonso García y Juan López de Guevara... (1)

Poco tiempo después, en esta **Real Casa de la Fundición**, “metían a fundir” sus tesoros los vecinos que no los tenía todavía marcados. Un perito, o **Fundidor Mayor**, ejecutaba el trabajo, con derecho a un porcentaje sobre la cantidad fundida, pesada y marcada... (2)

Cuando los metales preciosos de Cajamarca o del Cuzco, comenzaron a emigrar —con los españoles que volvían a sus colonias de origen o con aquellos que se internaban en las regiones distantes del norte o del sur, incluidos en empresas aventureras—, entonces la Real Casa de la Fundición de Quito no dejó de funcionar con lo que se extraía de las minas y lavaderos de la Audiencia —o sea con el oro de Zaruma; del

(1) Libro Primero de Cabildos de Quito: vol. I, pág. 85.

(2) Revista del Archivo de la Biblioteca Nacional, N° 1; Quito 1937; págs. 17-22.

Cerro de Nambija, cerca de Zamora; de Angamarca y del río de Santa Bárbara o Gualáceo, y de los ríos orientales.

Fue así, entonces, cómo la producción metalífera indígena, de antiguas y exclusivas finalidades suntuarias, ingresó —convertida en moneda—, en la vital corriente de los valores económicos... (1)

(1) Los indios prehistóricos, en efecto, tuvieron también, aparte de la rica producción agrícola, una muy rica y activa producción minera.

Pero esta producción, de índole suntuaria, no incluía, en verdad, ni finalidades ni conceptos económicos.

El oro, la plata y las piedras preciosas asumieron en América ya preponderante significado económico-financiero sólo a partir del siglo XVI, con las nuevas formas económicas.

Al principio, desde luego, tal significado no llegó a un pronto equilibrio, y hubo necesidad de verdaderas montañas de oro para el intercambio, aún en pequeño, según los ejemplos de precios que hemos citado en capítulos anteriores.

Fué así cómo los conquistadores y primeros colonizadores —a pesar de los miles de pesos de oro que iban recogiendo en sus aventuras—, de no regresar inmediatamente a España para invertir en tierras o de no conseguir rápidamente una encomienda de indios o quedar en una estancia para criar animales y cultivar, morían en la más grande e incomprensible de las miserias.

Y esta subestimación del oro y de la plata —a causa de su exceso—, no solamente originó, en gran parte, el desastre de los conquistadores y primeros colonizadores de Indias, sino que repercutió hasta en España, donde los ríos de oro americano, unidos a la despoblación y a graves errores políticos, deprimieron, terriblemente, la vida económica.

Sólo entre los años comprendidos de 1492 a 1595, según datos recogidos por un escritor de la época, Sancho de Moncada, de América habían ido a España más de dos mil millones de pesos entre cantidades registradas "y una cantidad grande, pero indeterminada, sin registrar"...

Y el propio Sancho de Moncada ilustraba ya una tesis, por aquellas épocas, con este título: "La pobreza de España ha resultado del descubrimiento de América..."

Esta paradoja, por cierto, ha sido después sabiamente explicada

Las piezas metálicas elaboradas con esta materia prima fueron, durante mucho tiempo, el circulante fundamental, aunque con muy poca belleza; pues que no se trataba más que de toscas laminaciones marcadas y más o menos hermo-seadas a martillazos.

Monedas acuñadas, solamente venían, de cuando en cuando, de España, como una curiosidad. Pero eran las monedas inferiores, de plata o de cobre. Las monedas de cobre, al ser conocidas por los indios en el Virreynato del Perú, las despreciaron por insignificantes y las echaron al río... (1)

Hasta que se autorizó la acuñación de monedas en general en el Virreynato, con una serie de minuciosas disposiciones reglamentarias, dictadas por el Rey Felipe II, a partir de 1588.

Pero, aún acuñadas, no todas las monedas americanas —de México, de Lima o de Potosí; de Quito o de Santiago de Chile—, tuvieron nunca un valor uniforme, ni un peso ni una calidad únicos. Todavía más: una misma moneda —como, por ejemplo, el peso de plata, que era el más común en todas las colonias y de más persistente existencia, del siglo XVI al XIX—, llegó a representar valores diferentes: había pesos de ocho reales, de nueve, de 12 y medio y hasta 13 reales y un cuartillo. Y mientras el patacón, en Quito se entendía como pieza de nueve reales, en Lima, capital del Virreynato, dentro del mismo siglo XVII, se hacían y circulaban patacones de siete reales y medio... Había, en fin, la plata macuquina, circulante menudo y de inferior calidad, y había los ensayados, o pesos garantizados por el Estado y de un valor superior a los demás pesos... (2)

por los economistas extranjeros, desde Adam Smith hasta Carlos Gide.

(Ver: Rafael Altamirano y Crevea: "Historia de España y de la Civilización española"; Barcelona, 1811; vol. III, págs. 473, 506.— Carlos Gide y Carlos Rist: "Historia de las Doctrinas económicas"; Madrid 1927, pág. 125.— Carlos Gide: "Curso de Economía Política"; París, 1920; pág. 261.

(1) Emilio Romero: Historia económica y financiera del Perú. Antiguo Perú y Virreynato. Lima 1937, pág. 216.

(2) Id. Id., 216-225.

Era, evidentemente, una verdadera anarquía monetaria la de la colonia.

Y esta anarquía se agravó más todavía con la tempestad de cédulas reales, rectificadoras o reformatorias o contradictorias, que vinieron produciéndose a través de todos los tres siglos de dominación colonial.

Había políticos españoles —como ahora hispanoamericanos, en el siglo XX—, que creían que la pobreza adviene por falta de circulante. Y aconsejaban a los reyes que reacuñen la moneda frecuentemente, rebajándole el peso y el tamaño o la parte de fino, de modo que el Estado gane con este latrocinio público. El resultado no era otro que la mayor miseria de las masas populares; porque, en verdad, la simple segmentación y la desvalorización de la moneda no improvisaban los alimentos.

No faltaban críticos honorables que opinaban que la abundancia de metales o de signos monetarios no constituía propiamente riqueza, sino la producción agrícola e industrial. Pero los políticos de aquellos siglos —de igual manera que varios de los financistas de nuestro tiempo—, inundaron de circulante el imperio español, mientras estaban abandonados los campos y se compraba lo que otros países industrializaban.

El P. Juan de Mariana, eminente historiador y hombre de buen sentido, fue uno de esos críticos en pleno siglo XVII, y la consecuencia para el ilustre patriota español fue que lo metieran en la cárcel.

Luego, todo el mundo fabricó moneda, con tal de usar los cuños reales y pagar los derechos. Hubo también extensas falsificaciones. Y para ladrones de moneda y falsificadores, se decretó la pena de muerte.

Solamente en el siglo XVIII, entre los años de 1755 a 1761, bajo el Virreynato del Conde de Superunda, tomó el Fisco por su cuenta la acuñación de la moneda; pero aún así no terminó la anarquía.

Lo que, desde luego, jamás impidió la producción en gran escala de circulante de plata y oro. Eran verdaderos torrentes monetarios los que salían de los principales centros de explotación metalífera.

Sin embargo, ocurrió el famoso y desconcertador fenó-

meno: con esta fabulosa producción monetaria y todo, se presentaron, para las colonias, las **crisis del circulante**.

En estos periodos de crisis —que se agudizaron, singularmente, en la segunda mitad de ese siglo XVIII—, no había ni escudos ni doblones de oro, ni patacones ni reales bien o mal acuñados.

Un hecho significativo dará una idea de conjunto sobre el extraño suceso. Solamente durante el período gubernativo del Virrey Amat, comprendido entre 1761 y 1776, la Casa de Moneda de Lima puso a la circulación la suma de 45'000.000 de pesos de plata y 12'000.000 de pesos oro; y la Casa de Potosí, 43'000.000 de pesos de plata. Pocos años después, o sea hasta 1780, se añadían 17.092 pesos de oro, y 1'082.376 pesos de plata... ¡Y, sin embargo, durante este mismo tiempo, los pueblos de la costa del Pacífico, y hasta el Virreynato de Buenos Aires, no tenían con qué moneda pagar sus compras!!...

En la Presidencia de Quito la crisis máxima de circulante fue entre 1778 a 1786. Emigró o desapareció hasta la moneda falsificada o pobre como la **macuquina**, del Potosí.

Esta ausencia de moneda y de metales preciosos, en general, coincidió con una de las épocas más tristes de la vida colonial ecuatoriana, con una producción agrícola terriblemente azotada por diversidad de agentes naturales, y con la paralización de varias de sus incipientes industrias.

El Presidente José García de León y Pizarro, ante este espectáculo de ruina de Quito, sugirió, por 1778, que la pobreza general no se remediaría sino intensificando la tarea extractiva de metales preciosos... ¡El gran remedio!

Las causas de tales crisis de circulante, sin embargo, no estaban sino en hechos de la propia administración española: en la continua **fuga** de metálico a Europa, con los frecuentes **donativos gratuitos** para la Corona y con los ahorros pingües de los funcionarios que retornaban a la península.

A tales **fugas**, se agregaban el éxodo monetario a lugares distantes de la propia América. Ese éxodo tomada el nombre de **situado**, fondo especial destinado al sostenimiento de las guarniciones militares del Atlántico. Precisamente durante cuatro años apenas de la administración del citado Presidente León y Pizarro, se habían enviado de Quito a Cartagena de Indias, como **situado** —y en época de atroz mise-

ria para estos pueblos—, la suma de un millón diecisiete mil trescientos cincuenta y tres pesos (1'017.353) aparte de las sumas que ocultaban dicho funcionario y su codiciosa mujer, para el retorno... (1)

Era entonces cuando, según ya lo hemos advertido, los **aranceles** de los Cabildos se quedaban escritos —tal como ocurre con varias de las leyes de nuestro tiempo elaboradas **a priori**—, y se compraba y vendía, o se pagaban salarios, en las formas y con las cuantías que las circunstancias imponían, inclusive en las del **trueque** primitivo y en la de **especies monetizadas**, tal como en la crisis de 1778-1786, en que se aceptaron y circularon, nutridamente, patatas y mazos de tabaco, como signos de valor.

PRECIOS Y SALARIOS

En cuanto a los precios de la pequeña industria y del trabajo, así en la ciudad como en el campo, no se regularon automáticamente por aquella **ley de oferta y demanda** que han señalado varios economistas: sino más bien por las decisiones municipales.

El Cabildo imponía los precios, según eran sus atribuciones. Pero era verdad que no los imponía sino con algún estudio de las diversas condiciones y circunstancias de la producción y del trabajo.

Cuando el Cabildo se equivocó, bajando demasiado los precios o calculándoles arbitrariamente, los productores, artesanos y asalariados protestaron y reclamaron, hasta conseguir aranceles equitativos.

He aquí algunos precios del siglo XVI.

Artículos del campo:

- por una fanega de papas, **cuatro tomines**;
- por 25 libras de pan amasado, en los tambos de los caminos, **un peso**;
- por 10 gallinas, **un peso de oro**;

(1) F. González Suárez: "Historia General del Ecuador"; 1894; vol. V; págs. 295 y siguientes.

por 12 conejos, un tomín;
por un cántaro de chicha, un tomín.
por un par de alpargatas, tres tomines;

Estos precios favorecían, sobre todo, a los productores indígenas; pues se los fijaba de acuerdo con las instrucciones de don Pedro de la Gasca a raíz de las cruzadas indigenistas de Fr. Bartolomé de las Casas, y del triunfo de las Ordenanzas Reales en favor de los indios.

Artículos de la ciudad:

por 100 clavos de a jeme (que debían de hacerse a martillo, simplemente), dos pesos;
por un cincel (dando el interesado el hierro o acero necesarios, como en el caso anterior), dos tomines;
por una herradura, dos tomines y medio;
por un cerrojo, con su chapa y llaves correspondientes, dos pesos y medio;
por un freno de caballo, dos pesos; etc., etc.

Obras de zapatería:

por un zapato hechizo de cuero, un peso y dos tomines;
por unos zapatos de niño, dos tomines;
por unos botines de mujer, seis tomines; etc., etc... (1)

Estos eran los precios del trabajo de los artesanos. Los salarios del trabajador indígena, en la ciudad o en el campo, variaban entre un medio real y porciones de artículos alimenticios. En realidad, en los pueblos interandinos más se usaban estos últimos.

En Guayaquil, un obrero indígena de estancia —o mitayo—, ganaba de 12 a 16 y hasta 26 pesos al año; y un trabajador de la ciudad hasta 19 reales al mes, más la comida... (2)

Los carpinteros y hacheros eran el gremio de artesanos más numerosos de Guayaquil, por lo mismo que la construcción de las casas y los trabajos del Astillero y hasta la pre-

(1) Libro Segundo de Cabildos de Quito. II, 172.

(2) M. Chávez Franco: Ob. cit., pág. 106.

paración de la madera de exportación, exigían su concurso en forma predominante. Era también el gremio mejor pagado. Un hachero ganaba 6 reales al día, y un maestro carpintero, hasta dos pesos... (1)

No siempre, desde luego, se mantuvieron vigentes los mismos precios, ni para la producción ni para el trabajo.

Sobre todo, había algunos de dichos precios que tenían que alterarse y sufrir oscilaciones con mayor frecuencia que otros, con sujeción a circunstancias presionadoras, como en el caso de la producción agrícola y pecuaria, a merced de accidentes imprevistos, que llegaban a causar en la economía colonial verdaderas revoluciones.

Terremotos, fenómenos meteorológicos adversos para las siembras, asoladoras erupciones volcánicas, pestes, invasiones o asaltos piráticos, etc., causaban subida de precios de artículos alimenticios y falta de trabajo. En cambio, épocas de extraordinaria sobreproducción agrícola o industrial, con suspensión de demanda en los mercados, determinaban la holgura de unos sectores, aunque la ruina de otros.

(1) Relaciones de la Provincia de Guayaquil, 1765. Ed. cit., pág. 1.

NUESTRA ECONOMIA

JULIO E. MORENO

PRIMEROS ESTADIOS

Quedó en evidencia que el movimiento histórico-social de este pueblo había obedecido, económicamente, a un impulso posesivo y no creativo; que las clases pudientes tuvieron siempre del trabajo una feudal concepción desdeñosa, por lo que el cultivo de la tierra siguió a merced de las masas indígenas, durante centurias, e incomprendida y retardada la racionalización del proceso productor. Absorbidas esas clases en la preocupación de la sangre y de su rango, lo importante para ellas es la ostentosa competencia en el vivir y en el gastar. Los "señores" no se inquietan un momento por el consciente gobierno de su riqueza. Ellos tienen como su misión el poder organizador de la vida civil-social, en que cada cual pueda destacar su señorío. Soberbia, inspirada en el sentimiento de los bienes que se poseen, y ensimismamiento, alentado por la congénita obsesión del linaje, dan el tono fundamental a aquella vida de relación. El lujo es, de esta suerte, factor conscientemente apetecido y organizado, y la entrevisión de un consiguiente desequilibrio de cada haber familiar sirve para azuear la codicia. Se abre cauce a este vicio principalmente por el sistema de los matrimonios de conveniencia, en que a la vez se procura no salir de los límites de "la clase". El interés de la riqueza en sí, encuadrado

en el interés del linaje, instintiva o deliberadamente, constituye la forma suprema de las aspiraciones de tipo económico.

Una conducta social e individual de los pudientes estructurada sobre esta base señala automáticamente la jerarquía de las profesiones y funciones. Sacerdocio (el alto clero), jurisprudencia, medicina, representación político-administrativa estarán en primer término. Son los modos de actividad profesional y funcional de la aristocracia terrateniente, cuyo prospecto de vida es poder y figuración; en un plano menos superior, son los modos también de los hidalgos o blancos, que participan de los resabios de "la limpieza de sangre" y aspiran por calculados enlaces a la congruente holgura económica. Las otras profesiones y funciones, aquellas que corresponden a un estadio económico de esta índole, quedan para "la clase baja": el curato aldeano, el comercio, la agricultura, la pequeña industria, el artesanado, los servicios subalternos.

Y aquí viene lo forzosamente correlativo. El lujo en el templo y el lujo en la casa promueven precisamente un desarrollo lógico de las industrias agrícolas, la manufactura y el comercio correspondientes: ganadería lanar, fabricación de las ricas alfombras, explotación maderera, tallado ornamental que agotó la técnica más perfecta, mobiliario artístico, brocados y tejidos de bolillos o de aguja finísimos, utensilios y vajilla de oro y plata y bronce, joyería, pintura y esmalte, cerería, etc. Es interesante anotar, desde el punto de vista económico, que los artículos suntuarios no obtenibles en el propio medio de la Colonia—sedería, telas de paño y raso, damascos, objetos de cristal y porcelana, grandes lámparas colgantes (las clásicas arañas), espejos— se importaban especialmente de España, una de tantas maneras de succión a la incipiente economía criolla.

¿Determina ese auge de la industria y el arte coloniales un principio de formación de la burguesía adinerada, capaz de paliar el predominio de los nobles agrarios? Difícil resulta dar una respuesta con exactitud. Es posible que algunos de aquellos industriales y comerciantes aplicaran su negocio a fines de lucro y acumulación de capital. Mas el concepto del trabajo se halla al principio tan fuera del ámbito de la economía, que mineros y manufactureros, artesanos y trabajadores, los mismos artistas de la pintura y la escultura inclu-

sive, no creen tener derecho a más condiciones concretas que las de su vivir limitado por la clase social a que pertenecen. La aspiración a una vida confortable basada en el dinero no se concibe todavía en un medio en que la riqueza está íntimamente vinculada a la ordenación feudal católica. Todo se reduce casi a mera prestación personal de servicios, que no presupone un margen de paulatino acopio de bienes económicos. El Cabildo fija aranceles a la mayor parte de los oficios y de las ventas al por menor. La capacidad de los alarifes y obreros llega a lo admirable en la labor manual; pero esa capacidad no crea las condiciones reales del trabajo productivo. El dominio de los magnates de la iglesia y de la sociedad civil sobre la masa sirve para convertirla en órgano obediente y solícito de la vida de fausto devotista y sensual que llevan. Alrededor de los prioratos en los conventos, cargos que dejan pingües beneficios, y de unos cuantos altos empleos de la Audiencia, gira la lucha de carácter funcional lucrativo.

Sólo cuando la aristocracia desemboca, sobre el plano inclinado de la holganza licenciosa y las turbias mezclas con-sanguíneas, en una serie de situaciones de degeneración, ya bien entrado el siglo XIX, puede decirse que el poder posesivo territorial empieza a quebrantarse ante el esfuerzo adquisitivo de la clase media, que conquista cada vez posiciones. La guerra de la Independencia, por lo pronto, significó un casi radical desplazamiento de la tradicional representación nobiliaria en la vida civil y política de esta parte del mundo. La prédica de los derechos del hombre y del ciudadano, que precedió y siguió al gran movimiento liberador, ya era para airear un tanto la mentalidad de sociedades fundadas sobre el criterio de castas y el régimen de privilegios. Se cumplía la condición de todo verdadero movimiento revolucionario, que es cambio en el sistema de ideas y de instituciones de un pueblo. No iba a modificarse el sentimiento racial o el prejuicio de sangre, que, biológica y psicológicamente, según hemos visto, es vivencia de todos y cruda realidad histórica. Pero el sencillo hecho de la adopción del régimen democrático, para el gobierno de estos pueblos, régimen basado en la noción de las capacidades y no en la de los fueros del linaje, asestaba un golpe de muerte a la nobleza agraria, que

ya no seguiría reteniendo el poder exclusivamente para el goce propio.

Nuevamente, tenemos en este estadio que anotar el modo simplista de planteamiento de los problemas. Es frecuente oír el treno de que "la libertad, en vez de acrecentar los oficios y la manufactura, nos trajo pérdida en la economía, más de lo que ganamos en la emancipación". Si las castas dominantes —sacerdocio y nobleza— de la Colonia no tuvieron más plan de vida que el de convertir la renta de la tierra en rezar y en holgar, agotando el lujo (*luxus*—lujuria), y todos los oficios y la manufactura correspondía a dicho plan, quiere decirse que esa economía llevaba en la entraña los microbios de su descomposición. La morbosa predilección por la construcción de monumentales templos y conventos, que absorbe la mayor parte de los siglos coloniales, y la necesaria adaptación de las artes y oficios a las exigencias de ese frenesí constructor, a la vez que del lujo en la clerecía y en la nobleza, dan al fin del siglo XVIII este resultado: que, coincidiendo con el descenso vital y económico de la nobleza, viene la crisis de ocupación de constructores, artesanos y artistas, cuyas aptitudes y vocaciones habían recibido una dirección anormal y sin vista al futuro.

Aquella gente, la criolla, acrece entonces la porción de los grupos guerrilleros para la magna contienda. Los contingentes de sangre en la lucha contra los realistas los dará misma esclava multitud que había vivido a ración de hambre, agotando sus energías en la construcción y decoración de las mansiones del Señor y de los señores. Lo que falte se completará mediante el reclutamiento de la masa india labriega, con desmedro de la escasa vitalidad del agro. En este aspecto de las consecuencias de nuestra estructura anti-económica en el movimiento de emancipación, los anales bélicos abundan en cuadros de dolor y de miseria que con toda propiedad cabe llamar dantescos. Triunfan las huestes de Bolívar y Sucre, y la cruel odisea la sabemos todos. La Presidencia de Quito se incluyó en Colombia, dejando borrosa la personalidad de nuestro pueblo; rota la homogeneidad colombiana, estrategias absorcionistas barajaron los linderos de tradición, mutilando el territorio patrimonial; el vencido de Tarqui planeaba el desquite por el método de la invasión sistemática en la montaña, lo que constituirá otro inmenso menoscabo de las tie-

rras de la Presidencia; y a esta detentación territorial y persistente vejamen fronterizo, unidos al agobio de la actividad industrial-agrícola y a la mendicante situación en que quedaba la gente de los batallones licenciados, se sumaba ahora el desorden anárquico venido con el militarismo caudillista.

¿Se concibe la organización de la economía, en condiciones semejantes? En una tierra de clérigos y frailes, de catedráticos y doctores, de sargentones y cabildistas, ¿dónde los organizadores y civilizadores? La guerra, empero, nos había traído el primer atisbo de lo que el dinero significa para la obra de formación y ascensión de una nacionalidad. Sin el aporte crediticio anglosajón, el fracaso del intento libertario era seguro. Surgimos a la existencia nacional autónoma en condición de deudores insolventes.

EL SENTIDO ECONOMICO

Al distribuirse la deuda bélica los países que habían formado la Gran Colombia, se nos echa encima un lote en proporción inconsiderada. Nuestros patricios no estaban provistos del menor sentido financiero-económico. Ignoraban el alcance doblemente oneroso de una deuda exterior improductiva. Sin ninguna línea de continuidad de una cultura económica que arrancara del régimen colonial, sin fuentes de ingreso organizadas, viviendo de convulsiones y desventuras políticas, bregando contra una milicia eclesiástica que invierte después en revueltas sangrientas buena parte del rendimiento de sus latifundios, no sólo que nos incapacitábamos para saldar la deuda extranjera, sino que la duplicábamos a la vuelta de pocas generaciones. Dicho está con ello que el país arruinaba su crédito, imposibilitándose para atraer capitales en condiciones ponderadas y reproductivas. Cuando, más tarde, los imperativos del progreso hacen de la construcción del ferrocarril trasandino el número mayor de nuestro programa vital, no se halla posible otro arbitrio de financiamiento de la obra que la conversión de la deuda exterior. Una conversión "cuya historia es de sangre y de lágrimas" y cuya repercusión sigue siendo desastrosa en la economía pública. El argumento de la innegable transformación que en el orden del progreso ha traído ese ferrocarril no puede servir para cohonestar los errores substanciales cometidos y

los supremos sacrificios impuestos en el proceso de su realización.

Una dura lección provechosa si obteníamos de este proceso, a saber: ir creando en el país algún sentido económico. El cuadro de liquidación del capital e intereses de la deuda inglesa, la discusión de los varios aspectos que ésta iba teniendo en el ruedo de nuestra política y de nuestra finanza, el largo y penoso juego de tensiones en las relaciones entre el Estado ecuatoriano y los Tenedores de Bonos y entre éstos y la Compañía constructora, juego en que no pocas veces intervenía el Gobierno de la Casa Blanca, todo ello fue decantando en la mente de nuestras clases directivas la impresión de lo complejo del problema económico para una nación moderna. La significación del crédito en la vida nacional, el tráfico internacional entre los distintos mercados de valores, los modos de financiación de las grandes obras o empresas públicas, la necesidad de un nexo entre cualesquiera empréstitos y su rentabilidad y productividad efectivas, la serie de cuestiones en la implantación y gobierno de un servicio ferroviario, cien otros cuestionarios más, relacionados con el principal negocio que tenía la nación ecuatoriana, concurrían a la génesis y desarrollo de un criterio diferencial nuestro en el plano financiero - económico. Después de la cuestión limítrofe, ninguna otra apasionaba tanto el espíritu público de los ecuatorianos.

Sólo que atisbar problemas y sospechar su interconexión obligada no es todavía capacidad de segura estimación y resolución de los mismos. Recibíamos apenas el estímulo inicial hacia el esfuerzo necesario para familiarizarse con estas disciplinas, que hora tras hora cambian y se complican al entrelazarse la potencia comercial de los pueblos. Se cuenta ya con algunas ideas rectoras y con el conocimiento de inequívocos hechos fundamentales, en los aspectos de la vida económica y financiera: eso es todo. Nos resta avanzar en este plano rudimentario y somero de ordenación de nuestros conceptos sobre economía.

Tan importante sector de la cultura conserva aún huellas profundas del primitivismo económico colonial. Cuando se busca la mecánica del movimiento de las fuerzas que actúan en la economía de nuestro país, nos encontramos con que falta por completo lo que pudiera llamarse el tecnicismo

de la acción. La dispersión de fuerzas está en correspondencia con la desconectada profusión de tesis y prejuicios que priman al respecto. Vivimos a merced de un mecanismo de tensiones parciales en que no se estructura nada y en que todo se reduce a actitudes de economía conservadoras. Que nadie padezca en la propia posición conquistada. Con esta ingenua propensión al equilibrio momentáneo automático, el objetivo de la política económica pierde su centro de gravedad y viene a ser pasajera regulación del proceso de producción y consumo.

El Ecuador necesita ver definida y tener orientada su política económica. No es política el dejar que la nación se rija a sí misma por la acción espontánea de sus grupos sociales y de las necesidades, frente a la cual el Estado aparece ejerciendo sólo un cierto poder policial coactivo. Es la anticuada concepción de la autonomía de lo económico. Es también el anacrónico postulado de la libre competencia como impulso ascensional de evolución de la riqueza. Mucho se habla contra los axiomas del arcaico liberalismo económico. Entretanto, sin que dejemos de reconocer que nuestra ideología ambiente y nuestra legislación social-económica se impregnan cada vez más del principio de la dirección socializante de la riqueza, es innegable que el mecanismo de actividades productoras y su control siguen encubriendo la tradición del llamado derecho natural individualista. Situaciones y actitudes delatan en el fondo el apego extático a las "armonías económicas" de que nos hablara Bastiat. Y no es raro ver a nuestros economistas y estadistas aplicando y repitiendo en pleno siglo XX lo esencial de las doctrinas que fueron caras al siglo XVIII. Todas las fuerzas —comercio, agricultura, industrias, banca, el Estado mismo, como empresa rentística— acuden al palenque con las armas de sus exclusivismos de intereses, sin que domine el campo un impulso dinámico ordenador.

También en el terreno económico somos, pues, un conjunto desordenado de problemas efectivos. No existe siquiera lo que los sociólogos denominan "estructura de impulsos". Mucho sería ya que los distintos núcleos de actividad actuaran con algún entendimiento de fines utilitarios. Pero sucede que dentro de cada orden profesional es bien difícil el contacto directo entre los individuos, cuya atmósfera es más

bien de celo mutuo. Este estado de los ánimos hace que tales grupos no signifiquen un positivo elemento de expresión comercial, menos que se muestren capaces de interrelación y dinamicidad funcionales. Cuando el poder público quisiera consultar y armonizar intereses, encuéntrase con que, parcial o totalitariamente, nuestras entidades económicas reflejan en sus exposiciones y sus procedimientos la anarquía más desconcertante. El Estado, por su parte, puesto que de este conglomerado social extrae los elementos con que actúa, no puede hacer sino una política económica de tanteos y rectificaciones; en todo caso, contradictoria desde el punto de vista de un plan orgánico de la economía general.

Antes que estar ilusionándonos con la perspectiva de una fácilmente predicable expansión económica, parece que el programa céntrico del Ecuador debiera condensarse en este vocablo, un poco desacreditado por la incontinencia de su empleo: estructuración. Una estructuración relativa, que no incluye rigurosamente organización ni reconstrucción. Acusaría otra forma de alucinación suponer que sin más pudiese nuestra inepticia político-social constitutiva convertirse en disciplina colectiva auténtica. Parodiando un conocido aforismo político, diríase que cada pueblo tiene la vida económica que merece. Tenemos que empezar por educarnos socialmente. El pensamiento moderno de la riqueza nos lleva a definir la economía como el estudio de la organización social por cuyo medio aquella riqueza se produce y se distribuye. Pues bien, la estructuración que se aconseja no es más que el reconocimiento de tan fecunda verdad enunciativa, aplicable en principio por los poderes gubernativos. Se trata de que llevemos un concepto de unidad y el posible funcionamiento orgánico a la política económico-financiera nacional.

EL COMERCIO

Claro está que en el primer plano de la concepción y dirección unitarias debe situarse un sistemático propósito organizador de las fuerzas vivas del país, corrigiendo sus desviaciones o degeneraciones. A desviación y degeneración equivale, si escrutamos la fisiología de nuestro cuerpo histórico, lo ocurrido con la función económica vitalísima del co-

mercio. En el ciclo del coloniaje, el predominio de las jerarquias étnicas y los prejuicios profesionales dejan en sitio subalterno la función aquella. Pero, subalterna y todo, es resultado de iniciativas del vecindario e integra el proceso de crecimiento de la colectividad, aunque en proporción limitada. El medio no es propicio al desarrollo de una mentalidad comercial. Al advenir la era republicana, hay una continuidad de la función mercantil autóctona, dentro de límites menos estrechos, desde que han cesado las trabas impuestas por la Corona de España al mercado interno y al extranjero. Si alguna limitación existe, es de orden vital propio: lo inaccesible de los medios de transporte y la escasa tradición de relaciones con los mercados de afuera hacen que el comercio interiorano se provea y dependa en mucho tiempo de los intermediarios de nuestro primer Puerto. Y es el caso que, cuando un servicio ampliado de vías de comunicación y de conexiones con los otros países daba derecho a esperar un relativo empuje del comercialismo profesional, se opera un desplazamiento incontenible de nuestras gentes en ese ramo de las actividades humanas. En las tres o cuatro últimas décadas, el comercio ecuatoriano —al menos el comercio en sentido estricto, o sea, la importación de mercancías para su reventa— ha acabado por extranjerizarse.

No se tome lo dicho como vulgar actitud o gesto mezquino de xenofobia. Demasiado sé que en esta hora el mundo todo se resuelve comercialmente en cosmopolitismo puro. Demasiado sé asimismo que los pueblos de mísera densidad demográfica y de connatural pobreza no prosperan sino merced al aporte de inmigrantes sanos y laboriosos. Y henos aquí, justamente, en el punto crítico cuyo señalamiento interesa a la economía y el porvenir nacionales. Hay una inmigración de valor más negativo que positivo, porque no aporta vitalidad al organismo social ni trabaja sino en mínima escala en provecho de la economía pública. Este es el aspecto inmigratorio actual que prepondera en el comercio, entre nosotros. El elemento europeo que hace aquí vida de negocios, mas también vida de estable incorporación beneficiosa a nuestra convivencia, es minoría exigua. Nuestros almacenes están principalmente en manos de inmigrantes euro-asiáticos, cuyo modo de operar, por lo común, se reduce a succión que no a inyección de energías vitales en el país. Este

es objeto de explotación lucrativa; el capital inicial circulante con que se enriquecen retorna multiplicado allá de donde los especuladores proceden o a otros centros de cultura más adelantada.

A este paso, nunca seremos una nación comercialmente organizada. Para promover la organización comercial de un país, lo primero es contar con que los comerciantes tengan necesidad de preocuparse también del complejo de intereses socializado que es la vida económica. Para el mercader tras-humante la única esencial preocupación consiste en el mayor lucro con el menor esfuerzo posible. En el método de la penetración comercial por inmigrantes de aventura o de consigna no prevalece ningún otro género de consideración. De este modo, la importación crece con celeridad nada normal y el secreto está en proveer al público con atrayente mercadería barata, que, luego, fomentado el consumo, se paga a precios cada vez más altos. Se prescinde de los intereses del consumidor y de las complicaciones de la balanza de pagos. A fin de mantener el abastecimiento de las mercancías, hácese un uso extremo de los varios métodos de atracción y propaganda: anuncios y carteles llamativos, contratos de ventas a largo plazo, clubes de sorteo, baratillos, etc. Es la táctica mundial de todos los negociadores, por cierto; pero, en estos indefensos países donde prevalece el tipo de comercio de artículos "al alcance de todos", esa táctica agrava la situación especuladora: la mayor parte de los clientes se ve constantemente defraudada en la calidad de las especies adquiridas. Se practica la explotación al grueso público sobre seguro: no hay competencia de calidades. Si, por lo general, las necesidades condicionan el consumo, es evidente que una inescrupulosa manera de atenderlo las acentúa, lo cual implica un régimen atentatorio al interés económico de la colectividad. Opérase un fenómeno parecido al que nos ofrece la explotación de artículos alimenticios: no son sólo caros, sino de mala calidad y con adulteraciones. La carestía no ha significado normal satisfacción de la necesidad nutritiva, y muchas veces se paga lo que depaupera vitalmente al organismo.

Ya que el país no recibe todavía los beneficios de hallarse abierto a las corrientes comerciales del mundo, por causas múltiples que sería largo de exponer, reconozcamos, al igual

que en la agricultura, la urgencia de una política pedagógica, orientada preferentemente hacia la nacionalización del comercio de mercancías. Repito que es la afluencia absorbente exótica y el predominio de un tipo de comercio inferior lo que se subraya aquí, al hablar en tal forma. Denuncio el hecho de que la porción dominante en nuestro comercio comporta para el Ecuador un grupo de avanzada del voraz mercantilismo oriental-asiático, cuyo campo de operaciones mejor encuentra que son estos pueblos carentes de mediano sentido económico.

Se ha creído que educación comercial era mantener uno que otro Curso de Comercio, en que se enseña a llevar la contabilidad de los almacenes y escribir cartas sobre asuntos bursátiles. Pero, como lo anotaba un periodista suramericano que nos visitó hace poco, aprender esas cosas no es aprender el Comercio, actividad que consiste en saber comprar y saber vender. Esos Cursos no hacían más que formar un cuerpo de sirvientes para el comerciante extranjero. Lo que urge aprender es el alcance vital de la función mediadora denominada comercio; lo impostergable es que encaminemos el esfuerzo educativo a crear, a estimular la mentalidad comercial. No la tuvimos nunca, y nuestro pasivismo económico presenta los caracteres indelebles que la herencia transmite a través de las generaciones. El lema que nos guíe ha de ser, pues, la economía por la cultura; esto es, la educación para la personalidad y la liberación económicas.

Conceptúo que el desarrollo de esta labor pedagógica no está vinculada a la organización de Escuelas o Cursos para Comerciantes. El alumnado de estos futuros profesionales se halla en el gran consorcio social, en las clases con algún pequeño o suficiente capital al que quisieran dar un empleo menos inerte que el préstamo a mutuo. La conquista de adeptos para la profesión mercantil será tanto más amplia cuanto mejor se acierte a ofrecer una visión firme y auténtica de las posibilidades de honesta ganancia en la importación de artículos. Si no ha de degenerar la información orientadora y estimuladora en atolondrada oficiosidad, nos encontramos, pues, frente a uno de los más delicados y trascendentales servicios de la Administración.

Huelga añadir que en esta esfera incumbe a los Cónsules y los Adjuntos Comerciales de las Legaciones un primor-

dial papel. El departamento ministerial o los organismos oficiales respectivos lo completarían, mediante un prolijo trabajo de correlación de aquellos datos informativos y la bien consultada difusión de todo ello en el público. Desde luego, la misma función de investigaciones, especializada, en los centros mercantiles e industriales supone un estudio y disciplina previos: he aquí la eficaz cimentación práctica que el Estado podría dar a la carrera consular y comercial, con una enseñanza positiva al respecto. Que cese el inocuo método de las pruebas —cuando las hay— sobre nociones generales relativas al cargo de Cónsul. Y que cese, sobre todo, el procedimiento de no ver en los Consulados sino puestos de preferencia para los intelectuales. La América hispana está ahita de esta clase de funcionarios, que no tienen comúnmente otro afán que buscar relaciones literarias y hacerse un nombre en los círculos de escritores. En buena hora, estímulse al trabajador intelectual y désele ocasión de ampliar su cultura. Pero no se lo haga desnaturalizando un servicio público y menospreciando los intereses de la economía general.

La importancia económica del comercio de compraventa y la necesidad de un personal de especialización que guie al comerciante se advierten con mayor relieve en la exportación agrícola. Las corrientes organizadoras de esta rama de la actividad mundial demandan un espíritu alerta cotidiano, para no incurrir en errores ni recibir desconcertantes sorpresas. Su radio de acción depende, como ningún otro, de la propaganda y de la competencia, y si aspira a la conquista de los mercados extranjeros ha de cuidarse de los mil factores positivos y negativos que entran en juego. Nuestro empirismo en esta materia se contenta con ponderar literariamente el valor oculto (latente) de las riquezas naturales del país, como medio de la atracción comercial. No caemos en la cuenta de que el espíritu positivo de los compradores extranjeros procede invariablemente sobre la base de datos estadísticos y de calidades y cotizaciones comparativas. Manifestación flagrante de aquel empirismo nuestro es, además, el modo como creemos completar la gestión de propaganda exhibiendo muestras de los productos naturales del suelo. Estas muestras suelen ser selectas; pero, cuando el comerciante importador de los mercados exteriores quisiera com-

prometer el suministro periódico de tal o cual producto, sucede que la oferta falla por todo concepto, desinteresando profundamente a los grupos comerciales de afuera. Dolorosa y bochornosa resulta la historia de muchas tentativas nuestras por asegurarnos mercados para los productos agrícolas ecuatorianos, en condiciones de **estandarización**.

LA INDUSTRIA

Este lento desarrollo de nuestro mercado agrícola exterior y la tendencia invasora del comercio de mercancías extranjero, que absorbe aún el factor de intermediarios nacionales, han sido causa poderosa para que la balanza comercial se mantuviese en un continuo estado **desfavorable**. "Produzcamos más e importemos menos" ha constituido, pues, la fórmula económica constantemente aconsejada; fórmula bastante vaga y de muy pobre eficacia en la práctica, como todo lo que es pretender crear nuevo espíritu sin que varíen las condiciones ambientales. Ya que el atraso de nuestra economía agraria no nos permite una mayor producción, ni hacer frente siquiera a las exigencias del consumo interno en varios productos, se dijera que la mira contrabalanceadora venimos poniéndola en la implantación y fomento de las industrias. El ramo textil, especialmente, ha adquirido algún incremento, explicable dentro de la anormalidad y los trastornos que había padecido la gran manufactura en el mundo. El hecho es que, por este aspecto, importamos menos, al desalojar mucho de la producción similar extranjera. Nuestras fábricas funcionan en condiciones de un mercado seguro y de un beneficio no desalentador. Ciertas industrias fabriles tienen su vida en la exportación a los países vecinos y cuentan con una demanda creciente de sus productos.

No es clara e indiscutible, empero, esta posición sustitutiva del trabajo productor. Para la consecución de fines vitales económicos, el principio dominante será siempre el de la estructuración de los intereses vivificada por el anhelo de justicia y equilibrio sociales. No registra la historia un solo ejemplo de pueblo que haya alcanzado ese anhelo con estructuras de carácter parcial. La organización de la producción, que incluye la organización de la circulación y de la distribución, tiende por eso a complicarse, a medida que la

propia economía mundial ofrece los caracteres de una gran estructura. Lo ha demostrado exhaustivamente el moderno economista Ernst Wagemann. Partiendo de estos hechos fundamentales, no son pocas e infundadas las consideraciones que los entendidos aducen para desconfiar de la política de proteccionismo a la industria. Porque es el primer punto vulnerable de esta táctica de defensa económica: el encarecimiento artificial de los artículos manufacturados extranjeros, mediante una alta imposición de aduana, para que puedan fabricarse en el país (con mayor costo de producción) y venderse en el mercado interno sin temor a competencias. Sobre disminuir la renta fiscal aduanera, el consumidor tiene un artículo caro y no ve mejorada la calidad. Sería infantil que se pensase además en competir con la vasta y experimentada industria extranjera, imaginando en el futuro un exceso exportable. Nuestras reservas de energías y nuestra posibilidad de ulterior competencia están en la agricultura y la extracción minera.

Y este es otro género de consideraciones no menos atendible. La industria fabril forzosamente establecida en el país —se dice— es de un funesto alcance anti-económico, dadas las peculiares condiciones del medio. Escasa población, con un elevado porcentaje de indios que nada consumen; vasto territorio cuya "plutónica configuración" está esperando el soplo milagroso del espíritu colonizador, que nos muestre el contenido de una agricultura productiva propia; centros urbanos en que el artesanado constituyó la principal tradición de las actividades y en que la pequeña industria representa una prolongación del trabajo agrícola, ambos sinónimos de situación emancipadora; deficiencia y formación desmedrada de capitales, lo que hizo siempre incomprendible el régimen de empresa aún en las industrias conectadas con la explotación del campo; agravación de este nuestro retraso ahorrativo por un sistema de crédito que considera como la finalidad más alta el propio provecho en la función mediadora entre el que ahorra y el emprendedor que utiliza ese ahorro. En una palabra, decir que el país se industrializa para expresar que el país progresa en su economía es aseveración sujeta a grandes reservas.

Si fijamos la atención en las condiciones naturales y étnicas de nuestro país, sobran antecedentes, en efecto, para

inclinarnos a la conclusión de que no será industrializándonos cómo hemos de orientar la economía ecuatoriana en sentido estructural y progresivo. En un esbozo tan sumario como el presente, que aspira sólo a señalar los rasgos generales de la evolución nuestra, cuestiones de esta índole no pueden quedar dilucidadas. Me interesa aquí la orientación fundamental de los problemas, la objetivación del espíritu con que la realidad viva nos dice que conviene ensayar nuestras aptitudes para subsistir como nación civilizada. Una vez más, necesitamos recordar que el instinto vital o arte cualitativo de la adaptación, dentro del conjunto de circunstancias inexorables de nuestro medio, es la condición ineludible de la organización y evolución económicas a que se aspira. No depende de nuestra voluntad el cambio de las circunstancias, ni es cuestión de elegir entre uno u otro sistema de organización económica. Entendiendo el alcance de estas razones internas, el más interesado criterio tiene que convenir en que al Ecuador no le toca otro estilo de lucha financiero-económica que el de la explotación predominantemente agrícola.

En la expresión de este concepto, mi punto de partida es el recuerdo de cómo han nacido y se han propagado muchas de nuestras fábricas e industrias. El poseedor de un capital o un grupo de accionistas planean el negocio. Implantado éste, el similar extranjero amenaza naturalmente en el mercado al producto nacional. Explótase entonces ante el poder público el formidable argumento de la obligación de apoyar la industria y el trabajo nacionales, "lo cual redundará en beneficio de la economía del país". La alegación alcanza el mejor éxito, tanto más que no se hace sino seguir el ejemplo de los otros países: se revisan las tarifas aduaneras y se imponen derechos prohibitivos a los productos similares de importación. En esta que llamaré actitud genérica de los directores de la economía, se puede estar, no obstante, atentando prácticamente contra la misma, al proceder guiados por una falsa contraposición de intereses.

Cultivemos empeñosamente la aptitud de estimar el efecto total de cualesquiera reformas, en la esfera económica. El sistema de producción de un país —su existencia misma, en suma— mal puede hallarse determinado por las posiciones erróneas de unos cuantos hombres de negocios, ni por una contraproducente interpretación de los sentimientos na-

cionalistas. Para llevar a la concurrencia mercantil internacional una línea de conducta, primero es definir la clase de producción que nos corresponde. Sobre esta base, tendrá sentido la política proteccionista. De otra suerte, estaremos protegiendo actividades que significan sólo un lucro personal y contribuyendo al malestar de la economía pública. Se distraen capitales que pudieran y debieran dedicarse al fomento agrícola; se resta brazos a la agricultura, a la vez que se favorece la concentración de masas en las ciudades, contraria a la organización artesana y generadora de aquella actitud de lucha entre la clase obrera y la clase capitalista; con la depresión del movimiento agrícola, encarecen las subsistencias, y esta carestía se suma a la que trae consigo el método proteccionista; finalmente, anormal modo de producción y artificial o fatal encarecimiento de la vida equivalen a envilecimiento de la moneda, y éste consume el proceso del desequilibrio económico. Creemos remediarlo con un inhábil sistema de control de las importaciones y creando oficinas o comisiones de subsistencias, que necesitan frecuentemente importarlas. ¿No son expedientes de suyo acusadores y reveladores?

MONEDA Y BANCOS

Tamaña conjunción de circunstancia repercutiendo en el desastre de la moneda nacional podía hallar algún contrapeso en la llamada política del crédito, función atribuida a los Bancos. Pero todo en el orden de las cosas está sometido a la ley de las correlaciones, y así lo sorprendente sería que un país consubstancialmente desorganizado tuviese instituciones de crédito que respondan en forma cumplida a su finalidad. Por efecto e imperio de esa misma ley, la función bancaria en el Ecuador ha sido tradicionalmente otro desastre. Con criterio de empresarios y no viendo en la mediación distribuidora del circulante fiduciario sino uno de tantos negocios, lo que menos preocupó a los detentadores del crédito fue la delicada misión de administrarlo como factor esencial de la economía. Artillados con el privilegio de la facultad de emisión, atributo del Estado, y con el poderoso mecanismo de los intereses creados, en que entran también los de carácter gubernamental, como consecuencia del

desorden de la hacienda pública, los banqueros han representado una fuerza prevaleciente, y alrededor de ellos se formaron y medraron grupos oligárquicos. Y porque no presidía sus maniobras la idea del bienestar económico general, sino el sentimiento de una posición lucrativa e influyente, esas entidades se han disputado el campo y se mostraron de ordinario hostiles. En todo caso, antes embrollaron que contribuyeron a esclarecer nuestra sempiterna cuestión monetario-económica.

Fue necesario un movimiento político-militar para que el Estado reivindicase el atributo emisor fundando el Banco Central. Como es sabido, esta institución tiene dondequiera por primordial objetivo constituir la base de un sistema monetario y bancario sólido. Requiere, pues, en su organización y su funcionamiento, la integral concurrencia capacitada de los representantes de la Hacienda y de las fuerzas vivas nacionales. Con esta estructura se fundó nuestro Banco de banqueros. De la efectividad de aquel gobierno totalitario funcional dependería el que los bancos comerciales y la moneda mantuviesen un sistema; por consiguiente, que la economía y las finanzas entrasen en un período de saneamiento. Todavía más: como los organismos económicos y financieros en el Ecuador tenían, en general, un carácter embrionario, nada propicio al desarrollo de capacidades, y se presentarían —en los comienzos de actuación del Banco Emisor, sobre todo— problemas complejos y situaciones delicadas, la misión consejera contratada para organizarlo establecía como auxiliar obligado de tal actuación la presencia de un asesor técnico.

La realidad nos ha evidenciado que ciertos fatalismos históricos constitutivos no se corrigen por gracia de una legislación ni de ninguna pedagogía extraña. La mera adopción de lo nominalmente disciplinario no es la asimilación de lo vitalmente renovador y normativo. El propósito de enmienda queda en nada, si no se da importancia a los elementos que componen el mundo vivo de la acción. Así el Banco Central representaba la implantación de algo nuevo en el momento histórico de la crisis de nuestra bancocracia; pero, como su significado radicaba en la organización y función de entidades colectivas, que tuviesen representantes con cabal conciencia de sus deberes en el gobierno de la institución,

ésta no iba a ser expresión auténtica del complejo de necesidades e intereses de nuestra economía. De lo anárquico de nuestro funcionalismo comercial, industrial, agrícola, gubernamental, etc., arrancaba, pues, la endeblez originaria del naciente organismo. Emplearíamos las viejas prácticas de las elecciones de mera fórmula y las efectivas designaciones o combinaciones de acomodo; se prescindiría de todo asesoramiento técnico, a la vez que la entidad iría degenerando en un cuerpo burocrático parasitario, que extiende ahora sus miembros por todo el desértico territorio nacional; los Bancos comerciales, contra toda recomendación de los expertos kemmerianos, se aferrarían a su cómoda política especuladora de buscar el reparto de fuertes dividendos entre sus accionistas, antes que procurar fortalecer la confianza del público en la acción unificadora del instituto emisor; los gobiernos, contrariando asimismo el consejo de la misión extranjera, invadirían con frecuencia el campo jurisdiccional de dicho instituto, vulnerando y no robusteciendo la política de defensa de nuestra moneda...

He ahí que la actual desastrosa depreciación de ésta es culpa de todos; más bien dicho, delata en el fondo el mal crónico de nuestra falta de estructuración en todos los órdenes. La elaboración de la opinión en materias económicas resulta ser obra del caos en que vivimos. Los que se atribuyen el rango de financieros y de dirigentes discurren o discuten con miras al afianzamiento de la parte de las situaciones que les interesa. Política de intereses y desesperada lucha de posiciones, pero sin el menor sentido orgánico: no es otra la característica de nuestro estado económico. Esto explica la profusa, contradictoria y mareante literatura que en este aspecto nos gastamos. Y la verdad es que los señores de la banca, singularmente, no se entendieron alguna vez, sin embargo de lo cual insistimos en la ingenuidad de atribuir a las aparatosas conferencias de banqueros el control de las situaciones o siquiera el consejo para afrontarlas.

El grado de anormalidad económico-monetaria tiene su complemento en la atonía del sentido moral en los negocios, que afecta a las gentes. La confianza es la clave de la difusión del crédito, precioso instrumento del trabajo. La economía moderna da, por esto, enorme importancia a la educación comercial en su aspecto ético-práctico. Se procura mostrar

que allí donde hay una voluntad de cumplimiento de los compromisos en todos, brota por la confianza y la ayuda mutua una vida de actividad en un proceso sin límites. Pues bien, hábitos raciales y tradicionales nos llevan, entre nosotros, a mantener la tendencia contraria. No sabemos de cumplimiento en el comerciar, siendo excepciones los individuos que han aprendido que el espíritu de seriedad en las relaciones contractuales forma el primer capital en la concurrencia económica. Se dificulta y vuelve puro azar, por consiguiente, el sistema de mutuo y prestaciones de servicios, porque es una ley de economía que las condiciones del crédito resultan tanto más exigentes cuanto mayores se presentan las expectativas de "riesgo". En el Ecuador, la casi totalidad de los negocios comerciales ordinarios está afectada de la preocupación de inseguridad respecto a los compromisos contraídos. De ahí lo anémico del mercado de capitales y lo exagerado de la cautela en cualquiera iniciativa emprendedora. De ahí que el noventa por ciento de la suma de tratos y contratos bursátiles termina en cuestión litigiosa.

JUSTICIA

El mal se agrava con los procedimientos de lentitud y embrollo que hacen prácticamente irrisoria la administración de justicia. Sobre no existir el sentimiento colectivo de la confianza recíproca en las transacciones, domina una especie de terror de seguir "un pleito" para reclamar cualquier derecho. Nuestro arcaico organismo judicial conspiró siempre contra la mediana o relativa evolución de las formas económicas en la nación ecuatoriana. Ha sido la institución petrificada que no entendió de algún sincronismo con la acelerada transformación profunda de los modos de relación a que ha llegado la existencia moderna. Desvitalizado, extraño a la sustancia íntima de la cultura económica, el órgano estatal sobre el que gravita la conciencia de civilidad —justicia— de un pueblo se había quedado paralítico. De los tres Poderes que la Carta Fundamental consulta para el ejercicio de la soberanía, el Legislativo y el Ejecutivo no han podido menos de corporizarse en un orden jurídico evolucionado. Sólo el Poder Judicial se mantuvo insensibilizado para una actitud y una función de modernidad.

Al magistrado, a los tribunales no les alcanza la culpa de este estancamiento sino por lo que dejaron de hacer o de decir. Tenían la experiencia: ésta pudo aleccionar, para que la nación toda palpase el efecto deformador de la administración de justicia según el régimen tradicional. Era el cuerpo de juristas, era el profesor o catedrático los estrictamente responsables. Su misión les obligaba a mantener polarizada la conciencia jurídica en torno al doble problema de nuestra vida social y de nuestro estado económico. Lejos de hacerlo, entendieron —también ellos— la cultura como erudición e historicismo. Ningún rozamiento científico ni de técnica profesional con la vida. Si alguna iniciativa de reforma tenía un resultado legislativo, era encuadrándola en el marco del antiguo mundo del Derecho. Apenas en la última época empieza a esbozarse un impulso innovador, que ha partido del Ministerio de Justicia y que lleva ya alguna fuerza de substantividad a la función del juez. Está de tal manera vinculado el problema al propio núcleo de la vida social, que puede afirmarse que su solución trascenderá a lo más hondo y decisivo del porvenir ecuatoriano.

Puede el comunismo sincero —no entra aquí la turba de charlatanes disociadores y de envidiosos— seguir con su exaltación mística en torno al ideal de una sociedad humana que por sus condiciones de vida **comunes** alcance la armonía y el bienestar definitivos. Que los apóstoles de la nueva religión mantengan su prédica del "iguálalos los unos a los otros", ya que en casi dos milenios el lema "amaos los unos a los otros" del cristianismo se ha traducido en la abominación de la degeneración. Que los doctores de la iglesia leninista continúen haciendo prodigios de dialéctica para dar visos de validez a esta doctrina: por la dictadura del proletariado —el gobierno político peor— llegar al régimen social mejor, y este será el reinado de la justicia. Para quienquiera que no haya caído en la trampa de olvidar la naturaleza del animal-racional —un ser de instintos, pero capaz de cultura— y la indestructible contextura de funciones públicas a que ha llegado el progreso, la única especie de justicia accesible es la de humanizar esos instintos y regular jurídicamente esas funciones. Que cada individuo y cada grupo tenga la garantía de la efectividad de su derecho en la vida de relación.

Así entiendo el liberalismo social moderno, que es evolución virtualmente revolucionaria, desde que repugna todo derecho opresor y concibe la libertad como organización de cultura. Y ya que la capacidad del hombre para esta organización tropieza con su natural egoísmo invencible, se impone otra organización de carácter institucional: la de la justicia. Donde no se sepa administrarla, no habrá cultura ni economía posible. Si prevalecen el comerciante voraz, el industrial privilegiado, el agricultor cruel y codicioso, el banquero usurario, el gobernante dilapidador, el obrero o artesano badulaque, el profesional sin ética; si todos son explotadores y engañadores, los unos de los otros, manteniendo un ambiente de malestar social y económico, querrá decirse que no hay justicia lealmente administrada, ni orden jurídico de forma real ascendente, de educadora eficacia normativa en síntesis superior.....

POEMAS

GONZALO ESCUDERO

ECUADOR

La línea equinoccial es un columpio
de cáñamo de estrellas, para que los volcanes se cuelguen sobre el
y a la tierra le nazcan (mundo,
hongos de cobre de los indios
contra la caballería ligera de los jinetes de naipe
en jacas con jaeces de aurora.
Hombres de metal blanco,
con el hocico de los arcabuces,
fumaron el tabaco de los senos tostados.
Y no supieron que las mozas indias
se desnudaron en los ojos fotógrafos
de los caballos sitibundos,
mazorcas de maíz bermellón
prisioneras en burbujas de tinta.
Y así en los ventisqueros de los vientres
crecieron las neveras de los muchachos.
La piel de yodo se sublimó en la almendra pálida,
y se arrojó de cordillera prieta,
para el amanecer de los puños en racimos de cactus
y de los pies en líquenes de lava.
La alpaca de humo gótico
alzó los arquitecinos de sus ancas
para besar al indio, condecorado con su escarcha,
que inventó el rondador como una cárcel

de rejas vegetales de topacio,
para ceñir grilletas de música a la noche.
Contó el indio sus años
en la centella de los latigazos
que le tatuaron briznas de remolacha
y todos los luceros verdes
en el cacharro de su espalda.

En la conflagración de las distancias,
los jinetes de naípe fabricaron
una república de baraja,
donde los reyes de cartulina
no se afeitaron los recuerdos pintados
en las patas de grillo de sus barbas.
Se amotinaron los colores
en las ciudades de candela
para el sufragio universal de las mujeres y las guitarras.
Carteles democráticos
volaron en las alas de los pájaros.

Pero todos los días,
las ametralladoras cosieron
la piel del indio bárbaro,
libro de letras iluminadas a ladrillos de pólvora.
La angustia mineral subió a los hongos
en cometas de plomo.
Y el indio se leía en sus párpados
una evasión de páramos,
con los machetes de los saltos de agua
y los rifles del pico de los buitres.
Mas se miró el ombligo
como se mira el punto
de desembocadura de los ecos,
para clavar un mástil de alarido
hasta el cielo arquitecto de una tola de vidrio.

FABRICA DEL MUNDO

No pasarán.

Como no pasan los jinetes de azúcar
sobre caballos de ascuas.

Generales de naípe

se rebelaron como los ángeles,
y les crecieron alas de albornoces
de marroquíes de chocolate.

la cimitarra al cinto

y las piernas en cruz gamada.

Todo por un bostezo de mosto.

Por el aburrimiento de estar pintados en la baraja.

Mercaderes de sol en cartón satinado

que compraron camisas de humo negro y tabaco

en una cinta métrica de algas

con dados verdes de las Islas Baleares

y luses amarillos de las Islas Canarias.

No pasaran.

¿Cuándo pasó el camello por la luz de una aguja?

¿Cuánto tiempo se leyó con el tacto

—cinta de hormigas dulces—

la piel del mundo?

Este júbilo tiene la edad de los muchachos

que sonrieron a los jabalíes

de metal de los tanques.

En esta fábrica de auroras,

es necesario roer el cielo con los colmillos

sobre las pértigas de la Alhambra de un grito.

¿Cuándo cantaron las cigarras en el hocico de los rifles?

¿Cuándo los ojos como anzuelos de vidrio

pescaron las ballenas primaverales de las bombas?

Las ametralladoras,

máquinas de escribir en la cal de los tuétanos,

teclearon alfileres de música

para la marsellesa de los muertos.

No pasarán.

Como no pasa el tiempo en los relojes congelados.

Las antenas de escarcha de las orejas saben

que esta península es un puño del hombre

en la cuenca de un mapa iluminado,
contra los maremotos y los generalísimos,
los gases deletéreos
y las langostas púrpuras de los obispos.
Esta península es un golfo del hombre,
la desembocadura de la tierra incendiada
que alarga deltas de alarido
hasta las madres, acantilados gélidos
de las madreporas de los niños.

No Pasarán.

Como no pasan trenes en túneles de azogue.
Este es el tiempo de los árboles con naranjas de obuses,
de la candela nómada en el pico
de carbón de los pájaros,
y de las catedrales que viajan con muletas.
Esta es el hambre
de los resucitados en el tercero día,
la zarza trepadora
en los andamios de los intestinos.
Hay tantos Escoriales en las miradas de las mozas
que los reyes sonámbulos se despertaron ciegos.
Para los astros de aire de las hélices
bastaron las muñecas artilleras
sobre las barricadas de vapor de los sueños.

No pasarán.

¿Cuándo los ángeles rebeldes
escalaron las nubes inquilinas del cielo?
Este mundo recién nacido,
con la amarra de un eco en el ombligo,
en nuestro mar y nuestra tierra,
un globo de papel sobre las jarcias de las estrellas,
una sed que se afila en las astillas de agua
y lame la centella de una espada,
cuando Miguel Arcángel se ha vuelto miliciano
y Sant Yago es un gangster pistolero de palo.
Este es el mundo recién nacido,
el océano tinto
en resacas de dolor de hembra desnuda
aprisionada en una fruta.

Quito, Ecuador, agosto de 1937

POEMAS

IGNACIO LASSO

DESPEDIDA

En el andén de alelados adioses
el humo huele como el olvido.
Se adelgaza tu cabeza en el viento
y veo tus ojos mirarme en todas partes,
me crecen los brazos paralelos
y no puedo evitar que tu sonrisa
—tan tuya— inunde la mañana.

Tal vez mis serpientes amargas
no transiten los altos árboles
y quizá sea imposible
volver a ver el mar a través
de esa dulce ventana abierta
a frescas claridades
que hacía todo suave y sin fragor.

Pero estoy seguro que vuelves sin orillas,
con una pequeña congoja alojada
no sé dónde, con un imperceptible temblor
en la voz, con un arriendo de duda.
Y yo quedado sin dispararme:
invento desechado, correo devuelto,
sin depósito ni llave precisa.
Me quedo hundido en la distancia,

infortunado pescador de perlas
respirando por el largo conducto de tu oído.

Mayo de 1937

VIGIA

Ayayay de luna parturienta
verde noche de sapos,
sangre de mujer ahogada,
brillo de hiel,
mandíbula de plomo,
sonámbula por el filo del pulso:
canción negra con los ojos abiertos!...

Dormido en tus largos cabellos,
golpeando tus sienes desamparadas,
angustiado ya de no poder angustiarme
con los dientes desesperados
he mordido la calma hasta suspirar.

Oh!, corazón hundido, pez de darsena,
—no sé si es el salto de alegría o pavor—
porque te mueves apenas como una brisa
entre barcos de proas tan altas
que no alcanza a subir la mirada;
porque te abres en la humedad
despacio, con tino de molusco,
convaleciente, urgida pero lenta,
como marca ciega buscando el horizonte;
porque te veo emerger de la muerte:
lívida mariposa,
trote de lejanos corceles,
cervatillo sin madre,
acechanza con dagas,
nenúfar golpeado en el agua,
alma sola acompañada de soledad.

Mayo de 1937.

7 POEMAS INFANTILES

AUGUSTO SACOTTO ARIAS

(De "Apolillo",
libro de los niños)

MARCHILLA

La, la, la.
La, la, la.

A la gruta vamos
de la Niña Abeja.
Nos dará una alita
color de limón.

¿Y qué la daremos
nosotros los bravos
guerreros sin armas
y hermanos del aire
del agua y la flor?

La, la, la.
Nuestro corazón.
La, la, la.
Nuestro corazón.

CANCION DE LA HERRERIA

Flo, flo, flo.
Flo, flo, flo.

Los caballos de humo
llegan hasta el cielo.
Candela los ojos.
Candela el relincho.

Las yeguas de plata
suenan en la calle.
Y los potros de oro
se hunden en el agua.

Flo, flo, flo.
Los herreros soplan
con manos de cuero.
Y ángeles de sangre
gritan en los yunques.

Flo, flo, flo.
Herrero
de acero
mañana he de ser.
Que quiero
caballos
de lindo correr.

DIALOGUILLO

BERNARDITA.—¿Cuál es tu madre
pollito?
¿La de la pata
de vino,
la que vino
niña y blanca?

POLLITO.— He de empujar
este maíz
hasta la taza
del jilguero.

BERNARDITA.—¡Ay! mi jilguero
guero
guero
guero.

¡Me muero
de amor!

CAPRICH O

—Dame la flor colorada!
No!
Que no quiero sombrero de sangre!

—Dame la flor amarilla!
No!
Que no quiero sombrero de luna.

—Dame la flor del silencio.
Si, dámela
y con un beso dámela
madre!
Para mis muñecas
dormidas.

LA ESTRELLITA
Y EL NIÑO TULLINO

Ven estrellita!
Te daré
agüita en el pico,
anis y alhelí.
—¿Tienes en el cielo
mantel de alhelí?

¿No? ¿Sí?

Estrellita ven!
Que no puedo
moverme de aquí.
Con pies de nieve
nací.

ABELITO, EL CIEGO
(Tragedia sintética)

NIÑO 1º— ¡De piedra es!
NIÑO 2º— ¡La piedra no tiene ojos!
NIÑO 3º— ¡La piedra sí tiene ojos!
NIÑO 1º— ¿Cómo te llamas?

EL NIÑO

DE PIEDRA.—Abelito, el ciego.

NIÑO 1º— Piedrecilla del río
cada pupila.

NIÑO 2º— Que sin mirar nunca el agua
llora espuma en las orillas!

NIÑO 3º— En las orillas, no.
En los dulces remolinos.

CORO DE

LOS NIÑOS.—¡Ay Abelito, el ciego,
nos duele
tu risa amarilla!

MONUMENTO INFANTIL
A LA MADRE

La niña blanca Te lleno de azul
mirándote,
madre.
En el azul de mis ojos
tu sangre.

La niña amarilla Te lleno de flor
mirándote
madre.
En el almendro de mi ojo
el almendro de tu sangre.

La niña india Te lleno de negros pájaros
mirándote
madre.
Pájaros encadenados
desde el nido de tu sangre.

La niña negra Te lleno de estrellas
mirándote
madre.
El primer día del mundo
en nuestra sangre!

POETAS FRANCESES DE HOY

Traducción y Notas de
JORGE CARRERA ANDRADE

POEMAS DE GEO NORGE

I

Jardín cerrado desde hace mil años:
Un esqueleto de pájaro habitado por un sueño,
un grito de insecto en un eco sin mancha.

Bajo el agua desnuda de la fuente
reposará mi calavera monda:
una trucha entrará por mi ojo
y saldrá por mi boca.

El rayo con su llama nodriza
acaricia el césped,
arregla las avenidas
y, en espera de la eternidad,
coje un jacinto.

II

Al fin de un largo viaje,
al fin de un vuelo salvaje,
el guante y el collar cansados

se reposan en la ribera
y casi ya no respiran
acariciados por la marea.

Se sepultan en el limo
y comienzan maduros y cuerdos
la vida de los objetos perdidos.

111

Alto ramaje tendido en las estaciones de Dios!
Selva sonora y cerrada:
tú inventas
ciervos, aguas vivas
y grandes cantos de follaje
donde el corazón escucha sus voces.

Secretas cortezas,
historias trazadas
como los ríos de la mano.
Yo acaricio y espío
y siento vivir
y moverse los caminos de las savias nutricias
que saben penetrar tus ínfimas nervaduras
de un silencio escogido en los jugos del limo.

Mas si toco apenas con la uña
esa vena sensible y entrelazada
a las figuras de mi destino,
un mirlo cambia su sueño,
una fuente vacila en nacer
y la longitud del tiempo
vibra con el vuelo de una avispa.

UNA ESTRELLA DISPARA EL ARCO
(De Jules Supervielle)

Todas las ovejas de la luna
se arremolinan hacia mi pradera
y todos los peces de la luna
se sumergen profundamente en mi sueño.

Todos esos barcos, esos remeros
rodean mi mesa y mi lámpara
y alzan hacia mí frutos que se mojan
en el vértigo y la dulzura.

Hasta los astros indefinidos
¡qué humano es todo, oh destino!
El universo mismo se establece
sobre columnas sorprendidas.

Pájaro de las islas de ultracielo
con tus nubosas plumas
que sabes en tu corazón archipiélago
si seremos y si fuimos,

tú que mojaste un día tus pies
allí donde el azul de las noches tiene su fuente
y tomas el sol en tu pico
cuando lo encuentras en tu camino,

la tierra pesada se recuerda,
pájaro, de un mundo aéreo,

donde la fatiga es tan ligera
que la abeja y el ruiseñor
no se reposan sino en el vuelo
y sobre flores imaginarias.

Una estrella dispara el arco
cribando el infinito con sus flechas
y levanta su estandarte
que lame una llama eterna

una encina creyendo en el estío
cuando no es más que el alma de una encina
ofrece su corteza antigua
al viento desnudo de la eternidad;

sus raíces son aparentes
—un poco de humus tiembla todavía—,
la sombra de otro tiempo se lamenta
y gira en torno del árbol muerto;

un carro halado por bueyes negros,
que perdió su ruta en la tierra,
la halla otra vez en la vuelta del aire
donde la aurora se encuentra con la tarde,

una nube, nuevo Brasil
aprisionando inmensos ríos
en un inmutable perfil
deja rodar sobre él las horas;

una nube y otra nube
hinchadas de humanas plegarias
se expanden en sordos ramajes
sin llegar a deshacerse.

LA MANSION CERCADA
(De Jules Supervielle)

El cuerpo de la montaña vacila en mi ventana:
"¿Cómo se puede entrar cuando se es la montaña
hecha toda en altura, con rocas y guijarros,
fragmento de la Tierra, por el cielo alterado?"
El follaje del bosque rodea mi morada:
"¿Pueden decir en esto los bosques su palabra?
Nuestro mundo ramoso, nuestro mundo frondoso
¿qué puede en esta pieza donde hay un lecho blanco
cerca del candelero que arde por arriba,
delante de esta flor que se moja en un vaso?
¿qué puede para este hombre, su brazo replegado
y su mano que escribe entre estos cuatro muros?
Consultemos a nuestras raíces delicadas.
El no nos ha mirado, pues que busca en su alma
árboles diferentes que entiendan su lenguaje".
y habla el río: "No quiero saber nada.
Corro para mí sólo y a los hombres ignoro.
No estoy jamás allí donde creen hallarme.
Con miedo de atrasarme, me adelanto a mí mismo.
Peor para esas gentes que van sobre sus piernas
y se alejan, y siempre vuelven sobre sus pasos".
Dijo la estrella: "Tiemblo al extremo de un hilo;
si nadie piensa en mí, yo dejo de existir".

NOTAS

GEO NORGE

Es belga de nacimiento; mas tiene, por el espíritu y por el idioma, una indudable y firme raíz francesa. Su "Florilegio de la Nueva Poesía Francesa en Bélgica" da la medida de la amplitud y la penetración interpretativa de su crítica. Sin embargo, Norge es más profundo aún en su poesía, iluminada de altas y misteriosas señales. "Mi actividad poética —proclama él mismo— no tiene otro fin que la persecución de lo inefable... La poesía es buena conductora del infinito". Y el poeta se interna sin vacilar en un mundo recóndito donde habita la gracia. Dos de sus libros últimos, "Avenida del Cielo" y "Calendario" se cuentan entre las más felices realizaciones poéticas de nuestro tiempo.

JULES SUPERVIELLE

Este poeta que representa como pocos la inquietud contemporánea, nació en Montevideo. Tiene más de cincuenta años de edad. Toda su obra se halla escrita en francés. Sus libros son ya célebres, sobre todo "Gravitaciones", "Desembarcaderos" y "El Forzado Inocente". Estremecimiento cósmico, emoción del viaje, nostalgia de las islas, evocación de las tierras maternas de América, sensualidad del sabor de las frutas y el color de los pájaros exóticos, todo esto se confunde en el torrente melódico de su poesía. Pero no son éstas sus únicas virtudes. Hay algo más, y tal vez lo más importante: el tono de intimidad, la imagen cargada de experiencia vital, la transparente y virginal hondura en que lava su sentimiento. Supervielle acaba de publicar un gran libro "Los Amigos Desconocidos", que es una clave maravillosa para descifrar el sueño.

El Havre, 1937.

EL NUEVO HISPANOAME- RICANISMO

ANTONIO MONTALVO

Antes de ahora, es decir antes de la guerra civil española, tornada guerra de penetración fascista, merced a la satrapía del imperialismo italo-germano, el hispanoamericanismo carecía del fundamento y estructuración vitales que eran necesarios para que viviera en corporeidad y realidad. Era una palabra vacua de sentido, sin raigambre material. Pura alegoría literaria. Que servía lo mismo para exaltar la lírica racializante como para alborotar la insustancial patriotería de las festividades diplomáticas. La palabra, o el contenido semántico de ella, respondía sólo al sentido filosófico que le daba la realidad de ese **hispanoamericanismo**. Y la realidad del hispanoamericanismo de pre-guerra, era, apenas, una pobre ficción teatral en la que jugaban, dualizando el coro, voces de élite, individualistas, españoles y américo-españolas, interpretadoras u orientadoras no de lo que debía ser el hispanoamericanismo: —hecho, acción, obra material e intelectual —sino solamente de un sentimentalismo que se apagaba con el último grito poético o con la postrera burbuja de champaña.

Ahora es cuando se ve nacer el verdadero hispanoamericanismo. Surgido de una misma matriz creadora: la nece-

sidad de cohesión de un núcleo homogéneo, humano, que por sobre la distancia de un mar ancho, hablando un mismo idioma, tiene unos mismos intereses políticos, —y aquí se contempla los intelectuales y materiales— y lucha por un mismo ideal común a toda la humanidad: la redención total y auténtica del hombre. Y nace el hispanoamericanismo — no por nuestro deseo— de una necesidad material, de un hecho dialéctico, que han borrado de un brochazo el espejismo hispanoamericanista. La guerra española removiéndolo en el alma de los pueblos de Hispanoamérica, lo que hay de más noble e íntimo en ella: su sentido de solidaridad humana —que no sólo el congénito de su parentesco racial— ha puesto en evidencia la negación que entrañaba la vieja palabrería del idealismo hispanoamericanista, para afirmar la verdad de un nuevo sentimiento que responde, en todo, a un nuevo contenido, a una nueva verdad histórica; que se superpone lógicamente, como la expresión de una nueva, también, etapa de civilización, es decir, de conquista de los derechos humanos.

La guerra española ha creado en la conciencia de Hispanoamérica, ahora sí, la idea materializada, el sentimiento objetivo, concreto, del hispanoamericanismo. Idea y sentimiento que, recién nacidos, han tomado ya cuerpo y se han hecho palpables en manifestaciones que dan, hoy mismo, la medida de las proporciones gigantescas y de los beneficios incalculables que ellos rendirán, cuando hechos carne de acción crezcan, aquí en nuestro continente, y en los pueblos de la Península.

Y he aquí que este sentimiento de hispanoamericanismo, ha nacido donde debía nacer: en el alma misma de todos los pueblos de América española. Ha nacido colectivamente, de este gran conglomerado continental. De las masas populares. De lo que aquí constituye, a lo largo y a lo ancho de América, las auténticas democracias. Y por haber surgido de las democracias es que desarrollará y fructificará, dando de sí los beneficios que la necesidad y realidad históricas demandan.

Ya no es pues, —ni será jamás— el hispanoamericanismo una palabra esporádica, de élite oficial o núcleo intelectualista, sin traducción ni comprensión posibles. Como

pensamiento colectivo, regado en la conciencia americana, ha probado ya sus realizaciones. Democráticamente, se ha traducido en hechos que confirman y afirman su verdad conceptual. Y en la medida que este sentimiento de hispanoamericanismo significa, en los actuales momentos, comprensión del conflicto español, las democracias de Hispanoamérica, vienen esforzándose según es el ritmo de su libertad, en vivirlo lo más prácticamente que les es posible. Así es como desde las iniciales horas de la invasión fascista, la solidaridad de los pueblos hispanoamericanos con la causa de la República se ha dejado sentir, ya con la presencia y actuación personal en las trincheras de muchísima gente, intelectuales, artistas, y obreros, soldados todos de la justicia social, que han sentido en la entraña viva la necesidad y utilidad de la lucha, en la que gran número ha ofrendado su vida, pero edificando un ejemplo que sólo es el reflejo directo de un sentimiento colectivo —el sentimiento hispanoamericanista, fecundado, vitalizado por el ideal de la libertad y democracia— o ya también con la espontánea ayuda material, que, en cuanto al apoyo moral, éste, aun rompiendo las vallas de la represión oficial en los países donde ella ha existido, se ha manifestado siempre, traducido en la ansiedad con que los pueblos, la verdadera democracia de los pueblos, sigue el curso de los acontecimientos de la guerra, es decir la suerte de los republicanos; en el fervor y fe que ellas manifiestan por su triunfo definitivo, en todas las manifestaciones populares, en la acción de los sindicatos obreros e intelectuales, en la expresión de la prensa misma, que a pesar de las influencias fascistizantes, no puede por menos que hacerse eco, aunque sea muy pálidamente, de esa gran corriente antifascista, que aquí en Hispanoamérica, no sólo es la promesa, sino la verdadera fuerza realista que hoy, ayudando a España, salvará los destinos democráticos del continente.

No es aventurado ante la lógica de los acontecimientos, afirmar que la guerra de España, hecho, etapa del proceso dialéctico que ha debido vivir dentro del determinismo histórico, ha cristalizado aquí, en Hispanoamérica, la idea y el sentimiento reales del verdadero hispanoamericanismo, no ya lo repetimos, como exaltación sentimental del

parentesco racial, como pura expresión literaria, como desbordamiento de efusión fraternal, como hipérbole lírica, sino como concreción objetiva de una necesidad común, que afecta específicamente a un conglomerado homogéneo humano, ligado entre sí por los fuertes vínculos de la sangre y del idioma, necesidad que, en realizándose, ha de traducirse —que se traduce ya— en beneficio mutuo, material y espiritual para ese mismo conglomerado social, que sabe ya de manera precisa cuál es su posición, cuál su misión en el momento histórico que ha tocado vivir, y sabe, asimismo, cuáles son sus elementos de lucha y de defensa en la guerra a muerte que debe librar contra las fuerzas coaligadas del fascismo, a las que hay que batir, para la creación del nuevo sistema social de vida, que haga accesible, en primer lugar, el desarrollo de ese sentimiento —el del hispanoamericanismo— entre pueblos afines, y generalmente, que haga accesible también al hombre, al hombre de las masas, a las masas mismas, los caminos de la cultura y de la civilización, y otorgue el derecho a la vida, vedados hasta hoy por una minoría que tiene en sus manos todos los poderes de la opresión, de la explotación, del aniquilamiento de las virtudes y posibilidades más preciosas del hombre, en su exclusivo favor y beneficio.

Y, si las condiciones sociales de América, determinadas, a su vez, por las condiciones materiales de su existencia actual, han hecho posible el nacimiento del auténtico concepto y vida del ideal hispanoamericano, hay que convenir en que la democracia, los valores humanos de esa democracia, son el campo nutricio en el cual la vida de ese ideal, o el ideal hecho vida, han de prosperar en la medida en que, democráticamente, esa misma vida sea fortalecida y alimentada. El hispanoamericanismo oficialista y de élite, de ficción y de hipótesis ha muerto, por inanición, para dar paso al genuino, popular, de envergadura democrática, que sabrá afrontar por convicción ideológica e interés colectivo, los problemas fundamentales que son hoy la preocupación del mundo entero.

Y, aun más: sólo democráticamente, en emoción y realidad colectivas, es y será posible vivir el ideal hispanoamericano. Esto ya se han encargado de probar los hechos: se

ha visto cómo movidas al unísono por una misma corriente colectiva, que abarca a los pueblos de América desde los límites mexicanos hasta los confines patagones, los pueblos de América, sus democracias verdaderas, actúan libremente o a espaldas y por encima de la represión oficial, en favor de las masas populares de la España Republicana; se ha visto cómo nuestras democracias sienten en carne palpitante y espíritu emocionado, la tragedia española; se ha constatado y se evidencia a cada minuto cómo ellas, solidarizadas en lo íntimo de la entraña, unánimemente, sintiendo como suyos propios el dolor y la angustia de un pueblo hoy más hermano que nunca, se esfuerza espontáneamente, por deber congénito, en contribuir a la lucha y triunfo de la República española, cuyo destino actual gravita tan profunda y particularmente en la conciencia hispanoamericana, como que es él el destino de España, el que, en mayor o menor grado, determinará el rumbo y la suerte de nuestras democracias, las que por su parte, comprendiendo la inminencia de la hora, se aprestan y preparan su espíritu, tenso de vigor vital y belicismo viril, a la lucha redentora definitiva, de la que saldrán victoriosas para siempre.

Tal es la fe y la conciencia de solidaridad social de las democracias de América en el triunfo de la justa causa de la República Española, tanta evidencia y seguridad tienen en el valor tradicional del pueblo, de ese pueblo bravío que hace un siglo, a guerra de guerrillas puso en fuga a las águilas napoleónicas y se burlaba con desenfadada ironía del mismo Corso cantándole coplas como esta:

Ya vienen las provincias
arrempujando
y la Virgen de Atocha
trae a Fernando.
Viva los españoles!
Viva la religión!
Yo me cago en el gorro
de Napoleón!

tal es el fuerte sentido de comprensión y solidaridad humana que animan sus hechos, su acción práctica, que bien confirman lo que ya sabe Europa o lo adivina: la verdad de que es América, con el poderío de su fuerza natural y social

la zona del mundo donde se está fraguando las normas inconfundibles de una nueva vida libre y democrática, estructurada en sus propias necesidades y realidades y que son sus pueblos, los que, llegada la hora, sabrán sacrificarse por la conquista de la felicidad. Porque América no es ni será jamás tierra de conquista. Es y será siempre tierra para la libertad y la amplia vida democrática.

El hispanoamericanismo, pues, por lo que a nosotros incumbe, no quiere decir y no significará otra cosa que la fiel interpretación de un fenómeno político social, llegado al máximum de beligerancia, de un pueblo que por leyes étnicas y lingüísticas nos pertenece más íntimamente; y lo que es más: realización inmediata de las necesidades sociales; —que ésta es y debe ser la esencia y clave de todo sistema político— de un mismo cuerpo colectivo, dividido geográficamente, que tiene derecho a forjar sus propios destinos históricos, abriendo para el hombre los vastos horizontes de la libertad y la cultura. Y, si políticamente queremos realizar y vivir el hispanoamericanismo, no de otra manera podremos hacerlo, sino llevando a cabo esas necesidades sociales, hechas perentorias, en lo material e intelectual, en lo ideológico y práctico. Las masas de América han respondido a este sentimiento político, y políticamente, es decir con la realización de necesidades colectivas, han principiado a vivir el ideal del nuevo hispanoamericanismo, y con tal fuerza patética, que hace prever lo que será él en un futuro próximo, y los beneficios que reportará a los pueblos hispanos e hispanoamericanos.

Quito, Enero 1938.

ACERCA DEL ODIO

EULALIA PEREZ DE
ZALDUMBIDE

Si observamos el odio, encontramos que de las pasiones humanas es la más temible y la que más se destaca por su fuerza.

De su encarnación se derivan múltiples manifestaciones: hay varias clases de odio. Hay el odio viril que se apodera del individuo al reaccionar contra otro que le ha hecho un terrible daño; este odio nos describe magníficamente Shakespeare en su tragedia Hamlet. Nos hace ver la venganza que siente un hijo contra el asesino de su padre. Este odio máximo palpita de venganza y vive sólo para saciarla. Cuando ha matado al asesino de su padre ha dejado de ambicionar la vida; sucede en él un fenómeno psicológico y se extermina.

Este es un caso de odio completamente viril y definido.

Hay otra manifestación que podemos llamarle con propiedad odio reflejo. También nos ha dado a conocer Shakespeare en Julieta y Romeo. Estos seres han nacido dentro de un ambiente de odio recíproco de una familia para otra, odio que se va transmitiendo por tradición, de manera que a Julieta y Romeo se les enseña a odiarse, pero por una rara coincidencia conocerse y amarse fue una sola cosa.

Estas dos almas se unificaron en la comprensión y en el amor y murieron en holocausto de él, como si sus almas hubieran sido creadas para tornarse en plegarias que aplacarían el odio de los suyos, alcanzando para ellos un brote de nobles sentimientos.

Como se ve, en este caso el odio reflejo declinó completamente y permitió que reine una noble reconciliación entre seres que debieron ser terribles enemigos.

Se puede observar un interesante caso de odio reflejo que es el de Pablo de Tarso. Este hombre sentía un odio reflejo hacia la religión cristiana, porque según el criterio de todos sus compatriotas, ésta atacaba a las leyes y costumbres y a la misma civilización Romana en sus raíces, tratando no sólo de combatirla, sino de imponérsela por su magnífica filosofía, lo que indignaba a los romanos que eran fanáticos de sus leyes y costumbres.

De manera que Pablo se cree en el deber de atacar esta doctrina hasta exterminarla; pero en un momento dado se operó en él una reacción inexplicable para el mismo. Oye una voz que le increpa por tres veces: Pablo, ¿por qué me persigues?, y el valiente soldado desfallece a pesar suyo. Al reaccionar sucede en él un fenómeno fisiológico digno de ser estudiado: entra en un éxtasis muy largo, del que tarda en volver a la normalidad, y cuando ha reaccionado completamente se interesa por conocer esta religión que odió, y encuentra que es fuente de ciencia nueva de un gran valor filosófico.

Se siente convencido, y cree en ella tornándose en un gran apóstol de Jesucristo. Poco tiempo después ha producido uno de los más destacados estudios doctrinarios que ha admirado la humanidad. Estos estudios son conocidos con el nombre de "Las Epístolas de San Pablo".

Este nuevo caso de odio reflejo, nos hace ver como la aversión que siente un individuo por una religión, se ha transformado por la comprensión y el convencimiento, en una viva antorcha de amor, que lucha por defenderla aún a costa de su vida.

Remarque nos ha presentado otro caso en su novela "Sin Novedad en el Frente". Es el de los hombres que van a la guerra a combatir contra los hijos de otra patria, porque tratan de ofender a la suya. Avidos de venganza en una lucha cuerpo a cuerpo, uno de ellos ha hecho presa a su enemigo, el que al sentirse herido, da un grito desgarrador; sus quejidos se prolongan hasta el amanecer. Su adversario se horroriza de lo sucedido, siente una piedad grande de su víctima; le contempla, le arrima en su pecho, le da a beber agua para calmar su sed, se hablan en distinto idioma, pero se comprenden con el idioma universal de la mirada cuando expresa el dolor. El herido le cuenta que se desposará con la muerte, y el otro le contesta: camarada, perdóname, no soy yo, es la

guerra quien te mata. Sienten un mutuo cariño fraternal y lloran en desesperado pero comprensivo consorcio.

El herido ha muerto, mientras el sano queda en una agonia moral eterna en su remordimiento.

En este caso un noble cariño fraternal vino a suplantar al odio reflejo.

Por lo observado, el odio es la pasión más temible y poderosa, apocalíptico jinete, viva antorcha en la que habrá de consumirse su víctima irremediabilmente. Odio, encarnación del horror, pero también de la grandeza; enamorado del exterminio y de la muerte, viril y definido como todo lo que tiene de grande la humanidad. En este sentido eres digno de elogio.

Vamos a observar una clase de odio que se encarna en las entrañas de la envidia. Nace degenerado, se presenta vestido de hipocresía ante sus víctimas. Odio envidioso, llama incolora miserable como todo lo indefinido, fétida emanación, psiquis de vibora y reptil, no hay fuerza semejante a tu debilidad ni se conoce cobardía más insaciable y eterna que la tuya; te escudas en la infamia, te armas con la calumnia, temes a la muerte, porque podías libertar tu víctima; y tu anhelo sería poder darle mil vidas para luego darle mil muertes.

Sádico y cruel, te regocijas en envenenar su moral diariamente; y aún si muriese seguirías atacando su honra siempre, porque eres lepra del alma; tan infame que te traicionas a tí mismo, convirtiéndote en tu propia tortura, porque en tu humana impotencia no puedes quitarle a tu víctima los méritos con que está enriquecida. Vives reñido con la grandeza y abrazado a la vulgaridad, porque eres el producto de un conocimiento profundo de tu inferioridad.

Esta pasión sacrílega, se revela contra su creador por haber concedido a otros seres lo que ambicionaba para sí, razón por la que jamás ha reaccionado noblemente; por esto es la más inmunda y temible de las pasiones humanas. Por desgracia de este odio envidioso está cundida la humanidad. Es plaga que vive en el corazón de muchos seres que poseos de él, son los que en todos los siglos han atacado a la superioridad con su tradicional acción rastrea. Esta es la razón por la que los genios que en el mundo han sido, tuvieron que luchar heroicamente para levantar el pedestal de su fama, aplastando esas vivóricas e inmundas cabezas.

LEYENDA DE AMOR

MARIA LUISA CALLE

Para la dilecta espiritualidad de
Hipatia Cárdenas de Bustamante,
con todo mi cariño.

Refiere una sugestiva crónica del siglo trece italiano, que Francisco Bernardone, aquel amable santo de Asís, el más puro perfume que embalsamó los valles de la Umbria, la más sonriente aurora que irradió en el ambiente de ese entonces, sólo dio en su vida dos besos: a un leproso y a una paloma. Ungió con sus labios a un leproso, lo mismo que el Nazareno y el Cid; besó a una paloma, como el Leonardo del Dominichino a esas níveas aladas a quienes echa a los vientos, luego de adquirirlas en un pórtico de Florencia. Y nunca besó a una mujer? Acaso.... Quién sabe....? Por ese contraste, que no sabemos si por divino o por demasiado humano, la leyenda no lo confirma, realzando así lo áureo de su estirpe.

Jesús... Leonardo... El Cid... He ahí un significativo paralelo con la vida de Francisco de Asís: un apóstol, un artista y un guerrero. Adolescente aún, lo encontramos ambulando por las calles de su ciudad, jugando con la luna, hablando con las estrellas y envuelto en su amplia capa de terciopelo, haciendo de Don Juan y Cyrano, y triunfante siempre en las evocativas lides de la bohemia, del arte y de la galantería.

Luego lo sabemos en pos de las huellas del **conte gentile**, defendiendo la libertad de su patria amenazada por la

ambición de la casa suavia. Siete años más tarde, lo vemos peregrinando por valles y campiñas, con el bordón y la esclavina de romero, miserable, andrajoso, desmedrado, celebrado ya su connubio con la hermana pobreza, como en el fresco de Giotto; pero muy viva y muy alta, la divina llama de aquel amor que palpitaba en sus entrañas. Este caballero de Cristo fue un poseído del amor... Amor, decían las sangrantes heridas de sus llagas... Amor, clamaban sus lágrimos las noches de insomnio y de penitencia... Amor, repetían sus pies destrozados por las zarzas de los caminos... Breña voluptuosa que se daba en espiral; fuego que ardía sin consumirse... Era un grave enfermo de amor, anotaba San Francisco de Sales.

Fundada ya su Orden tras titánicos esfuerzos, se traslada a España, donde las vegas florecen al sortilegio de su decir, y, a su paso, la Naturaleza acaricia el alma de los seres y de las cosas. Toma agua en una cisterna, y un ángel desciende y se convierte en guardián de aquella fuente: durante el día es una paloma y por la noche un ruiséñor. Levanta un convento a las orillas del mar, y los peces se ofrecen para alimento de los trabajadores. Ve detenerse un águila en el alto de un collado, y allí construye el célebre Monte Coeli, cual símbolo de lo Infinito ilimitado y eterno. En un largo y difícil viaje, salva a los pasajeros con provisiones que los cielos le envían. Atraviesa las sierras y las llanuras de Castilla, agrias, disciplinadas y tortuosas, loco de ensueños y de amor, como debió atravesarlas el sabio Don Quijote varios siglos después. Y así, por toda esa España que un día fue monumento de comprensión y de fraternidad, va regando semillas de amor y de fe que florecen luego en la rosa de una plegaria, en el prodigio de un milagro o en el regazo de un asilo. Sus predicaciones son como un credo de cúpulas que se elevan armoniosas y cristalinas hacia el azul estrellado. Por su lírico **jardín de Florecillas** pasan las alas de grandes aves elegíacas. Su corazón vivía en el Señor, igual que una brizna anidada en el toisón de un cordero. Su silueta, fina como el tallo de una flor, pasa por el mundo tornándose más leve que un aliento.

Un día, en Venecia, frente al misterio de los canales, implora silencio a los pájaros marinos y la musical algarabía cesa al celestial conjuro de su voz. En Bolonia, ciudad de li-

turgia y de teología, hace su aparición entre palmas y cánticos que saben a incienso y a reseda, como Jesús en la mañana triunfal de Jerusalén. Se retira a Isola Bella, y ayuna igual que el Nazareno, cuarenta días y cuarenta noches. Y al fin, realizada ya su hermosa misión, se despoja de su envoltorio material, y muere en su adorada Porciúncula, suave, dulcemente, entonando un himno de bienvenida a la hermana Muerte.

Y junto a la exhausta mano que escribiera las incomparables estrofas del **Frate Sole** y de **Il Fuoco**, que acariciara los lamentos del hermano lobo, muda ya la voz hermana del agua y de la brisa y a la que obedecieron hombres, cosas y animales, se ve nacer en torno a su sepulcro la venturosa aurora del Renacimiento. Donatello, el Giotto, el Tiziano, Murillo y cien artistas más, pintan la vida del taumaturgo, ya desfalleciente de amor como en la elegía de Jacinto Verdaguer, ora delirante de entusiasmo y hondo de vida, como en las páginas de la Pardo Bazán, enamorada del Santo de Asís, igual que Teresa de Avila se prendó de aquellos ojos del Galileo, en los que ardía un fuego maravilloso y apasionado, emotivamente tristes y dulces; ojos que iluminaron la sed de belleza del hermano Francisco...

POPAYAN, LA CIUDAD DE ENSUEÑO

LUIS BOSSANO

La sentí a la distancia, como un florecimiento suave de luz, brotando tenuemente de la inmensidad de los campos solemnes. Había un temblor de vida pretérita, un indefinible estremecimiento de emoción vibrando como una onda de misterio en la penumbra. Y fue aquello que hubo de mover mis cuerdas interiores en uno como remozamiento de vida que surgiera al influjo acogedor de la ciudad embrujada, de la ciudad soñada.

Habiame saturado de este ambiente a través de la sugestión de sus poetas y cantores y de nobles libros eruditos de la gran ciudad. Pero, ahora, no fue ya únicamente el vuelo de la vieja simpatía romántica que florecía en goce puro, ni el presentido deleite tornado ya en la visión presente. Aquí las cosas tienen alma intensa, inefable sabor de siglos fecundos, que contagia y subyuga, conmueve y posee la conciencia ilusionada del viandante. Porque privilegio es de Popayán el tener y prodigar suavidades de caricia. Noche incomparable aquella en que me compenetré, me confundí, hasta mis profundas fibras, en el milagro recóndito de la ciudad dormida.

A Popayán hay que comenzar conociendola así. Tienen las noches quietas en las ciudades, el piadoso don de extraer,

de aprehender del alma urbana, cuanto ésta tiene de hondo y amable, cual si fuese su íntimo aliento, exhalado en un espasmo de silencio. Esta vez, la espiritual esencia de la ciudad flotaba diáfana, quintaesenciada de grandeza y de recuerdo, como un revuelo de alas perfumadas. Inmortales figuras heroicas, sabios y patricios, estadistas y poetas, desfilaron por mi memoria —singularmente opresa de emoción— a través de sus calles eternas, penetrando por esos portones españoles, símbolos de una nobleza auténtica, o atisbando discretamente, celosos e insomnes, por entre las rejas temblorosas en que otrora, aprisionar ansiaran una dulce sonrisa de mujer...

Pero he hablado de la Gran Ciudad. Por qué no habría de decirlo? Si escogida no fue ella para sede virreínicia o audiencial, supo mejor y más que esto, magnificarse por sí propia, por su intrínseco valor de creaciones, de gallardos prestigios, hasta alcanzar el soberano señorío del Espíritu, del que ella ha sabido ser prez y lustre, de los más gloriosos, entre sus hermanas de la América.

Y junto a aquella significación de trascendente y magna personalidad, anímica, dijera, que la caracteriza y consagra, lleva también, en facies múltiples, singulares excelencias en sus atributos de ciudad. En este mi incorregible aún de hurgar —tan estérilmente, a menudo— la profundidad convulsa y lacerada de las realidades colectivas, a embargarme llegó la obsesión desconsoladora de la bancarrota del urbanismo, tras el que, con la congestión pletórica de los grandes centros, la única definitiva conquista está traduciéndose en el agotamiento de las generaciones y en la difusión pasmosa del morbo, en espíritu y cuerpo. Y en el final balance, el renglón de rendimiento cultural, de civilización y de confort buscados, se ha anulado y perdido.

Pero, Gran Ciudad ésta, en su noble contenido espiritual y humano, posee además la inestimable virtud de sublimar al hombre sin sacrificarlo. He aquí el raro don de esta urbe apacible y fecunda.

Sin estruendo letal, sin complejidades, sin asfixia, sin actividad deprimente, en Popayán se abriga un ejemplar laboratorio de creaciones; se interroga a la Vida y se sondea y sorprende los latidos del Cosmos o el secreto enigma interior en sus más puros manantiales de verdad o en cristalinos ritmos de belleza. Y siempre, empapado el espíritu de reposo

sereno, de dilecta disposición anímica e influenciado el organismo por un medio físico —clima, suelo y cielo— de suavidad paradisiaca.

Y con su matiz bellamente uniforme, inconfundible, de magnificado tipo colonial, la ciudad está personificando un prístino poema del pasado, viviente aún como por prodigioso anacronismo, pero que también palpita, triunfalmente, en consonancia con los apremios de la modernidad universal.

Cómo es de mirarla, de admirarla, en sus amaneceres, siempre deslumbrantes. Pulcras, llanas, rectilíneas las calles. Encantados refugios de paz, aquí y allá, de límpida vetustez, en sus fachadas y en sus cúpulas. Y qué hablar ya de sus casitas rientes. Señoriales retiros de exquisito arcaísmo colonial, asientos de tradición sagrada, como fontanas de meditación y de quietud; de un solo piso, en gran número, cual si aprisionar quisieran, más de lleno, en sus amplios patios sonoros, un sol perenne. Jubilosa inundación, parecen, de florida policromía, de frescura, de tersura. Y como con amable coquetería, convidando están la mirada indiscreta del transeunte, por sus ventanas siempre abiertas, a penetrar en el deleitoso ambiente de sus habitaciones, resplandecientes y risueñas.

Nada de lo higiénico y confortable, los dones de la moderna vida civilizada, están haciendo falta en esta ciudad de áticos refinamientos, en la que hasta se ha llegado a salvar el punzante espectáculo de los mendigos, cuyo problema aún acosa en otras grandes urbes.

Un cúmulo de factores se ha aunado aquí para suavizar, para sosegar la rudeza de la lucha por la existencia, consolidando —cosa sorprendente en medio del batallar anárquico de nuestros días— el bienestar y la concordia entre las clases. Ni cómo había de ser tampoco, si a la magnificencia de las naturales condiciones de la tierra se ha sumado la pujanza soberana en las calidades mentales, morales y volitivas del elemento humano? Aquí se ha gestado el soñado milagro griego del viejo pensador.

Asentada está engalanando un medio geográfico, el mismo que ya es todo un compendio de brillantes galas. Porque, en verdad, zona es ésta que reúne en sí tanto la soberbia grandiosidad de la Sierra pensativa, como la lámpara del Trópico, suavemente proyectada para irradiar sin daño el há-

lito vibrante de la energía cósmica, aquel calor de vida en que un vidente de la América nuestra hallaría el secreto y la sede donde "los hombres conquistarán la plenitud".

Naturaleza en perpetuo derroche de esplendores, hace prender en los espíritus la divina inquietud de todos los éxtasis. Nunca de aquella pudieran exigir armonía mayor los imaginativos apremios del poeta. Oh! Recuerdos de estética indecible, en aquellas floridas estancias, diseminadas en el valle admirable, verdegueando como con júbilo bajo un sol que acaricia y enciende sin arder! Calibío, historiada y sedante, albergue de dicha serena; Belalcázar, señorial morada de meditación y de grandeza; Campamento, el rincón caricioso y recordativo... No vieron, no pudieron ver ya más mis ojos, inebriados de aquel sol, maravillados de paisaje radiante, de huertos y prados ilimites; abrumados de esa castellana hidalguía de los huéspedes.

Nada, mi palabra insignificativa podría agregar para referirse, para pronunciar el elogio condigno de sus ilustres hombres. Quien sabe de la tierra, de antemano la conoce en todo lo demás de ella; lo grande en el tiempo, su depuración en el espíritu. Ya el sociólogo se adelantó expresando que "el hombre es un pedazo de la tierra", para significar la directa relación que existe entre aquél y las condiciones del suelo de su nacimiento y desarrollo.

Y junto a la portentosa cerebración y singular afinamiento estético que han hecho de Popayán, desde siglos que no han muerto, la más pródiga ciudad en personalidades inmortales entre las de la América española, posee además, como peculiar atributo de encantamiento, la belleza, la gracia y la distinción soberana de sus mujeres. En ellas resumirse puede, sin sombras, toda la dilecta grandeza de este inefable refugio urbano donde la vida sonríe con aromas de égloga.

FILOSOFIA DE LOS VIAJES

V. H. ESCALA

Desde tiempos muy remotos se ha atribuido a los viajes una importancia trascendental que radica en dos aspectos fundamentales de la marcha al exterior: primero, el cariz de aventura adscrito a toda curiosidad geográfica y, segundo, el natural, el espontáneo aprendizaje que se adquiere observando panoramas diversos, costumbres exóticas, modalidades distintas expresadas en lenguas que ignoramos o que apenas balbucimos, denunciando nuestra extranjería. Viajar, sustituir el propio ambiente por otro, realmente extraño, es consagrarse a hacer comparaciones, como lo ha dicho Paul Morand, turista incansable en esta era del automóvil-torpedo, o del avión que devora raudamente las distancias.

El progreso locomotivo del hombre gracias a la fuerza motriz y a la energía eléctrica; la prontitud mágica de las comunicaciones que reduce, a una simple bobina, la redondez anfractuosa de nuestro planeta, han quitado, a los viajes de hoy, la formidable atracción de la aventura. En los tiempos que vivimos, ni Herodoto, ni Marco Polo, ni el capitán Cook, ni los Conquistadores de la Hispania Máxima encontrarían nuevas Cólquides, remotísimas Catays, sensuales Tahitis, ni misteriosos Dorados con los áureos ídolos del Inca, muerto en Cajamarca por la cruel voracidad del porquerizo Pizarro. La aventura en los viajes de hoy, reducida a proporciones íntimas y ridículas, consiste en las dificultades de

los pasaportes, en la áspera fiscalía de las fronteras o en el idilio fugaz con la garzona maltusiana, turista abonada a los barcos de la cinta azul, a los anfibios Sikorsky y a los "Majestics" de 30 pisos!

Sólo el Profesor Picard, enjuto y valiente sabio del país embrujado por Brujas y sus muertos canales, goza el privilegio de la auténtica aventura, en las frías zonas de la estratosfera. Cómo habrá visto Picard, a 18 mil metros de elevación la fulgente pista de la Vía Láctea; con cuáles defensas, para el ojo humano, se habrá acercado a la rutilante Sirio y a ese cinto de Orión que con sus tres grandes luminarias revelando está las tres potencias del Ser Supremo? Con qué pulmón habrá respirado ese aire, ese éter cósmico de las zonas celestiales de nuestro planeta, reducido por distanciamiento óptico, al globo estudiantil que en su Colegio de Malinas, Picard movería con sus manos infantiles y traviesas?...

La aventura, como elemento básico de los vajes, fue emoción fugaz en el raid trasatlántico de Linbergh, y hoy es cosa privativa del belga Picard.

Afortunadamente queda a los viajes el segundo elemento, o sea el trabajo forzoso de las comparaciones, que por su amplitud e inmediata utilidad, es el más importante de los dos. A poco de separarnos de nuestro habitual terruño, en cuanto el ojo constata la reducción de los familiares contornos, comienza el subconsciente del turista inicial a cumplir una labor de cálculo aritmético: en primer lugar, la apreciación de las millas, de los grados geográficos, y por último el recuerdo que trata de conservar, con magia animica o con elementos representativos, el terruño, que ya sólo es un punto de tangencia en la circular superficie terrestre. A seguidas de este primer período, de este inevitable conflicto con la distancia y la soledad, que aspira a devolvernos al punto de partida y enraizarnos con lo nuestro, surge la subversión psicológica de la curiosidad, y es así como el viajero acondiciona en su espíritu un campo de lucha entre lo que le es conocido y amado, y entre lo que no conoce y desea ardientemente penetrar. Fue, sin duda, en este momento, en este curioso estado de ánimo que exclamó el jacobino: "No se lleva la Patria en la zuela de los zapatos". Años más tarde, el ilustre humanista don Andrés Bello, tan reverenciado por

el pueblo de Chile, no pudo menos que exclamar recordando en Santiago las tibias y verdes riberas del Guayre: "Patria?... Naturaleza da solamente una".

A consecuencia de este proceso espiritual el turista, quieras que no, continuará su marcha por el campo de las comparaciones, empezando por realizar la más sensible, la de los climas y sus temperaturas. Lanzará sus ojos, por acción refleja, al vasto palio celeste: si de día, azul o gris; si de noche, estrellado o luctuoso. Cielos como los de Nápoles, Estambul, Los Angeles, Caracas, La Paz y los diáfanos, frescos y ultraviolados de las mañanas quiteñas, ahondarán fuertemente el deseo del turista por gozarlos en su burgo nórdico, sobre su pampa arenosa y sofocante, o en su fiord de la fría e interminable noche semestral...

Constreñido a este plano superior del paisaje, por poca que sea la curiosidad del viajero comparará, en cruzando nuevas latitudes, los aspectos diferentes de la naturaleza en lo vegetal y animal. Admirará las orquideas del trópico, el oro esférico de las naranjas y la piel apoliedrada de las piñas. En el campo animal, la estridencia parlera del perico, uniformado siempre de académico francés; la acrobacia del mono, Tarzán auténtico de la zona tórrida. Elogiará, en el norte, los tulipanes de Holanda; los rubies agrídulces de las guindas; la faz, matarife y roma, de los bull-dogs; la algarabía, ingenua y confiada, de los gorriones parisinos. Su primera acción comparativa enfocará detalles de importancia biológica, como ser el clima y sus principales conductores: el aire y el agua. Apreciará de inmediato los elementos más típicos de la nutrición, en lo vegetal y animal. Si ha de comer en Francia el lenguado que ya dió fama al restaurant Marguerite, comparará su sensación gustativa con las que le dieran nuestro brujo de Salango, o el pejerrey de Chorrillos o el congrio colorado de las aguas chilenas. Si en Nueva York le han servido la delicia perfumada y acuosa del meloncito "cantalaup", hará distinción inmediata con el de Córdoba, de corteza verdusca y gitana, con el esferoidal que en Valparaiso llaman "escriturado", y con el tan odorante y meloso de Valencia, la venezolana.

Observará también el trepidar de los puertos, por donde los países industriales derraman los productos de su energía creadora. Se pasmará ante el torbellino acerado de Nueva

York, o ante la charada neblinosa y vastísima de Londres; y si el viajero estuvo poco antes en Quito, ciudad que según uno de sus vates ostenta todavía "su sayal y su guitarra", añorará de seguidas el dulce far niente, la perfección poetizada de la haraganería que, tanto en la mañana como por la tarde, acusa relieves humanos en los poyos de la Plaza de la Independencia; y entonces, filosofando un poco, se preguntará el viajero ¿quién es más feliz? si el ciudadano neoyorkino que trafica a una velocidad de cien pasos por minuto, o el fidalgo quiteño que en su plaza colonial escucha sentado, desde las ocho hasta las doce del día, el desfile, sin regreso, de las horas...

Viajar es alejarse de su propio ambiente. Viajar es salir a hacer comparaciones. Viajar es pegar al propio sér etiquetas policromas de los momentos dulces y amargos. Viajar es cosa útil, muy útil, aunque no siempre agradable.

Los compañeros de la niñez, los alegres camaradas universitarios, la novia para la que hubimos soñado un mundo de dichas se tornan, a la distancia, casi borrosos; y ocurre entonces que sean poco menos que extranjeros los que vuelven de los antípodas, quienes ni siquiera cuentan con la fidelidad anciana del mastín de Ulises. Ese es el castigo que da la Patria a sus hijos andarines, a quienes sufrieron y gozaron con las lenguas extrañas, con los climas distintos, con la punzante saudade y con la diaria obsesión del Recuerdo, porque naturaleza no da más que una, una sola Patria, según exclamó Don Andrés Bello en momentos en que aspiraba, en una taza de café, todo el perfume de su rica, de su varia, de su heroica tierra venezolana.

Quito, 17 de noviembre de 1938.

PRELUDIO DEL FAUNO A LA TARDE

FERNANDO DIEZ
DE MEDINA

A la caída de la tarde, lejos del sur de las pasiones, vagamos por la senda. Todo es claro, sencillo, gozoso. El paisaje hieren los sentidos con nobles estímulos que brontan de profundidades misteriosas. Y en el vaso intacto de la tarde tiembla un agua tan pura como si las cosas fueran a entregar su secreto.

De pronto un caramillo rompe la serenidad agreste con el juego armonioso de su risa. Una encantada suavidad trae su voz ligera que se acerca, se aleja, nos desvía del camino y concluye por llevarnos a la linde sombría del bosque.

¿Qué instante penetramos a su interior? Es difícil decirlo. Absortos en el son del caramillo dejamos de rodar por el sendero, inadvertidamente, para invadir el mundo cerrado de la selva donde impera la voluntad libre y desatada de la música. La voluntad pura, presentida por el hosco Schopenhauer.

Por la cabellera espesa de los árboles filtra el sol sus rayos de oro trémulo. Las líneas ágiles de las ramas ondulan en lo alto, ebrias de cielo y libertad. A veces hablan las sombras. A veces callan las sombras. Por los senderos dispersos se pierden los vagos pasos lerdos de alguien que está en todas partes y en ninguna. El bosque está henchido de incitaciones, cargado

de sorpresas. En este universo vegetal que esconde rápidamente sus colores al contacto obstinado del crepúsculo, surge el cuerpo apto y membrudo de Fauno, erguido en las capriñas patas, ceñido el rostro por fina barba rubia, cruzada la sonrisa de un júbilo sensual y primitivo.

Al son incitante de la flauta despierta el bosque con gracia contenida; se desatan sus calladas fuerzas; y ahora es como si rasgáramos el velo de la tarde para sorprender el lauto secreto de la vida vegetal. Afluyen ruidos, se agolpan voces tumultuosas, el grito libre y fuerte se trenza con el murmullo de las hojas. La disonancia irrumpe bruscamente trozando el ritmo del conjunto. Saltan las voces, juegan, se otropeñan, se afirman en continuada oposición. Cada vivencia es una aspiración de sonido; cada sonido una energía en plenitud de gozo. Ascenden los rumores, se confunden en el juego vivaz de sus pasiones. Nos parece que todo es por sí mismo. El hombre no ha introducido el método en el júbilo vigoroso y desordenado del bosque, de innumerables voces alocadas, que es el espíritu puro de la música despojado de ordenaciones constructivas. Así, libre y puro, sería el camino herido por la fina sandalia de Walter de la Vogelweide, melancólico "minessinger" del Miltrescientos que recorría los bosques amando a los pájaros y combatiendo a los hombres.

Si la persistencia de un gran clamor parece ahogar los sonidos menores, resuena otra vez el caramillo como una línea finísima resaltando sobre la densa malla del conjunto; y su noble son vibra serenamente junto al acento apasionado del clamoreo que se escurre, se aleja y retorna para oponer su salto dionisiaco al llamado apolíneo de la flauta. Se diría que invadimos una zona enigmática; que un nuevo espíritu asoma al filo del instante para decir su mensaje. Más allá de la melodía familiar, detrás del sonido frecuentado, irrumpe una tensión sonora voraz y desatada, enigmática y brusca, poliforme y sutil a un tiempo mismo. Las voces surgen repentinas con el esplendor de relámpagos vivaces. Nos obsede una sensación de ligaduras rotas, como si las cosas dijieran de otro modo su lenguaje. Y los sonidos se revisten de un claro encantamiento, más bello cuanto más extraño; más puro cuanto menos esperado.

—¿Escucháis la voz melancólica de las arpas?

—Son las cuerdas flexibles de las lianas.

— ¡Qué hermoso el "crescendo" de las trompas junto al vibrar de los timbalos!

— Son los árboles que claman bajo el viento y responden a los grillos agudos del crepúsculo.

— ¿Y ese llanto de violines?

— Las hojas que imploran por la ausencia del sol.

— ¡Qué puro es el sonido que se retuerce en el flanco de los cobres!

— Es el chasquido del aire en las grietas de los troncos.

— ¿De dónde esas voces graves que recuerdan al órgano?

— Rumores que ascienden de la tierra, de honduras subterráneas.

— ¿Y ese piano que fuga como el agua?

— Las ninfas, que cruzan por la fronda y rozan con sus desnudos cuerpos los lirios resonantes.

Estamos en la hondonada umbría del ramaje, escuchando el acento innumerable del sonido que gira en la danza triunfal de alegría, ebrio de evasión; porque la música del bosque es eso: evasión persistente y clamorosa, que despliega el delirio de sus claras imágenes sobre el fondo nocturno de la sombra en reposo. Clarificada el alma, solo aspiramos a prolongar el noble encantamiento. ¡Qué climas de ternura en el de los contrastes.

ágil juego de las disonancias! ¡Qué frescura en la irrupción

De súbito nos oprime un temor angustioso. ¿Cómo retener este centro sonoro que se desplaza sin medida? ¿Dónde hallar el secreto que fije las fuerzas dispersas que lo animan? La naturaleza es implacable; nos anega con sus presencias increíbles, pero esconde obstinadamente el mundo enigmático de sus acultas relaciones. A veces, por el amor, se entrega, entre millones, a pocos: detrás del color y de la línea, Monet sorprende el valor del tejido cromático; detrás del ritmo y del tema, Mallarmé capta el tejido simbólico del verso. ¿Quién descubrirá detrás del mundo convencional de los sonidos, el tejido sonoro que exprese la libertad anárquica de las voces, el puro impresionismo musical que oferte sugerencias inéditas al oído?

Entonces llega un hombre con paso firme y lento. Se inclina ligeramente sobre la tierra para recoger las sonoridades del bosque. Toma contacto con la mágica atmósfera y al conjuro de una varita que lleva en la diestra, las voces des-

cienden, se atenúan, se truecan en rumores desvaídos apagándose por último en absoluto. Ausente de sonidos, despojado de imágenes, el bosque ha quedado silencioso. Huyó el Fauno. Calló el caramillo. Sólo en la urdimbre vaga de las sombras, flota la voz culta del silencio. Abandonamos nuestro refugio en pos del misterioso desconocido; pero al voltear un recodo lo perdemos de vista.

Pasarán muchos días. Cruzarán muchas noches bajo el arco profundo de los cielos. Alguna vez, al contemplar la arboleda distante de la selva, con la nostalgia del recuerdo que retorna, veremos al hombre misterioso cruzar por el sendero, mientras su varita esparce las limpias sonoridades del alma vegetal, aprisionada en esa extraña y polifónica irrupción que se llama "Preludio del Fauno a la Tarde". Claudio Debussy está con nosotros.

La Paz, Bolivia.

BIBLIOGRAFIA

ANTONIO MONTALVO

BREVE HISTORIA GENERAL
DEL ECUADOR

Oscar Efrén Reyes

Imp. de la Universidad Central
Quito—Ecuador—1938.

Acaba el escritor y catedrático don Oscar Efrén Reyes, de aportar a la historiografía ecuatoriana esta nueva obra, llenando un vacío de calidad en campo tan árido y enmarañado.

La prisa de la vida contemporánea, la necesidad de beber conocimiento en el arsenal del pasado, en la forma más comprimida y acelerada, la urgencia de poseer fuentes inmediatas y verídicas para la información histórica, hacen que en esta rama de la especulación intelectual, como en las demás manifestaciones de la cultura, se proceda con un nuevo método de trabajo que llene estas exigencias.

Este método, difícil de practicarlo por las cualidades virtuales que presume, el de la síntesis, es el que el historiógrafo señor Reyes ha empleado en la elaboración de la obra que nos ocupa, el cual le ha permitido acoplar en un solo volumen un largo período de la historia ecuatoriana, que hunde sus raíces, como toda historia, en las capas matrices de la prehistoria.

Cuatro ciclos de la historia ecuatoriana están tratados en este primer volumen del profesor Reyes: la antigüedad, los aborígenes, la conquista española y la Colonia. La reconstrucción de estos períodos, está hecha a base de la más exacta veracidad, que, excluyendo lo que no deja de haber en toda obra de la índole, el paramento y frondosidad narrativa y detallista, se concreta a la re-creación de los hechos, naturalmente con el matiz crítico que el pensamiento del autor han querido imprimir, sin desvirtuarlos en su esencialidad.

Consumada la veracidad de los hechos históricos, al historiógrafo actual no le queda sino interpretarlos según son las exigencias del tiempo y condensarlos en forma tan accesible para que puedan asomar en toda su verdad al conocimiento de las nuevas generaciones. Tal cosa ha podido realizar, en esta obra el profesor señor Reyes, y con la cual ha facilitado ampliamente el estudio de la historia ecuatoriana.

Pero su valor fundamental no reside solamente en haber condensado los hechos históricos, sino en la original interpretación crítica con que han sido reconstruidos. En este sentido no es un nuevo tratado de historia, mas si una nueva interpretación de ella. Capítulos como los que tratan de la moneda, de los precios y salarios y otros, reveladores de una serena investigación y comprobación, confirman, también, una moderna manera de enfocar los hechos históricos, estudiados en su esencialidad real.

GLOSARIO DE AMIEL

Reflexiones sobre la timidez

Réplica al doctor Marañón

Juan Pablo Muñoz Sanz

Imprenta Nacional

Quito—1936.

"Quien escribe hoy para enseñar algo a nadie? Lo que este libro contiene lo saben todos, y mucho merecerá sonrisas desdeñosas. Bien. Sus páginas son un adiós melancólico a ciertas predilecciones —hombres, ideas cosas— mías del tiempo mozo, irresignables a naufragar en olvido, antes bien, temblando como alas que se hunden traviesas en fondos marinos, para agonizar luego entre algas, peces, y guindolas vacías".

Con esto, el autor del presente ensayo biográfico, artista de calificado valer y escritor de relieve, Juan Pablo Muñoz, ha querido justificar la aparición de una obra, interesante, en verdad, no tanto por el personaje de quien se ocupa, cuanto si por la inteligencia y originalidad con que está hecha.

Enrique Federico Amiel, hombre de principios del siglo pasado, producto de una etapa de la era capitalista europea, cuya imagen intelectual es, no podía tener proyecciones al futuro. Su caso, como el de toda aquella falange de místicos, ascetas, solitarios que florecieron por generación espontánea entonces, no es sino el más completo paradigma de un estadio histórico de relaciones sociales, caso que, por lo ejemplar y perfecto, ha interesado a la ciencia, para sus especulaciones clínicas, que, no han logrado, sin embargo, establecer gene-

realizaciones que confirmen su verdad científica. Cada jalón de vida de la sociedad va ineludiblemente conformado a peculiares condiciones de existencia. Estas condiciones de existencia modelan a la vez la condición social del hombre, la que, por su parte estructura su calidad fisiológica, psicológica y mental. Colocar, pues, al solitario del Leman en su momento histórico, no es sino retroceder en el tiempo para, confirmando el proceso de la historia, o mejor, el camino del hombre por la historia hecha por una clase de hombres, o, también, por hombres de una clase —la dominante—, confirmar los fenómenos psicológicos o patológicos, originados por una determinada situación social de vida,

Exhumado Amiel —“tema extemporáneo en esta hora estremecida por alta fiebre de actualidad”, como consigna Juan Pablo Muñoz— de su entierro secular, resulta, en verdad, esporádico al ritmo de las preocupaciones intelectuales contemporáneas. El fraile laico cuya psicología y mentalidad, se explican mejor sociológica que psicoanalíticamente, no ofrece irradiaciones que llamen grandemente la atención de las generaciones modernas, movidas por distintos apremios. No fue un héroe, no fue un sembrador de ideas, ni un luchador. Fue sólo un “espíritu superior”, con la negación de sus calidades virtuales, sin proyección ni comunicación posibles. Fue un “solitario”. Un “dios” quizás —Aristóteles decía que el hombre, fuera de la sociedad, es un dios o una bestia— sin perennidad de culto ni adoración. Su figura, apenas hoy no sirva más que para evocar una jornada de historia humana, remover en la conciencia de la actualidad una evocación de asombro hacia una época lejana que frustró la vida de un hombre, que pudo ser preciosa para la humanidad.

Sin embargo, la inteligencia y dones artísticos de Juan Pablo Muñoz, la flexibilidad y viril lirismo de su estilo, su fuerte ilustración, su pensamiento buzo de profundidades filosóficas, han hecho de esta obra una re-creación biográfica de verdadero interés, al menos para establecer las comparaciones de tiempo, críticas, que ella sugiere.

CHOLOS

Novela

Jorge Icaza

Imprenta Romero

Quito—Ecuador—1938.

Contra todo lo que el “cretinismo ortodoxo” —intelectual se entiende— diga, adentro o fuera del país, para restar mérito al incontrovertible movimiento revolucionario de la literatura actual del Ecuador, la verdad es que día a día podemos constatar su enriquecimiento con

obras de la nueva generación, que ha proyectado sus nombres a la cardinalidad continental, confirmando la encarnación de una nueva época, que en la expresión superestructural del arte ha encontrado su intérprete mejor.

La novelista ecuatoriana, y en esta, la novela social especialmente, ha echado fuertes raíces en el proceso intelectual contemporáneo. Jorge Icaza, uno de los escritores que en primera línea, clavó aquí, en nuestros Andes equinocciales, la bandera de la insurgencia artística, con su primigenia novela HUASIPUNGO, acaba de jalonar su trayectoria literaria con esta nueva obra CHOLOS.

En esta novela, cuya base temática,—parecerá, a simple vista, una variación de HUASIPUNGO y EN LAS CALLES,—vuelve a clavar sus raíces en el seno del proletariado campesino, Icaza comprueba, una vez más, su recia y renovada envergadura de novelista. Su poder de observación y asimilación que le permite insuflar a sus personajes de tal fuerza de vida—que dan la impresión de verlos accionar realmente—, se confirma en esta obra. Paisaje, medio natural y naturaleza del hombre están firmemente interpretados, con la fuerza ambivalente del escritor que para transvasar la realidad a una forma artística tiene que ser a la vez autor y espectador del drama que traduce.

Si la novelística ecuatoriana actual conlleva en sí la condición de un nuevo realismo, este realismo, que lo mismo atañe al arte como a la política, y que debiéndose a la verdad de un estadio social nuevo, no reconoce antecesores, hasta aquí, no tiene mejor intérprete y realizador que Jorge Icaza. Auténtico trasplante de la tragedia que viven las capas bajas del proletariado. Convicción ideológica del arte, sin la más leve sombra de dubitación. Seguridad técnica y módulo estilístico en unidad de armonía realística, son las calidades de este escritor, que se evidencia nuevamente en CHOLOS, fuerte novela revolucionaria, por la inobjetable verdad de su contenido temático.

BALDOMERA

Novela

(Tragedia del cholo americano)

Alfredo Pareja y Diez Canseco

Ediciones Ercilla

Santiago de Chile—1938.

Alfredo Pareja es otro joven escritor de la nueva generación ecuatoriana. El novelista, principió en EL MUELLE, a la cual siguió LA BELDACA, y, hoy, BALDOMERA.

No debe sorprender el hecho de que tratando la novela actual del Ecuador, cuya filiación revolucionaria no se discute, de sacar a flote la realidad de un mismo contenido social, la temática de ésta sea común a la conveniencia artística. Por esto que hayan módulos coincidentes y parecidos, por esto que existan semejanzas y similitudes tanto en la finalidad artística, como en el procedimiento técnico, por esto también que, se vea la existencia de un método de elaboración, —el método realístico— y hasta de un estilo que se parecen entre sí, y se ligan con los lazos de un mismo parentesco, estético en este caso.

Baldomera, como CHOLOS de Icaza, realiza un objetivo artístico definido: el de trasplantar a la literatura la vida —resuelta siempre en tragedia— de una clase proletariada del Ecuador, que se debate entre las garras de su miseria económica y sus vehemencias de liberación. El novelista, en este caso, como intérprete de la realidad, no hace sino reflejarla lo más fielmente posible, lo más crudamente que se quiera. Por esto, también, que la novela actual conlleve una característica: su crudeza, que, en última instancia, no es sino la crudeza, el dolor de toda tragedia social.

Otros son los paisajes —que Pareja sabe pintarlos admirablemente— otra es la zona geográfica, otros, sin embargo, los personajes de la BALDOMERA. La acción de ésta se desarrolla citadinamente, en Guayaquil, y su dintorno litoral; mas, como el conflicto humano es idéntico, idénticos son los cuadros dramáticos, es decir, idéntica es la psicología del drama. No es raro, por esta circunstancia que semejante gráfica novelística, "al desnudo", hiera la jesuita honestidad de cierta gente a quien gusta sólo las cosas "buenas". Pero ya, Goethe sentenciaba: "llama a las cosas por su nombre. Escribe esto para los habitantes de la tierra y que les sirva de lección. Si las cosas son malas hay que llamarlas por su nombre".

BALDOMERA, con todo, es una admirable novela. Sus personajes quedan grabados, con vida propia en el escenario vernacular, con proyección de ecumenidad, sin embargo, en gracia de la fuerza de humanidad que los anima.

VELORIO DEL ALBANIL
Augusto Sacoto Arias
Cuadernos del Mar Pacifico
Lit. e Imprenta Romero
Quito. Ecuador—1938

No es posible, evidenciado el viraje de rumbo que, en general ha tomado la cultura, y en esta sus manifestaciones señeras: la ciencia, el

arte, la literatura, seguir aupando la vigencia de ciertas aberraciones conceptuales que fueron bien llevadas en su época. No es posible, tampoco, fomentar el confucionismo en cuanto a ideas estéticas se refiere. El campo del arte, como el campo político, deben estar escindidos.

No hay poesía pura. Como no puede ser, todo lo que en verso se escribe, pura poesía. Como no hay novela, ni drama ni épica puros. Cuál es la poesía pura? La de los sentimientos la romántica, la mística, la metafísica? La poesía deshumanizada?

Todo el contenido o los motivos del arte, la poesía incluso, toman su material de la naturaleza y de la humanidad, de la sociedad. Hasta las mismas ensoñaciones y fantasías no nacen de otra fuente matriz, sino de la realidad. Shakespeare sabía esto cuando afirmaba: que: "la realidad es la materia con que se forjan los sueños". Si esto es así, deshumanizar el arte, para "purificarlo", es eludir el filón más rico para el trabajo artístico: el hombre y su espíritu, que no está en las nubes, sino, "telúricamente", en él mismo. Es, como lo quiere Blanco Fombona, cuando fulmina a la deshumanización y a los deshumanizadores, incurrir en un vicio solitario.

Aquí está este poema dramático de uno de los mejor estructurados poetas jóvenes del Ecuador, Augusto Sacoto Arias. No es "Velorio del Albañil", una muestra, ni modernizada siquiera, de poesía pura. Mas, si es lo contrario: pura poesía. Su contenido argumental no puede ser más humano: la tragedia del albañil. Tejida, no en las enmarañadas y eternas redes de Penélope, más sí en un eterno ritmo lírico, trasuntador de imágenes preciosas, a las que ha ennoblecido el fuego de poesía que sólo al poeta le es dado tener.

Poesía nueva la de este poeta. Por su contenido y expresión formal, y, más que esto, por la fuerza de emoción que surte de un drama cotidiano, ininterperatado, hasta hoy, por surgir de una cantera que no se había incorporado al arte: el trabajo.

PSICOANÁLISIS SEXUAL Y SOCIAL

Elías Castelnuovo

Edit. Claridad—Buenos Aires—1938.

Por primera vez, al menos aquí en América, que sepamos, acaba de publicarse una obra fundamental que encara en una forma nueva y profunda el problema del psicoanálisis, para colocarlo en el sitio que le corresponde.

La ciencia psicoanalítica, o, sus experimentaciones, como método de análisis de la psicopatología contemporánea, ha venido haciendo irrupciones ecuménicas en las literaturas de los últimos tiempos. Gracias a esto, la divulgación, uso y abuso de los "complejos", para explicar las aberraciones y deformaciones "innatas" de la sexualidad, y sus repercusiones en la conducta, en el espíritu y en la vida mismo del hombre, han podido alcanzar asombrosa popularidad. Por eso que, nadie ignora hoy, psicoanalíticamente, que las neurosis, las alteraciones mentales, las descomposiciones del alma, tienen su origen científico en una cualquiera de los "complejos", el de Edipo, por ejemplo, al que se le atribuye el mayor porcentaje de los males del hombre.

Mas, por otro flanco, sabemos, también, que la patología, la psicología, no son productos aislados del hombre, ni el hombre es un producto aislado de la sociedad en que vive. La sociedad es la que forja al hombre y estructura "a su imagen" su unidad anímica: psicología y patología. Por esto que, la ciencia psicoanalítica, con todo ser ciencia, no logra explicar filosóficamente la estructuración de la sociedad y en esta la conformación bio-psíquica del hombre. Puede sí explicar la trayectoria psicológica de la historia, científicamente.

Eliás Castelnuovo, luchador con vida y obra ejemplares, pensador de recia contextura mental, inexpugnable defensor de su credo político-social, con esta obra que sorprenderá, sin duda a las cofradías intelectuales del psicoanalismo, afronta con la más honesta seriedad intelectual las tesis psicoanalíticas de las teorías freudianas; y las afronta, no científicamente, sino desde de su trinchera de vista ideológica: sociológicamente, haciendo una discriminación y examen dialéctico y crítico de su contenido fundamental.

"Psicoanálisis Sexual y Social", obra de nuevas suscitaciones, por el valor de su contenido filosófico tiene que llamar grandemente la atención de las juventudes intelectuales de América.

LA RAZA SUFRIDA

Carlos B. Quiroga

Edit. Ercilla—Santiago—Chile 1938

Asomó esta novela hace dos lustros quizás, cuando la *intelligensia* literaria americana había, algún tiempo ha, principiado a reaccionar contra esa fiebre europeizante o de europeizamiento intelectual que hacía aparecer al movimiento artístico de América, allí donde éste se hacía perceptible, con el estigma de un colonialismo o de un rastacuerismo vergonzoso y punibles.

Esta obra del escritor argentino Carlos B. Quiroga, vino para afirmar más que el sentido nacionalista de la corriente literaria que había tenido ya en Hernández, Güiraldes y Larreta sus mejores representantes, la realización artística del americanismo literario: esta conciencia de arte americano que hizo volver los ojos de nuestros escritores —de nuestros poetas menos— hacia lo que por un snobismo alucinatorio, dejaban de ver y conocer: nuestra realidad desnuda y elocuente. Es decir, la naturaleza y el hombre americanos.

Carlos B. Quiroga fue y es uno de los escritores americanos que vieron y conocieron esta realidad, auténticamente. Y decimos auténticamente porque él sí ha visto y conocido la realidad americana —en lo que le ha sido dable plasmar artísticamente— con ojos y sentimiento de americano; porque conocemos y existen casos de escritores americanos con ojos, *sprit* y hasta medios de expresión extranjeros.

No es pues suficiente que el escritor americano, conozca y escriba sobre lo que es nuestro, para ser americano. Es necesario que sienta esa realidad de que hablamos, con sentimiento y conciencia americanos; y, aun más: de que esa misma realidad alcance, una vez transvasada a la forma artística, esa estructuración armoniosa, ese ritmo de perfección, de naturalidad y originalidad que hacen que una obra literaria —una novela en este caso— nos de la impresión de ser un reflejo vivo y emocionado de la vida y de la naturaleza.

Carlos B. Quiroga, con su novela "Raza Sufrida", que —en cuidada edición de LA ERCILLA, y definitiva— acaba de aparecer nuevamente— enriqueciendo el tesoro literario argentino ha vigorizado lo poco que hay de literatura— de novelística más precisamente— americanista en América, ha probado que cuando hay fuego artístico y espíritu escrutador, se puede desentrañar lo que nuestros ojos— cansados, tal vez, de contemplar los propios paisajes naturales y humanos, encerradores de tanta fuente de emoción artística— no quieren, por ojos de indo-americanos, desdeñosos y soñadores, ni han querido mirar alrededor.

No es, dice Francis de Miomandre, esta novela un alegato ni una reivindicación. Sistemática ni tácitamente no es, no puede ser. Entendemos que la orientación estética actual, empujada formidablemente por la fuerza dialéctica que difunde la nueva estructuración de la sociedad, hacia nuevos ordenamientos técnicos, abrirá para el arte y la expresión literaria, senderos de múltiples posibilidades; pero creará, como está creando, nuevas exigencias para la elaboración artística. Pero, para ser lo que es "Raza Sufrida", le basta con lo que ella sugiere y emociona. Si revelaciones que entrañan elocuente emoción social, como en la descripción de las figuras de Quipildor, Cicharro,

Tadeo Cumbita, Daniel Muñoz no sobran para que la novela de Quiroga, haya, con perfección artística, revelado la condición social de ciertos grupos humanos de los Andes argentinos; si en la fijación de sus cuadros folklóricos, vivos en fuerza de la emoción humana que los insufla, no estuviera aprisionada implícitamente, todo un problema vital de relaciones sociales, revelador de un estadio económico y cultural, o incultural; si todo esto no constituyera un documento social, allí está el descubrimiento artístico de los Andes argentinos, reflejados en toda su grandeza, esculpidos con maestría, y, los cazadores de chinchillas: esos montañeses mimetizados con la nieve y los furores cordilleranos, esos entes humanos —raza sufrida!— admirable en su rudeza fisiológica, a quienes recientemente conocimos, integradores, sin embargo, de un conglomerado social: naturaleza y hombres re-descubiertos a la vida del arte. Allí está América, en una parte de su geografía física y social, que hasta hoy, sólo a Carlos B. Quiroga, por el poder de su genialidad artística le ha sido posible estructurar en una obra literaria perduradora, con olor y sabor americanos.

NOTAS EDITORIALES

MENSAJE A LA CONFERENCIA PANAMERICANA

El 11 de diciembre, el Grupo América, dirigió a la VIII Conferencia Panamericana de Lima el siguiente Mensaje:

Señores Delegados a la VIII Conferencia Panamericana

Lima — Perú.

Es el momento más oportuno en que el Continente Americano debe mostrar a la faz del mundo el poder creador de la asociación de los Estados, cuando les inspira el reconocimiento de la igualdad de posiciones orgánicas y de la consiguiente supremacía del derecho. Frente a expectativas que en el Viejo Mundo parecieran ser el indicio de una inspiración contraria, América necesita definir, con vigor y sin falsos idealismos, las líneas severas de su personalidad, dentro de una política de mutua inteligencia y de solidaridad progresiva. La política del Nuevo Mundo no puede encuadrarse en el duro marco histórico de un sistema de equilibrios nacionalistas y de paz armada, donde la guerra —arbitrio de barbarie— es una solución, posible de retardar, pero no de evitar.

Y, como la interdependencia de los pueblos es otro hecho de la historia moderna, América debe, también, estructurar su conciencia de Continente nuevo, llamado a influir en los elementos políticos y morales de que dependen en gran parte las concepciones y direcciones an-

tagónicas que, de todos modos, complican y amenazan el primado de la democracia. Nuestra misión continental es construir una cultura en la cual el libre desenvolvimiento de las comunidades autónomas y la renuncia de métodos que acusen espíritu de absorción y preponderancia, garanticen el anhelo de todos los pueblos de vivir su propia vida.

Por esto, el Grupo América, consecuente con su lema y sus postulados culturales, cree de su deber, en momentos en que se desarrollan las labores de la VIII Conferencia Panamericana, Organismo que ha de tratar los problemas fundamentales de nuestros pueblos, llevar su voz con las siguientes sugerencias, que aspiran a interpretar un deseo común a las juventudes de América:

Primera.—Propender a la más adecuada constitución de un Organismo Jurídico Americano que, inspirado en ideales de paz y en propósitos de unión y de fomento de la cultura de América, vele por sus comunes intereses y destinos y proporcione un amplio Foro para la audiencia de controversias internacionales, de modo de desterrar en las relaciones entre los pueblos del Continente, toda alegación que pretenda consagrar actos de conquista y de violencia.

Segunda.—Como paso indispensable para fortificar aquel propósito y para remover el único conflicto incompatible con una forma realmente unitaria de integración de anhelos y procedimientos americanistas, auspiciar con sentido práctico el curso de los arreglos de límites ecuatoriano-peruanos, patrocinando fórmulas ampliamente jurídicas, concordes con la doctrina que ha informado la vida del derecho en América y a las que reiteradamente ha ocurrido el Ecuador.

Tercera.—Planear un sistema de relaciones económico-políticas, de suerte que la gestión de los gobiernos y las actividades de los pueblos en el Continente sean en lo posible complementarias, no de competencia o de rivalidad, e informar consiguientemente en ese criterio la defensa e integridad de las propias fuentes de riqueza.

Cuarta.—Favorecer la creación y eficaz funcionamiento de entidades americanas cuyo esencial objetivo sea el mutuo conocimiento e intercambio de sus valores culturales, para que la misión de América en la historia alcance el relieve debido y una influencia bienhechora.

Fundadamente confiamos en que la VIII Conferencia Panamericana, reunida en Lima, fiel al cumplimiento de las obligaciones que se ha impuesto y consciente de la responsabilidad histórica que le incumbe, sabrá llevar a término la realización de las sugerencias enunciadas, contribuyendo así a consolidar la posición y los destinos del Continente Americano.

Quito, Ecuador, Diciembre 11 de 1938.

Hipatia Cárdenas de Bustamante, Julio E. Moreno, Oscar Efrén Reyes, Juan Pablo Muñoz Sanz, Emilio Uzcátegui, Isaac J. Barrera, Antonio Montalvo, Jaime Barrera, Luis Bossano, Jorge Pérez Concha, Víctor Hugo Escala, Ignacio Lasso, Jorge Escudero, César Carrera Andrade, Alfredo Pareja Diez Canseco, Augusto Sacotto Arias, Alfredo Martínez, Augusto Arias, Secretario General.

RECEPCION A NUEVOS SOCIOS DEL GRUPO

A mediados de Enero, en acto especial, serán recibidos en el seno del Grupo los nuevos socios señores doctores Emilio Uzcátegui, Abel Romeo Castillo, Remigio Romero y Cordero, Angel F. Rojas, don Jorge Pérez Concha y don Jaime Barrera, ecuatorianos y señor doctor Ricardo Levene, argentino; Carlos Sabat Ercasty, uruguayo; Roberto Agramonte, cubano; y Alcides Arguedas, Juan Francisco Bedregal, Julio Tellez, bolivianos, estos últimos propuestos por nuestro consocio señor don Hugo Moncayo, Consejero de la Legación del Ecuador en La Paz.

NUEVO CICLO DE CONFERENCIAS

También, en el mes de Enero se desarrollará el nuevo ciclo de conferencias de divulgación cultural del Grupo, en el que tomarán parte los consocios señores don Julio E. Moreno, doctor Augusto Sacotto Arias, don Ignacio Lasso, doctor Jorge Escudero, don Demetrio Aguilera Malta y don Jorge Pérez Concha.

VALIOSO OBSEQUIO BIBLIOGRAFICO

El Gobierno de la República de Guatemala, en prueba de comprensión cultural y de amistad, acaba de incrementar el acervo bibliográfico de nuestra Biblioteca de Autores Americanos, con la donación de 94 volúmenes de obras de autores guatemaltecos, enviados por intermedio del Excmo. señor Ministro de Relaciones Exteriores de Guatemala. La entrega de tan importante obsequio, que estimamos en su pleno valor, nos fue hecha por el Cónsul de Guatemala en esta ciudad, señor don Manuel Mena Caamaño.

LIBROS PERUANOS

El Excelentísimo Ministro del Perú, don Enrique de Goytisolo B., entregó, a nombre del Gobierno, también para incremento de nuestra Bblioteca, 24 volúmenes de obras de Historia, Geografía y Literatura peruanas, obsequio por el cual nos es placentero dejar constancia del cálido agradecimiento del Grupo América.

DALIA INIGUEZ

A su paso por esta ciudad, nos fue muy grato recibir en el local del Grupo a la inteligente recitadora cubana y alto exponente de la cultura de América, Dalia Iniguez, quien fue objeto de la más unánime manifestación de simpatía por parte de los miembros del Grupo América. La fiesta fue realizada con la presencia de los representantes diplomáticos de Cuba y Venezuela y distinguidas personalidades de nuestra sociedad, representaciones de las sociedades culturales, elementos intelectuales, y amenizada por la orquesta del joven artista don Humberto Jácome, con bellos números de música vernacular.

INSTITUTO CUBANO— ECUATORIANO DE CULTURA

Es digna de todo aplauso la feliz iniciativa de la Asociación de Escritores y Artistas Americanos de Cuba, que ha culminado en la fundación de veinte Institutos de Cultura para el mejor estrechamiento de relaciones intelectuales entre los países de América. El Instituto Cubano-Ecuatoriano ha sido integrado con las siguientes personalidades: Roberto Agramonte: Presidente; Francisco Ichaso: Vicepresidente; Raúl Roa: Secretario; Felipe Correoso: Vice-Secretario; Virgilio Quiñones: Tesorero; Andrés Núñez Olano: Vice-Tesorero; Vocales: Alberto Blanco, José Angel Buesa, Arturo R. de Carricarte, Ramón Guirao, Juan B. Kouri, Jesús J. López, Gustavo F. Mustelier, Miguel A. Tamaño; y Miembro de Honor, con iguales derechos que los permanentes, el Representante Diplomático del Ecuador en Cuba.

REPRESENTANTE DE MUNDO LATINO

La conocida Editorial "Mundo Latino", de París, se ha dirigido a nuestro compañero don Alfredo Martínez, ofreciéndole la corresponaa-

lía de la revista del mismo nombre, cargo que ha sido aceptado y principiará a servirlo desde el mes de Enero de 1939.

INAUGURACION OFICIAL
DE LA BIBLIOTECA
DE AUTORES AMERICANOS

En el transcurso del nuevo año, será inaugurada, de manera oficial, la Biblioteca de Autores Americanos del Grupo, acto al que asistirán representaciones de los Gobiernos americanos, quienes, por su parte, y como una prueba de solidaridad en la labor de difusión cultural americana, están remitiendo para incremento de la Biblioteca, los textos de Historia y Geografía de cada país.

UN LIBRO CONTINENTAL
SOBRE SARMIENTO

A la Asociación de Escritores y Artistas Americanos, de Cuba, corresponde la iniciativa de publicar un libro sobre Domingo Faustino Sarmiento, con motivo del cincuentenario de la muerte del gran hombre de América. Constará de capítulos correspondientes a los diversos aspectos de la personalidad de Sarmiento, para los cuales se ha designado a un escritor de cada uno de los países del Continente; Dr. Juan J. Remos, de Cuba; Francisco García Calderón, del Perú; Juan O. Leary, del Paraguay; Alberto Zum Felde, del Uruguay; Luis Galdamés, de Chile; Ricardo Rojas, de la Argentina; Clovis Bevilacqua, del Brasil; Rómulo Gallegos, de Venezuela; José Vasconcelos, de México; Pedro Troncoso Sánchez, de la República Dominicana; Tristan Maroff, de Bolivia; Rafael Arévalo Martínez, de Guatemala; Guillermo Valencia, de Colombia; Napoleón Vieira Altamirano, del Salvador; Froilán Turcios, de Honduras; Santiago Argüello, de Nicaragua; Octavio Méndez Pereira, de Panamá; Justín Barau, de Haití; Roberto Brenes Mesén, de Costa Rica; Augusto Arias, del Ecuador.

A nuestro compañero el Secretario General del Grupo, se ha dirigido, en especial pedimento, el Sr. Encargado de Negocios de Cuba, en nombre de la Asociación de Escritores y del Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba, doctor Remos, auspiciador del homenaje Continental. Su estudio, "Sarmiento el político" ha entrado ya en la prensa del libro formado por veintiún escritores de las naciones de América.

BIBLIOTECA DE AUTORES AMERICANOS

El Grupo América tiene la complacencia de comunicar a los escritores del Continente Americano que, hallándose formada la Biblioteca de Autores Americanos, creada con las publicaciones enviadas en forma de canje o donación, ha iniciado su intercambio bibliográfico con el fin de dar práctica realidad a sus ideales de conocimiento cultural y solidaridad americanos.

Al efecto, encarece a los escritores de Nuestra América que quieran probar sus sentimientos de confraternidad, se sirvan enviar al Grupo América, con destino a la mencionada Biblioteca, sus obras: en retribución se remitirá las de los autores ecuatorianos que poseemos.

Los envíos de comunicaciones e impresos deberán hacerse a la siguiente seña:

GRUPO AMERICA

Casilla 75

Quito, Ecuador, S. A.

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de Cultura His-
pánica

Director:

J. García Monge

Suscripción anual: \$ 6, o. am.

Correos: Letra X

San José, Costa Rica

ATENEA

Revista Mensual de Ciencias,
Artes y Letras

Comisión Directora:

Enrique Molina

Félix Armando Núñez

Representante en Santiago:

Domingo Melfi

Suscripción anual: \$ 4, o. am.

Concepción — Santiago, Chile

REVISTA BIMESTRE CUBANA

De la Sociedad Económica de
Amigos del País

Director:

Fernando Ortiz

Suscripción anual: \$ 2,50.

Apartado N° 214

La Habana, Cuba

NOSOTROS

Revista mensual

Directores:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

Administrador:

Daniel Rodolico

Suscripción anual: \$ 4, o. am.

Bartolomé Mitre 811. 5° G.

Buenos Aires, Argentina

SUR

Revista Mensual

Publicada bajo la Dirección de

Victoria Ocampo

Suscripción anual, Argentina,

América y España: \$ 14

Viamonte 548

Buenos Aires, Argentina

UNIVERSIDAD DE LA HABANA

Publicación bimestral

Director:

José A. Presno Bastiony

Secretario:

Roberto Agramonte

Departamento de Intercambio

Universitario

La Habana, Cuba

HORA DE ESPAÑA

Revista Mensual

Secretario:
Juan Gil Albert

Suscripción anual en España
y América: 24 Ptas.
Apartado N° 597
Barcelona, España

RUTA

Revista Mensual de Literatura

Director:
Suscripción de 12 números:
José Mancisidor

\$ 2, o. am.
Apartado 8059
México, D. F.

ENSAYOS

Revista Mensual

Director:
Eugenio Petit Muñoz

Suscripción anual: \$ 6
Gaetan 1005 (Prado)
Montevideo, Uruguay

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

Director:
Adolfo Gana Mandiola

Suscripción anual \$ 50
Casilla 10 D
Santiago, Chile

U L T R A

Mensuario de cultura contem-
poránea

Director:
Fernando Ortiz

Suscripción anual \$ 3
Apartado N° 1649
La Habana, Cuba

REVISTA DE HISTORIA DE AMERICA

Revista Trimestral del
Instituto Panamericano de
Geografía e Historia

Av. del Observatorio 192
Tacubaya, D. F., México